

2019-01-01

El vuelo de las mil mariposas: historias y mitos de mujeres

Fiorella D. Manrique Ponce

University of Texas at El Paso, Fiorellamp@gmail.com

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Creative Writing Commons](#)

Recommended Citation

Manrique Ponce, Fiorella D., "El vuelo de las mil mariposas: historias y mitos de mujeres" (2019). *Open Access Theses & Dissertations*. 110.

https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/110

EL VUELO DE LAS MIL MARIPOSAS:
HISTORIAS Y MITOS
DE MUJERES

FIGRELLA D. MANRIQUE PONCE
Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

Jose De Pierola, Ph.D., Chair

Sara A. Potter, Ph.D.

Lex Williford, MFA.

Charles Ambler, Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Fiorella D. Manrique Ponce

year

2019

Dedication

*To my mother, the first woman in my life.
You made this journey possible.
You made everything possible.*

*To Isabella, my little woman.
Because all my decisions, mistakes and butterflies
were necessary to meet your smile.*

EL VUELO DE LAS MIL MARIPOSAS:
HISTORIAS Y MITOS
DE MUJERES

by

FIGURELLA D. MANRIQUE PONCE

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of
The University of Texas at El Paso
in Partial Fulfillment
of the Requirements
for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2019

Acknowledgements

I want to thank Dr. Jose De Pierola for helping me in this long and difficult journey. Without your support this thesis would be just a dream. I cannot begin to express how grateful I am for these three years learning and working with you.

Thanks to the Department of Creative Writing, especially to professors Daniel Chacon, Andrea Cote-Botero, Lex Williford, Luis Ramos, Tim Hernandez and Jeff Sirkin. Thanks for your support when I needed it the most, and for sharing your knowledge with me.

Thanks to Dr. Sara Potter for her support in difficult times, and for believing in my project.

Thanks to JJ for keeping me sane and focused. You're a true friend, and I will never forget your support and our friendship.

Thanks to my family, in Lima and in El Paso. Your love kept me going even when I thought I couldn't.

Thanks to all of you, I am a better writer and a better person.

Table of Contents

Acknowledgements.....	v
Table of Contents.....	vi
Prefacio Crítico.....	1
Bibliografía.....	14
La maldición de Medusa.....	17
The Cassandra Complex.....	28
Café con leche.....	35
Executive Circes.....	40
La sirena en el desierto.....	58
De madres y esposas.....	66
La virgen.....	81
Las diosas y las matemáticas.....	89
Out of the Shadows.....	96
El despertar de una diosa.....	108
Vita.....	114

Prefacio Crítico

Mi proyecto de tesis consiste en una colección de diez cuentos que exploran los roles de la mujer moderna en relación con mitos en torno a mujeres de diferentes partes del mundo. Los mitos sirven como metáforas o símiles para las historias modernas ya que se hacen comparaciones tácitas o expresas con los mitos. Las protagonistas de los cuentos suelen vivir vidas en cierto grado paralelas a las mujeres de los mitos o, en otros casos, las mujeres modernas exploran sus relaciones con estas mujeres míticas, las cuales no necesariamente pertenecen a mitologías del lugar donde nacieron o viven los personajes.

Las historias modernas no son historias fantásticas si no realistas, con el objetivo de mostrar que las relaciones con la mitología existen sin necesitar de un vínculo sobrenatural. A pesar de las distancias geográficas y del tiempo transcurrido desde que los mitos se concibieron, destaca que la mitología pueda formar parte de la vida de las mujeres modernas, ya sea por vivir situaciones similares o por compartir características o roles parecidos a los de las mujeres en los mitos. Por ejemplo, algunos de los temas que se tocan en los cuentos corresponden al acoso sexual en el trabajo, los roles de esposa y madre y las dificultades para conciliar la vida personal y laboral. Los cuentos señalan la importancia de estos temas tanto en los mitos como en la actualidad. Al unir el mito con la vida moderna y mantener una coherencia narrativa, se muestra que los mitos siguen siendo relevantes hoy en día. En otras palabras, si el mito de Lilith no fuera relevante para la historia de Lilian en el cuento “Out of the Shadows”, el resultado de unir el mito con la historia moderna no tendría valor narrativo y el cuento podría ser inverosímil. Sin embargo, ya que las sociedades en que se originaron los mitos eran sociedades patriarcales cuyos contextos culturales influyeron en los roles de la mujer de una manera parecida a como la sociedad patriarcal moderna determina el rol de la mujer, se puede aplicar el mito a la vida moderna de manera que no sólo no se perjudique la narración, sino que incluso ayude a entender los temas modernos.

Esta colección de cuentos nació de unir mi interés por la mitología con mi interés por los roles y desafíos de la mujer en la sociedad. Descubrí que los mitos que más me interesaban y me

llamaban a escribir sobre ellos eran mitos acerca de mujeres víctimas de injusticias: la mujer monstruo Medusa y la mujer demonio Lilith. Por otro lado, varios de mis cuentos ya tenían un tema en común: protagonistas femeninas que enfrentan situaciones difíciles. Considero que para avanzar como seres humanos y como sociedad es necesario entender las injusticias y los desafíos que enfrenta la mujer. Sin embargo, este proyecto no pretende limitarse a los problemas que enfrenta la mujer si no mostrar una visión más integral, que incluya aspectos positivos y únicos de ser mujer. Por ello, se exploran también los roles de madre, esposa e hija con sus virtudes y retos. La inclusión de estos temas se vio influenciada por las nuevas etapas en mi vida de esposa y madre. Siendo la maternidad una situación única por la que sólo la mujer puede pasar, considero que es un tema que enriquece una colección de cuentos centrada en la mujer como es este proyecto de tesis.

El uso de la mitología hace necesaria una discusión acerca de la importancia de los mitos. Para algunos, la mitología no es más que un conjunto de viejas historias sin importancia. Sin embargo, los mitos son más que simples historias y su importancia ha sido reconocida incluso por los grandes pensadores antiguos. Bettelheim indica que Platón sugirió que los futuros ciudadanos de su república ideal empezaran su educación literaria con la narración de mitos en lugar de “mere facts or so-called rational teachings.” Bettelheim también cita a Aristóteles diciendo: “The friend of wisdom is also a friend of myth.” Para pensadores modernos como Mircea Eliade, los mitos son modelos de conducta humana y por ello dan sentido y valor a la vida. (Bettelheim 35)

El uso de la mitología como elemento estructural de la colección tiene la ventaja de que los mitos están arraigados en el ser humano, forman parte de su naturaleza y se comunican con ella en un nivel profundo. Sin embargo, los mitos no deben interpretarse de manera literal. Campbell advierte de los peligros de interpretar los mitos literalmente ya que la ciencia puede demostrar que esos mitos no pertenecen a un pasado histórico y se crearía desequilibrio en los que creen fervientemente que los mitos son hechos históricos: “... such literally read symbolic forms have always been—and still are, in fact—the supports of their civilizations (...) With the loss of them

there follows uncertainty, and with uncertainty, disequilibrium, since life, as both Nietzsche and Ibsen knew, requires life-supporting illusions...” (Myths to live by Chapter I)

Para interpretar los mitos se debe tener en cuenta que estos se manifiestan en un lenguaje simbólico que representa nuestro inconsciente. Como afirma Bettelheim: “There is a general agreement that myths and fairy tales speak to us in the language of symbols representing unconscious content.” Para entender a qué se refiere Bettelheim al mencionar el inconsciente, se debe tener en cuenta que, según él, una de las atracciones de este tipo de literatura es “...its expression of that which is normally prevented from coming to awareness” (36) En este sentido, Bettelheim menciona que los psicoanalistas freudianos suelen estudiar el material reprimido en el inconsciente que se encuentra en mitos y cuentos de hadas. Además, Bettelheim añade que los psicoanalistas jungianos diferencian el inconsciente personal del que corresponde a la raza. (36) Aquí Bettelheim parece referirse al concepto del inconsciente colectivo de Jung: “...form of the unconscious (that part of the mind containing memories and impulses of which the individual is not aware) common to mankind as a whole...” (Encyclopædia Britannica) Del mismo modo, Campbell indica que los símbolos de la mitología son productos espontáneos de la psique (The Hero with 3). Sin embargo, la forma en que los símbolos se manifiestan suele estar culturalmente condicionada. Por ejemplo, todas las culturas suelen tener un mito de creación, pero las variaciones de este mito dependen de las características propias de las culturas en que se generan.

Pero no sólo los mitos forman parte del ser humano y se manifiestan en símbolos, si no que cumplen funciones muy importantes. Bettelheim indica que Mircea Eliade y otros sugieren que los mitos y cuentos de hadas se derivan o dan expresión simbólica a los ritos de iniciación o *rites of passage*, como por ejemplo una muerte metafórica de un antiguo e inadecuado ser. Por ello, los mitos llenan una fuerte necesidad y cargan con un significado profundo. (Bettelheim 35)

La existencia de mitos que se repiten en muchas partes del mundo, como los mitos del dios que muere y renace o el diluvio o la creación, refleja que los mitos esenciales nos hablan en símbolos que vienen de la humanidad en general, con diferencias específicas que corresponden a cada cultura. Si los sueños nos hablan en símbolos personales de nuestro inconsciente, los mitos

nos hablan en símbolos que nos vinculan a nuestra cultura y a la humanidad. “But in the dream the forms are quirked by the peculiar troubles of the dreamer, whereas in myth the problems and solutions shown are directly valid for all mankind.” (Campbell, *The Hero with* 18)

Campbell propone como ejemplo de estos símbolos el mito de Adán y Eva. Este mito señala que existe un ángel que vigila la entrada del paraíso a donde Adán y Eva ya no pueden entrar, en el que se encuentra el árbol de la inmortalidad. Pero en el budismo también existen dos ángeles vigilando su versión del árbol de la inmortalidad. (Myths to live by Chapter II) Estos mitos representarían un edén interno simbólico al cual los seres humanos intentamos llegar. Otro ejemplo podría ser el mito de Eros y Psyche. En este mito, Psyche sufre por amor y curiosidad. Para que Eros regrese a ella, Psyche debe cumplir varias tareas e incluso viajar al inframundo. Considerando que Eros representa al amor y que Psyche significa alma, algunos de los símbolos de este mito corresponderían a las dificultades del alma al madurar y a los peligros de la curiosidad. Por otro lado, tenemos también el monomito o viaje del héroe al que Campbell dedicó el libro *The Hero with a Thousand Faces*. El mito del héroe, común en mitologías de todo el mundo, no sólo simboliza el viaje del ser o alma si no que sirve de modelo a seguir o inspiración. Bettelheim da como ejemplo el mito del héroe cuando habla de la importancia de los mitos. (41)

De acuerdo con Bettelheim, los cuentos de hadas y los mitos sirven para el desarrollo psicológico del ser humano. Sin embargo, los cuentos de hadas tienen los símbolos que los niños necesitan en el idioma que ellos pueden comprender. Los cuentos de hadas los ayudan a resolver sus problemas, a desarrollarse y a dar sentido a sus vidas. “By dealing with universal human stories, particularly those which preoccupy the child’s mind, these stories speak to his budding ego and encourage its development...” (Bettelheim 6)

Considero que los mitos cumplen funciones similares para el adulto, ayudándolo a resolver problemas, dándole un modelo de conducta y facilitando su desarrollo y madurez. Por ejemplo, en el caso del mito del héroe, se proporciona una conducta ideal a la cual el ser humano debe aspirar. Además, se muestran las etapas del viaje del héroe que sirven como modelo de desarrollo, pero se reconoce que el héroe no es perfecto. En el caso de Teseo, el héroe realizó una hazaña

impresionante al derrotar al minotauro en el laberinto, pero luego abandonó a Ariadna en una isla después de que ella lo ayudara.

Los seres humanos necesitamos de estos símbolos mitológicos. Mi proyecto busca llamar la atención a estos símbolos. El uso de los mitos en las historias modernas muestra que los diferentes roles de la mujer de hoy y los retos que enfrenta, no han cambiado demasiado a pesar de las diferentes épocas y lugares en que se originaron los mitos. Es decir, los símbolos representados trascienden tiempos y distancias. De esta manera, el acoso sexual en el centro de trabajo que se explora en el cuento “La maldición de Medusa,” está íntimamente vinculado con el mito de Medusa. Si bien la parte más popular de este mito corresponde a la mujer monstruo derrotada por el héroe Perseo (héroe masculino como lo son la mayoría de héroes en la mitología), se suele olvidar la otra parte del mito, la injusticia a la que es sometida Medusa, la virgen del templo de Atenea, al ser víctima de una maldición que la convierte en monstruo para castigarla por el imperdonable “pecado” de ser víctima de una violación sexual. En el cuento “La maldición de Medusa” tenemos un personaje que se enfrenta a una situación similar en la que sufre de acoso sexual, pero es silenciada y “convertida en monstruo”. Hoy en día son muchos los casos en que la mujer es víctima de violencia sexual y tiene que lidiar no sólo con el trauma ocasionado, sino que además sufre de otras consecuencias negativas adicionales que prácticamente la castigan a ella y no al perpetrador de tan horrible acto. Como ejemplo de estas consecuencias negativas son los obstáculos para avanzar en la carrera profesional si la mujer se queja, embarazos no deseados (este tema se toca en el cuento “Out of the Shadows” en el cual una niña sufre de abuso sexual por parte de su padrastro y queda embarazada) o el culpar a la mujer de la violencia sexual en su contra por no vestirse adecuadamente o provocar al hombre, tema que se revisa en el cuento “La maldición de Medusa”, en el cual se culpa a uno de los personajes víctima de una agresión debido a la percepción de haberse vestido y actuado provocativamente.

En el caso del mito de Lilith, destaca cómo la mujer que se rebela al dominio del hombre puede ser percibida como demonio al punto que hoy en día son más los que conocen a Lilith como demonio, bruja o madre de vampiros que como la primera esposa de Adán. El cuento relacionado

a este mito explora cómo la mujer sigue siendo percibida en muchas formas como ciudadana de segunda clase sujeta al dominio del esposo y cuando se rebela a esta condición, se le percibe negativamente.

Otros cuentos exploran las dificultades que enfrenta la mujer para equilibrar la vida profesional y la vida familiar, así como los roles de esposa y madre. También se examina a la mujer en los roles negativos de monstruo, demonio o bruja y cómo la mujer es encasillada a estos roles negativos por injusticias, como se vio en el caso de Medusa y Lilith. Además, el cuento “Executive Circes” no sólo explora las dificultades que experimenta una mujer para equilibrar su vida personal y profesional si no también busca resaltar que muchas veces las mujeres ejecutivas de éxito son consideradas brujas y son ellas mismas las que buscan ser percibidas así. En el mundo laboral las mujeres dóciles y buenitas suelen tener más dificultades para avanzar en sus carreras. El libro *Nice Girls Don't Get the Corner Office: Unconscious Mistakes Women Make That Sabotage Their Careers* de Lois Frankel resalta entre los errores que la mujer comete el pedir permiso, disculparse, o dar explicaciones. Aunque estos comportamientos parecen positivos para el ser humano y el lugar de trabajo, no son ideales para alcanzar posiciones ejecutivas, pues corresponden a comportamientos que Frankel indica son estereotipos que las mujeres aprendemos de niñas. Por ejemplo, Frankel indica que no se debe pedir permiso pues son los niños los que piden permiso. “In short, women wind up acting like little girls, even after they’re grown up.” (Frankel Chapter 1) La mujer debería mostrar comportamientos más asertivos y que demuestren más seguridad en ella misma, en lugar de dar muchas explicaciones y disculpas. Sin embargo, aunque muchos de los consejos de Frankel pueden ser útiles para llegar a la cima de la carrera laboral, considero que varios de estos comportamientos aprendidos en la niñez corresponden a buenas maneras que no deberían cambiar al crecer ni perjudicar a la mujer en el mundo laboral. Por ejemplo, si una persona comete un error, lo correcto debería ser pedir disculpas. Parece injusto que la mujer necesite cambiar estos comportamientos para avanzar en su carrera mientras que el hombre no suele necesitar de cambios tan radicales.

En lo que respecta al idioma utilizado, esta colección de cuentos está escrita en dos idiomas: español e inglés, pero los cuentos no suelen mezclar los dos idiomas. En su lugar, algunos cuentos están escritos en inglés y otros en español. La elección de una lengua u otra para escribir cada cuento fue intuitiva. Sin embargo, estas decisiones estuvieron profundamente relacionadas con lo que es el idioma, el contexto de los cuentos y lo que los idiomas significan para mí.

En el caso de los cuentos de esta colección, el idioma español representa a la comunidad y cultura del Perú mientras que el inglés representa a Estados Unidos. En los cuentos la acción transcurre en dos escenarios principales: Lima, Perú y El Paso, Texas. Al representar el idioma a una comunidad y cultura, podría esperarse que todos los cuentos que suceden en Lima sean siempre en español y el resto en inglés. Sin embargo, no es así. La primera excepción corresponde a los cuentos cuyas protagonistas son de origen peruano y van a vivir a El Paso. Como estas protagonistas son latinoamericanas, se usa el idioma español propio de su cultura para darles voz y contar sus historias, aunque éstas transcurran en una ciudad extranjera. Un ejemplo es el cuento “La sirena en el desierto”, el único que tiene escenas en los dos lugares.

Por otro lado, el cuento “Executive Circes” es narrado en inglés a pesar de que el escenario del cuento es Lima y de que la protagonista es peruana. En este caso, considero que el uso del idioma inglés permite lograr dos objetivos. El primero es representar los valores corporativos de origen anglosajón que se señalan en el cuento y que significan muchas horas de trabajo por semana. Por ello, en Estados Unidos la lucha de la mujer por el balance entre su vida laboral y familiar puede ser tan difícil como la de la protagonista de mi cuento. Además, al usar el idioma inglés pretendo dar a entender que esta historia transcurre en Lima, pero podría suceder en cualquier otro país con los mismos valores corporativos. De esta manera, en este cuento el idioma inglés representa una cultura corporativa, la cual puede ser tan fuerte como la de un país. No se debe olvidar que el inglés es considerado por muchos como el idioma universal de los negocios.

Me parece importante mencionar que, si bien el español es parte de mi cultura, el uso del inglés me permite ampliar mis posibilidades de comunicación al complementar mi español. Así, en el cuento “Executive Circes” el inglés me permitió usar palabras y frases que no hubiera podido

usar en español, como la frase *bitch boss*. Esta frase podría traducirse al español y se entendería, pero no describiría exactamente lo que quise expresar ni su significado en el mundo corporativo.

Una opción para la versión final de la colección era traducir todos los cuentos a un idioma u otro. Es cierto que las traducciones son invaluable para entender textos escritos en otro idioma, pero nunca son exactas. De este modo, las historias traducidas y las originales suelen ser diferentes en cierto grado. En esta colección de cuentos he decidido darle al lector cada cuento en su idioma original, sin traducciones, para que el lector tenga la opción de leer cada cuento tal y como fue concebido. De esta manera, se mantendrán los vínculos entre idioma y cultura que se explicaron en los párrafos anteriores.

Mi colección de cuentos incluye cuentos de ficción realista. Aunque la mitología forma parte de todos los cuentos, no se incluyó ninguna situación sobrenatural para realzar el realismo de las historias y no perder de vista que la mitología es parte de nuestras vidas de por sí, sin necesidad de elementos fantásticos o mágicos. Sin embargo, el cuento de Borges “La casa de Asterión” y la novela de Gardner *Grendel* me sirvieron de inspiración para darle voz al monstruo o villana del mito y escribir desde la perspectiva de este personaje muchas veces incomprendido. En el caso de los cuentos del proyecto de tesis, esto significa escribir desde la perspectiva del personaje considerado como mujer monstruo, mujer demonio o bruja por la sociedad patriarcal que así las denomina. En los cuentos de esta colección, se escribe desde esta perspectiva tanto en los mitos como en las historias modernas. Medusa, Lilith y las brujas son algunos ejemplos de estos personajes míticos incomprendidos, cuyas historias se exploran en este proyecto.

Una fuente importante para este libro fue la mitología universal. Si bien la mayoría de los mitos son griegos, también se incluye un poco de otras mitologías como la hebrea, la sumeria, la eslava y la peruana. El uso de distintas mitologías y no una sola indica que existe una conexión entre los mitos y la mujer moderna que trasciende el tiempo y el lugar. Las mujeres, de ayer y hoy, de aquí y de allá, han enfrentado y siguen enfrentando desafíos relacionados con su rol de mujer en un mundo patriarcal. Es sumamente interesante comprobar que, si bien la mujer ha avanzado mucho en los últimos años, las situaciones que enfrenta siguen siendo muy similares a las de las

mujeres de los mitos, lo cual demuestra que aún hay mucho por hacer en lo que respecta a la mujer y su rol en la sociedad.

Por otro lado, el libro *Las diosas de cada mujer* de Jean Shinoda Bolen fue una fuente importante para la concepción del libro, tanto en el desarrollo de arquetipos basados en figuras mitológicas para la construcción de algunos de los personajes, como para entender que para ser mujer no se necesita elegir un rol u otro. La mujer no es un ser estático. No se trata de cumplir un sólo rol. Los roles cambian, la mujer cambia y todos esos roles están dentro de ella de una manera u otra. Sin embargo, la prioridad que le damos a una diosa u otra, a un rol u otro, cambia en distintos momentos de nuestras vidas. “En el interior de una mujer, las diosas pueden competir entre sí o puede que gobierne una de ellas. Cada vez que la mujer debe tomar una decisión fundamental, tal vez se produzca una contienda entre las diferentes diosas para conseguir la manzana de oro.” (Shinoda Bolen 222)

El cambio es un tema importante en el libro y el nombre: *El vuelo de las mil mariposas* tiene como objetivo resaltar este cambio. La teoría del efecto mariposa o teoría del caos indica que el aleteo de una mariposa en una parte del mundo puede provocar una catástrofe natural en otra parte del mundo. Un pequeño cambio puede provocar grandes consecuencias. Así, cada decisión por pequeña que sea tiene impactos en nuestras vidas que no siempre son pequeños y en muchos casos pueden cambiarlo todo. Es por eso que las mariposas aparecen en distintas partes del libro de manera general y el cuento “Executive Circes” explora específicamente el poder de una decisión para cambiar una vida y sus consecuencias. Ser mujer significa tomar decisiones a diario que cambian nuestras vidas. Sin menospreciar las decisiones que puede tomar el hombre, mi libro intenta mostrar el poder de esos cambios específicos para la mujer. En el caso del cuento mencionado, la decisión es acerca del balance entre la vida familiar y profesional, situación que suele afectar de una manera especial a las mujeres trabajadoras. Para la mujer, los años reproductivos suelen coincidir con los años en que los hombres se enfocan más en impulsar sus carreras. Así, la mujer que busca crecer en el mundo de los negocios suele tener que tomar decisiones que el hombre no enfrenta: dedicarse a su carrera por un tiempo y arriesgar su fertilidad

o poner su carrera en segundo plano y correr el riesgo de quedarse atrás en su desarrollo profesional.

Una sola decisión tiene consecuencias y son millones las decisiones que tomamos todos los días. Es decir, no se trata de una sola mariposa o de una sola decisión. *El vuelo de las mil mariposas* pretende mostrar este efecto, pero no sólo de las decisiones que toma la mujer si no de las decisiones que se toman por ella. Es indudable que la mujer tiene capacidad de cambiar su destino a través de las decisiones que toma. Sin embargo, las decisiones tomadas por otras personas o los giros del destino, pueden limitar las decisiones que puede tomar. Así, la mujer debe tomar decisiones a partir de cambios no decididos por ella. Por ejemplo, en “De madres y esposas”, la protagonista se entera de sus problemas de fertilidad, una “decisión” del destino, y eso cambia su vida sin que ella tome una decisión de cambiarla. Del mismo modo, el acoso sexual en “La maldición de Medusa” provoca un cambio no deseado que genera consecuencias. Sin embargo, las decisiones que toman las protagonistas como respuesta a estos problemas son las que deciden un destino que ya sufrió un cambio.

El vuelo de las mil mariposas es una colección de cuentos de ficción realista que toca temas importantes para la mujer moderna que se entrelazan con mitos acerca de mujeres. Los cuentos están narrados desde distintas perspectivas y puntos de vista. El efecto que se desea obtener del lector tiene dos partes. En primer lugar, el lector debería percibir las injusticias a las que la mujer es sometida en situaciones que trascienden tiempo y distancia. Sin embargo, la visión de la mujer en este libro no es sólo acerca de las injusticias de las que es objeto. Es una mirada más integral a la mujer moderna que también incluye aspectos positivos en los roles de madre, hija y esposa, los cuales presentan sus propios desafíos sin duda, pero no necesariamente deben encajarse dentro del concepto de injusticias.

Pretender que una colección de diez cuentos abarque todo lo que significa ser mujer sería una ingenuidad de mi parte. Si bien mi proyecto busca explorar diversos roles y situaciones por las que atraviesa la mujer, de ningún modo se puede entender como una mirada a todos y cada uno

de los roles y situaciones importantes por las que atraviesa. La mujer y el ser humano en general son mucho más complejos.

Para el futuro quedan muchos temas que tocar, con otros cuentos, mitos y situaciones modernas que ayudarán a completar otros roles y desafíos de la mujer. Por ejemplo, habría querido explorar con más detalle a la mujer guerrera de la mitología, como la valquiria o la Amazonas. Sin embargo, la historia moderna que me pareció apropiada era la de una mujer real, una mujer que luchó en Perú por su pueblo y fue asesinada. Lamentablemente, me encontré con limitaciones de tiempo y recursos que me impidieron realizar la investigación de manera que no se tocara el tema de manera superficial y se contara una historia que hiciera justicia a esta heroína.

Otras facetas de la mujer que no se tocaron en el libro corresponden a la mujer que se dedica a la vida espiritual, a la mujer que decide no tener hijos, a la mujer como parte de una hermandad, a la mujer en la tercera edad, a la mujer en la niñez y adolescencia, a la mujer como líder de su comunidad, entre otras. Existen muchas historias que se podrían narrar acerca de la mujer en estas situaciones, así como hay varios mitos relacionados que se podrían explorar. Sin embargo, por limitaciones de espacio y tiempo se mantuvo el foco en las situaciones y roles que se exploran en los diez cuentos de la colección.

Considero que los cuentos de este proyecto tocan temas importantes para la mujer y demuestran que mucha de la problemática y situaciones que enfrenta la mujer moderna no ha cambiado en lo esencial. Esto no significa que la mujer no haya logrado mucho en los últimos años si no que aún queda mucho por avanzar. Sin embargo, el mensaje del libro no pretende ser de queja sino más bien presentar los problemas e injusticias que sufre la mujer por vivir en una sociedad patriarcal y, al mismo tiempo, presentar un lado positivo. Ser mujer en una sociedad patriarcal representa un gran desafío, pero también considero que ser mujer es un privilegio. Espero que el balance entre positivos y negativos en el libro refleje esta situación de una manera justa.

En lo que respecta a la voz narrativa, los cuentos están narrados en diversas voces e idiomas para representar parte de la complejidad de la mujer en sus distintas facetas. Ni la mujer ni su voz pueden representarse de una sola manera. Algunos cuentos se narran en primera persona mientras

que otros se narran en tercera persona con omnisciencia limitada desde la perspectiva de la protagonista del cuento. El uso de distintos puntos de vista ayuda a presentar diversas voces y maneras de ver a la mujer, teniendo cuidado de utilizar técnicas narrativas que permitan al lector acceder al mundo interior de los personajes principales. El uso de diferentes idiomas contribuye al objetivo de dar a la mujer distintas voces. De todos modos, queda investigar si existe una manera más adecuada de caracterizar las distintas facetas de la mujer a través de la voz narrativa, tanto en los mitos como en la vida moderna.

Sobre la vinculación del mito con la historia moderna, cada mito incluye a la mitología de una manera diferente, en algunos casos de manera obvia, en otros de una manera un poco más sutil. Me parece apropiado que los mitos encajen de distintas maneras en las historias porque creo que es así como la mitología encaja en nuestra vida diaria. Los mitos están alrededor de nosotros de distintas maneras, sin que seamos conscientes de ello. Sin embargo, aún hay muchas otras formas que se podrían utilizar para vincular los mitos. Tal vez hubiera sido más apropiado mantener siempre la sutileza y no hacer la mitología tan explícita. Pero, de tomar esa dirección, ciertos paralelos no hubieran quedado claros más que para los estudiosos de la mitología ya que los cuentos muchas veces se concentran en las partes poco conocidas de los mitos. Por ejemplo, Lilith es más conocida como mujer demonio que como la primera mujer en la mitología hebrea, esposa de Adán, y Medusa es sólo conocida como el monstruo que convierte en piedra con la mirada y no como la virgen del templo de Atenea. Este libro tiene como objetivo llegar a un público más amplio y no limitarse a los estudiosos de la mitología. De todos modos, para los siguientes cuentos, considero necesario seguir encontrando nuevas maneras de vincular los mitos con las historias modernas de manera que el mito no sea tan explícito, pero aun así se entiendan los paralelos.

Otro tema importante cuando se habla de mitología en relación con las historias de la vida moderna es qué tanto de los mitos se debe incluir. Mi primer instinto al escribir este libro fue usar paralelos exactos con las historias de los mitos. Sin embargo, esto generaba historias un poco forzadas al usar el mito de manera tan estricta, pues en lugar de abrir posibilidades creativas, el

mito adquiriría cualidades restrictivas. Felizmente, recibí el excelente consejo de no dejar que el mito me limite narrativamente y revisé distintas fuentes en la literatura y el cine que mezclan mitología con narraciones modernas. Por ello, los cuentos de esta colección usan paralelos entre los mitos y la vida moderna pero no se limitan a ellos. Se busca llamar la atención a los símbolos mitológicos en el mito, sin que para ello sea necesario comunicar el mito completo. Aun así, sigue siendo posible que en algunos cuentos esta limitación siga existiendo en cierto grado ya que los cuentos se relacionan con los mitos de distintas maneras.

Si bien toda narración es susceptible de ser mejorada, algunos cuentos están más logrados que otros. Por un lado, siendo el español mi lengua materna, los cuentos en este idioma pueden tener una prosa más fluida y un vocabulario más amplio. Éste es un tema que he tratado y seguiré tratando de pulir en futuras versiones. Además, reconozco que los cuentos más vinculados con mi vida personal pueden tener un sesgo que se hace más fuerte con el uso de la primera persona. Por ello, si bien gran parte de esos cuentos corresponde a eventos ficticios, fue difícil mantener la perspectiva y cambiar los hechos reales en favor de la narración. De esta manera, es posible que no haya logrado identificar todos los lugares en que mi sesgo personal esté perjudicando la narración.

Por otro lado, el cuento “Café con leche” usa una voz muy diferente de las demás, la cual me fue especialmente difícil de lograr por ser la voz de una mujer humilde de origen andino, una mujer muy distinta de mí. Aunque creo que el resultado final funciona, tal vez la voz necesite pulirse aún más para asegurar que no se represente inadecuadamente a la mujer de origen andino.

El mundo corporativo se toca en cuentos como “La maldición de Medusa” o “Executive Circes”. Si bien estos cuentos presentan situaciones que suceden en la vida real y forman parte de los problemas que enfrenta una mujer en su vida profesional, no se puede asumir que absolutamente todas las corporaciones se comportan de igual manera. Existen mujeres que logran balancear su carrera profesional y su vida personal, así como existen empresas que se preocupan por sus trabajadores y dan facilidades a la mujer para que ella pueda enfrentar sus desafíos personales con mayor facilidad. Lamentablemente, esto no es lo común y es por ello que los

cuentos se enfocan en el mundo corporativo como problemático para la mujer, corriendo el riesgo de que el lector asuma que es la única opción posible. La verdad es que para muchas mujeres no existe otra opción ya que muchos de los valores corporativos mostrados en los cuentos son en cierta manera universales, siendo muy pocas las empresas que no se dejan guiar por ellos. En el futuro, podría escribir acerca de las empresas que ayudan a la mujer a balancear sus metas personales y profesionales.

Quedan muchos mitos de distintas partes del mundo y temáticas que explorar en el futuro. Quedan muchos desafíos que enfrenta la mujer moderna. Quedan muchas situaciones complejas. Quedan muchas diosas, heroínas, brujas, monstruos y demonios. Éste es sólo el primer vuelo de las mil mariposas.

Bibliografía

- *Beowulf*. Directed by Robert Zemeckis. Paramount Pictures, 2007.
- Bettelheim, Bruno. *The Uses of Enchantment: The Meaning and Importance of Fairy Tales*. New York: Knopf, distributed by Random House, 1976. Print.
- Campbell, Joseph, and David Kudler. *Myths to Live by.* , 2017. Internet resource.
- Campbell, Joseph. *The Hero with a Thousand Faces*. Princeton, N.J: Princeton University Press, 1973. Print.
- Carrington, Leonora. *The Hearing Trumpet*. Boston: Exact Change, 2008. Print.
- Borges, Jorge L. *El Aleph*. Madrid: Alianza Editorial, 2001. Print.
- Charles, R H. *The Book of Enoch.* , 2010. Internet resource.
- Cixous, Hélène. "The Laugh of the Medusa." *Signs* (Chicago, Ill.). (1976): 875-893. Internet Resource.
- "Collective Unconscious" *Encyclopædia Britannica*, 11 Apr. 2019, <https://www.britannica.com/science/collective-unconscious>

- Dixon-Kennedy, Mike. *Encyclopedia of Russian & Slavic Myth and Legend*. Santa Barbara, Cal: ABC-CLIO, 1998. Print.
- Frankel, Lois P. *Nice Girls Don't Get the Corner Office: Unconscious Mistakes Women Make That Sabotage Their Careers.* , 2014. Internet resource.
- Frazer, James G. *The Golden Bough: A Study of Magic and Religion*. New York, 1922. Internet Resource.
- Gaiman, Neil. *American Gods.* , 2011. Internet resource.
- Gardner, John. *Grendel*. New York: A.A. Knopf, 1971. Print.
- George, Andrew R. *The Epic of Gilgamesh: The Babylonian Epic Poem and Other Texts in Akkadian and Sumerian*. London: Penguin Books, 1999. Print.
- Graves, Robert, and Raphael Patai. *Hebrew Myths: the Book of Genesis*. New York: McGraw-Hill, 1966. Print.
- Graves, Robert. *The Greek Myths*. London: Penguin, 1992. Print.
- Graves, Robert. *The White Goddess: A Historical Grammar of Poetic Myth*. New York, N.Y: Farrar, Straus & Giroux, 1999. Print.
- Hesiod, , and Hugh G. Evelyn-White. *Hesiod, the Homeric Hymns, and Homerica*. Project Gutenberg, 2008. Internet resource.
- Homer, . *Iliad, the*. Gutenberg (e-books), 2008. Internet resource.
- Homer, , and Manuel Vivero. *La Odisea*. México, D.F: Editores Mexicanos Unidos, 1981. Print.
- Irmak, M K. "Self-fertilization in Human: Having a Male Embryo Without a Father." *Medical Hypotheses*. 75.5 (2010): 448-451. Internet Resource.
- Knapp, Bettina L. *Women in Myth*. New York: State University of New York Press, 1997. Print.
- Krögel, Alison. "Poderes de la narrativa oral quechua: Layqas, suq'as y“condenados”" *Kipus, Revista Andina de Letras*, 28 / II semestre / 2010.

- Leach, Maria, and Jan B. Fairservis. *The Beginning: Creation Myths Around the World*. New York: Funk and Wagnalls, 1956. Print.
- *Merlin*. Directed by Steve Barron. Hallmark Entertainment, 1998.
- *Moana*. Directed by Ron Clements and John Musker. Walt Disney Studios Motion Pictures, 2016.
- *Ondine*. Directed by Neil Jordan. Magnolia Pictures, 2009.
- *Percy Jackson: Sea of Monsters*. Directed by Thor Freudenthal. Twentieth Century Fox, 2013.
- Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*, 2014, <https://dle.rae.es/> Accessed April 7, 2019.
- Shelley, Mary, and Jeffery Deaver. *Frankenstein*. Oxford: Oxford University Press, 2001. Print.
- Shinoda, Bolen J, Gloria Steinem, and Alfonso Colodron. *Las Diosas De Cada Mujer: Una Nueva Psicología Femenina*. Chicago: Editorial Kairos, 2005. Internet resource.
- Weigle, Marta. *Spiders and Spinsters: Women and Mythology*. Albuquerque, N.M: University of New Mexico, 1982. Print.
- Wilkinson, Philip. *The Mythology Book*. , 2018. Print

La maldición de Medusa

Sofía leyó tres veces el mismo párrafo en la pantalla de su laptop. La puta estaba muerta. Sofía no había pensado en esa mujercita en más de veinte años y ahora estaba muerta y enterrada en los Jardines de La Paz. El artículo no mencionaba la causa de su muerte, era sólo un obituario. ¿Cuántos años tendría Melissa Gonzales? No más de cuarenta, quizás cuarenta y cinco. Seguramente había muerto de sífilis, gonorrea o algo así, la muy pendeja.

Sofía escuchó a Beatriz, la nueva secretaria, entrar a la oficina a paso lento y sin acercarse mucho al escritorio, como quién está listo para huir en cualquier momento.

—Una señorita quiere verla —anunció Beatriz.

—Mucha gente quiere verme. Pero esa señorita no tiene cita y nadie entra sin cita —Sofía respondió sin voltear a verla, su mirada aún fija en la pantalla —. ¿Te tengo que explicar otra vez tu trabajo?

Beatriz apretó contra su cuerpo el lápiz y el cuaderno de notas que traía en las manos.

—No... Pero ella dice que es muy importante y que no se irá sin hablar con usted. Ya lleva más de cuatro horas en la sala de espera.

Sofía levantó una ceja. Debía ser otra periodista queriendo hablar con ella, pero eso de acampar en la sala de espera era nuevo hasta para los periodistas más necios. Quienquiera que fuera esa señorita, había que reconocer su dedicación.

—¿Y me vas a decir quién es o pretendes que adivine? —Sofía no creía que esta nueva secretaria funcionaría. Era demasiado lenta y nerviosa.

Beatriz tragó saliva.

—Dice que se llama Patricia Gonzales.

—¿Gonzales? ¿Dijiste Gonzales? —Sofía levantó la cabeza y miró a Beatriz a los ojos. La secretaria pestañeó con fuerza y desvió la mirada.

—Ssssí...

—Hazla pasar.

Patricia entró a la oficina y el dejavú dejó a Sofía sin aliento. Los mismos cabellos rubios ondulados, los mismos ojos café almendrados, la misma contextura curvilínea. La chica era igualita a Melissa Gonzales, aunque un poco más alta.

Patricia dio unos cuantos pasos firmes y se sentó rápidamente en el asiento que Sofía le ofreció frente a su escritorio. Sofía también tenía un sofá gris y dos sillones de cuero, una salita dentro de su oficina, pero prefería recibir a los visitantes en el escritorio. Así quedaba claro quién estaba al mando.

Sin rodeos, Patricia preguntó si Sofía recordaba a su madre, Melissa. Sofía miró con sus ojos de acero a los ojos café de Patricia y, para su sorpresa, ella no rehuyó su mirada. Patricia no había heredado esa actitud de Melissa.

El día de su entrevista de trabajo, muchos años atrás, Melissa había entrado a esa misma oficina con pasos vacilantes y nunca había sostenido la mirada de Sofía por más de unos segundos. Aun así, Sofía la contrató porque era brillante, tenía experiencia y se había graduado con honores en la Universidad de Lima. Además, su actitud amable y cálida podía tener buenos resultados en un negocio como el de relaciones públicas.

Pero, ¿qué hacía allí la hija de Melissa cuando su madre acababa de morir?

—Creo recordarla —dijo Sofía—. Lamento su pérdida.

—No pensé que estuviera enterada.

Sofía explicó que lo había leído en el periódico. Patricia titubeó tanto que Sofía creyó estar frente a Melissa otra vez.

—Mi mamá la menciona en su diario.

Sofía tragó saliva y tomó un poco de agua para calmar su garganta que de pronto parecía el desierto. Melissa no había dejado la empresa de buena gana. Sofía la había despedido, con justa razón por supuesto, pero los empleados despedidos no solían entender razones.

—Ah, ¿sí?

—La culpa de su muerte.

Patricia había encontrado a su madre inconsciente junto a un frasco vacío de pastillas. La mosquita muerta ni siquiera había sido muy creativa que digamos. Y eso que, según Patricia, Melissa había intentado suicidarse varias veces. Las lágrimas se acumularon en los ojos de la joven, pero la chica no lloró. Era más fuerte que su madre. Pero si Patricia creía que Sofia era la clave de la depresión de su mamá, estaba equivocada. Melissa siempre había sido una debilucha.

—Tu madre trabajó para mí por un tiempo. Si me culpó a mí será porque la despedí, pero esas son cosas que pasan en los negocios —Sofia se encogió de hombros y se paró—. Siento mucho su pérdida. Ahora si me disculpa, tengo una reunión.

—¿Y por qué la despidió? —preguntó Patricia sin moverse.

Sofia suspiró y volvió a sentarse.

—Ella cometió algunos errores que no vale la pena recordar.

Patricia negó con la cabeza.

—Usted no sabe lo difícil que fue crecer con ella, siempre en la cama, siempre deprimida. Cuando yo tenía siete años, ella perdió su trabajo de mesera por atacar a un cliente durante un colapso nervioso. Después no quiso trabajar más que desde casa haciendo traducciones o lo que fuera. No salía de casa ni quería recibir visitas. Mi abuela dice que antes de este trabajo ella era diferente. Necesito saber qué pasó.

Maldita sea, ¿qué edad tenía esta chica? Sofia recordó el día en que despidió a Melissa.

Era un día lluvioso, como esos que Sofia odiaba tanto y que casi nunca se veían en Lima. Sofia ya le había dicho a Melissa que su vestimenta no era apropiada, pero ella insistía en usar blusas escotadas y faldas demasiado llamativas. Sin embargo, Sofia dejó de insistir cuando en una reunión con un cliente, Melissa lo convenció de firmar un contrato que duplicaba las compras de ese cliente y que Sofia había creído imposible de firmar. El patético hombrecito no dejó de mirar el escote de Melissa mientras ella hacía su presentación.

Ese día, Melissa vestía una blusa roja tan ceñida al cuerpo que sólo le faltaba llevar colgado del cuello un cartel con su tarifario. Su falda negra era larga, pero tenía una abertura a un costado que mostraba sus piernas cuando caminaba o se sentaba con las piernas cruzadas.

Sofía se había quedado hasta las dos de la mañana trabajando en su oficina. Cuando se fue, Melissa y su equipo aún estaban trabajando. Había una campaña política que lanzar en los próximos días y Melissa estaba a cargo. Sofía le había prometido un ascenso a gerente de cuenta si la campaña tenía éxito. Darío, el jefe directo de Melissa y tío de Sofía, también se había quedado. A Sofía no le gustaba trabajar con Darío. Él no quería entender que ella era la gerente y la llamaba Sofí delante de todos.

Al llegar a su casa, Sofía se quedó dormida sobre la cama, aún vestida. Dos horas después se despertó de un salto. Había olvidado la tablet con la presentación del día siguiente en la oficina y no la había subido al *cloud*. Sofía necesitaba terminar la presentación a tiempo para la reunión de las 8am, así que luego de un par de cafés para no estrellarse en la vía expresa, regresó al trabajo. A esa hora todo estaba desierto y en silencio.

Sofía abrió la puerta de su oficina y lo que vio fue más efectivo que los cafés. Darío y Melissa tenían sexo en su oficina. Los muy desvergonzados habían ido a la oficina de Sofía y la puta de Melissa se había abierto de piernas sobre el escritorio. Sofía no le veía la cara, pero sí los rizos dorados sobre el escritorio negro y la blusa roja tirada sobre la silla. Darío estaba encima de ella, completamente desnudo. ¡En su escritorio! Sofía cerró la puerta inmediatamente y al hacerlo le pareció escuchar a Melissa llamándola a gritos. Sofía casi corrió al estacionamiento, subió a su BMW y se marchó tan rápido como pudo.

Al día siguiente, Melissa no fue a trabajar y al subsiguiente Sofía la llamó a su oficina. La mujercita tenía los hombros caídos. Debía ser la vergüenza por haberse comportado como una puta sobre el escritorio de la jefa que le dio una oportunidad. Malagradecida.

Con lágrimas en los ojos, Melissa pidió perdón y suplicó que no la despidiera. Dijo que ella no había querido hacerlo, que Darío la había forzado. Como si Darío fuese capaz de algo así.

Era cierto que Sofía tenía muchos problemas en el trabajo con tío Darío ya que él la seguía viendo como a una niña, pero a veces, fuera del trabajo, eso era justo lo que Sofía necesitaba. Tío Darío era capaz de hacer reír a cualquiera con sus bromas sin chiste y sus piropos anticuados. Con él, Sofía reía como hubiera querido reír con su padre alguna vez.

Todos adoraban a tío Darío. Las mujeres no lo tomaban en serio al principio, pero solían reírse de sus bromas y luego aceptaban salir con él. Aunque era un hombre bastante mayor que Melissa, tenía un éxito indudable con las mujeres, algunas incluso menores que Melissa. Él no tenía necesidad de forzar a nadie. Sofía no toleraría que además de tener relaciones sexuales en su oficina como una puta, Melissa difamara a su tío de esa manera. Claro que ella había querido tener sexo con él. Toda la oficina había visto por meses como Melissa se deshacía en halagos a Darío y vestía ropa cada vez más descarada.

El padre de Sofía, Julio Edwards, fue el que años atrás le había enseñado a su hija que debía vestirse profesionalmente.

—Si te comportas y te vistes como una puta, no te quejes si te tratan como a una puta —le había dicho su padre.

—Si te comportas y te vistes como una prostituta, no te quejes ahora —dijo Sofía, sorprendiéndose a sí misma al repetir las palabras de su padre —. Has estado atrás de mi tío hace semanas ¿y ahora te haces la víctima?

Sofía le dijo que se largara inmediatamente y amenazó con llamar a seguridad si no lo hacía. Esa fue la última vez que vio a Melissa. No. Un momento. Melissa regresó a verla tres meses después.

—Ayúdeme por favor. Estoy embarazada y no consigo trabajo —había dicho Melissa.

Sofía sintió correr un escalofrío por la espalda al recordar su respuesta.

—No seas mentirosa. Lo que quieres es sacarle dinero a mi tío —respondió Sofía.

Sofía decidió que era tiempo de dejar de revolver sus memorias. De todos modos, no había necesidad de decirle a Patricia que había despedido a su madre por puta. Y tampoco valía la pena discutir la paternidad de la chica.

—Tu madre cometió un error y la despedí. Así son los negocios. Si se deprimió después o no, no lo sé.

Sofía omitió el pequeño detalle de que cuando la llamaban por referencias, ella nunca hablaba bien de Melissa. ¿Cómo habría de recomendar a una chica tan poco profesional y problemática?

—No entiendo. Ella escribió en su diario: “Ojalá Sofía me hubiera creído.” ¿A qué se refería?

—No sé por qué el tono dramático, pero supongo que tiene que ver con la cuenta que se perdió. Ya pasaron muchos años.

Patricia intentó que Sofía dijera algo más, pero al final desvió la mirada y se despidió. No parecía la misma persona que había entrado con tanta decisión a la oficina de Sofía.

Esa noche, ya acostada en su cama, Sofía no podía concentrarse en la lectura de su libro, una recopilación de casos exitosos de marketing. En su mente los rostros de Patricia y Melissa se mezclaban. Cerró el libro de golpe, se quitó los anteojos de leer, apagó la luz y se echó a dormir. Dos horas después, despertó con el corazón palpitándole con fuerza. Estaba toda pegajosa y las sábanas estaban mojadas. Lo último que recordaba de su sueño eran los gritos de Melissa pidiendo ayuda.

Sofía recordaba a Melissa llamándola, luego de que cerrara la puerta y se alejara de la escena sexual entre ella y Darío. Siempre pensó que eran gritos de miedo a perder el trabajo, tratando de dar una explicación para conservar su empleo. Pero ahora dudaba. ¿Y si Darío sí la había forzado y esos gritos eran pedidos de ayuda? Sentada en el charco de sudor, Sofía se llevó las manos al rostro. Sabía que en todo caso Melissa se lo había buscado por provocar a Darío, pero ahora no podía dejar de pensar en esos gritos. Sofía abrió el frasco de aspirinas sobre su mesa de noche y tomó dos.

—Estás distraída hoy —dijo Julio Edwards.

Sofía no respondió. Estaba concentrada en mirar a través de la ventana a las mariposas blancas que revoloteaban en el jardín.

La empleada trajo las dos tazas de café y las puso en la mesa donde Sofía y su padre acababan de almorzar, como todos los domingos. Hortensia, la madrastra de Sofía, acababa de levantarse de la mesa para llevar al pequeño Arturo a hacer la siesta. Antes de irse, Hortensia se había acercado a su esposo con el pequeñín en brazos. Julio acarició la cabeza del niño y le dio un beso.

—Papá, ¿mi mamá está viva? —Sofía volteó hacia su padre.

Julio bebió un sorbo de café y frunció los labios.

—Tú no tienes madre. Te lo dije mil veces. Yo soy tu padre y tu madre.

Sofía ya estaba cansada de esa explicación tan tonta.

—Yo aún la recuerdo, papá. El día anterior a que se fuera me llevó al parque y me dijo que me quería. Y no me digas que lo estoy imaginando. Yo tenía cuatro años, pero la recuerdo perfectamente.

—No deberías. Ésa nunca supo ser esposa ni madre. Estamos mejor sin ella.

Sofía recordaba el calor del abrazo con que su madre la recibía cada día después de sus clases de ballet. Cuando su mamá se fue, su papá la mandaba recoger con la niñera y el chofer hasta que canceló las clases por completo algún tiempo después. El ballet era una pérdida de tiempo después de todo. Más adelante él le enseñó a manejar el negocio de la familia, algo mucho más útil que bailar en tutú.

—Mira adónde has llegado sin ella —continuó su papá—. Ya no eres la niña ingenua de antes. Cuando empezaste en la empresa pensé que no durarías ni una semana —añadió sonriendo.

Habían pasado muchos años y Sofía aún temblaba al recordar su primera reunión de trabajo fuera de la empresa. Ella estaba muy orgullosa de acompañar a su padre a cenar con el cliente más

importante de la empresa, un político que quería lanzar su campaña de reelección como senador. Sofía dio el encuentro a su padre en la puerta del restaurante. Él la miró de arriba a abajo.

—Esta es una reunión de negocios, Sofía.

Sofía abrió la boca para decir algo. Había pasado dos horas eligiendo qué ponerse. La mirada seria de su padre la hizo cerrar la boca. Él tenía razón. ¿Qué estaba pensando cuándo eligió esa blusa blanca de flores rojas? Era demasiado escotada y su falda roja era demasiado llamativa.

La reunión con el político de cabellos grises y su jefe de campaña, una mujer de traje azul, transcurrió sin problemas. Sofía no se atrevió a hablar demasiado. Sólo asentía y sonreía. Pronto se cansó de la sonrisa forzada y se dirigió al baño. Necesitaba estar sola y respirar un poco. Al salir de allí, el político la esperaba en la puerta.

—Y ahora soy la gerente general de la empresa —dijo Sofía, echando una mirada a su traje negro y comprobando que el botón de su blusa gris, cerca de la garganta, estaba cerrado. No tenía que vestirse así los domingos, pero prefería dar siempre una buena impresión.

—Pero aún tienes algunas cosas que aprender, hija. No creo que seas lo suficientemente firme con tus empleados.

—Claro que soy firme con ellos.

—Te tienen miedo, sí. Hasta dicen que tienes una mirada que los paraliza, como la de Medusa —Julio rió antes de continuar—. Pero cuando llega el momento de tomar decisiones difíciles, a veces tomas el lado de los trabajadores. A veces eres demasiado buena.

Sofía tragó saliva con fuerza. Era cierto que muchos en la empresa se quedaban como de piedra cuando la veían. Pero Sofía era una profesional que pensaba en lo mejor para la empresa. Cuando tomaba decisiones en favor de los trabajadores era porque beneficiaba a la empresa en el largo plazo. La empresa facturaba tres veces más que cuando su padre estaba al mando, pero para él eso no era suficiente.

Y eso que había cambiado. Sofía lo había visto sentarse en el suelo a jugar con Arturito. Lo único que Sofía recordaba haber jugado con su padre era monopolio, el resto de sus juegos era

con las sirvientas o el chofer. Julio Edwards hasta le cambiaba los pañales al mocoso. Ya no era el padre que no la dejó ir a su fiesta de promoción porque se sacó un quince en Geografía y que le dio una bofetada el día que llegó a casa cinco minutos después de la hora indicada.

Sofía cerró los ojos y se tocó las sienes con ambas manos.

—Papá, ¿recuerdas la reunión con el senador Chávez? —preguntó Sofía metiendo la mano en la cartera en busca de sus aspirinas.

El rostro de su padre se endureció.

—Fue una vergüenza —respondió su padre casi escupiendo las palabras —. Te comportaste como una chiquilla.

Sofía no dijo nada más al respecto. Le contó sobre el último contrato que había cerrado con una empresa de telecomunicaciones y dio por terminado el almuerzo.

Sofía regresó a su oficina y se quedó a trabajar hasta tarde. Mientras menos durmiera, mejor. Cerca de las cuatro de la mañana cayó dormida sobre su escritorio y soñó con la mujercita ésa. En el sueño, Sofía estaba en el velorio de Melisa y ella se levantaba del ataúd a perseguirla. ¿Por qué no la dejaba en paz? Melissa se había buscado todo lo que le había pasado. Sofía sólo hizo su trabajo al despedirla, nada más. Nada personal. Aunque tal vez sí debió creerle lo del embarazo.

Sofía sacó dos aspirinas del cajón de su escritorio y se las tomó. Era hora de irse a casa. Sofía se levantó de su asiento sólo para volver a sentarse, el dolor de cabeza era muy fuerte. Además, cada vez que cerraba los ojos, la imagen del senador y su sonrisa burlona se mezclaba con la imagen de Melissa.

Una vergüenza. Su padre había dicho que la reunión con el senador había sido una vergüenza. Sofía había pasado toda su carrera profesional evitando pensar en lo que pasó ese día cuando salió del baño y el senador Chávez se acercó a ella. El viejo le sonrió y trató de darle un beso. Sorprendida, Sofía lo empujó. El senador insistió un poco y luego regresó molesto al comedor. Sofía alisaba su blusa y respiraba con fuerza cuando vio a su papá acercarse a ella por el pasillo que llevaba a los baños.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —masculló Julio Edwards.

—Nada, yo... Lo siento...

—Pareces una chiquilla. Deja ya de disculparte por las puras. No sé cuántas veces te has disculpado esta noche. Te has dedicado a jugar con tu cabello, a sonreír sin razón y a disculparte toda la noche. Y esa ropa... Esta es una reunión de negocios, Sofía.

—Pero papá, el senador intentó besarme.

El padre de Sofía movió la cabeza de lado a lado y su rostro se enrojeció. Frunció los labios y le dio una cachetada. Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas. No era la primera vez que recibía una bofetada de su papá, pero nunca antes la cachetada le había dolido tanto.

—Eso te pasa por andar coqueteando como una chiquilla tonta. No coquetees, vístete bien, compórtate profesionalmente y no pasarás malos ratos.

Sofía temblaba al recordar todos los errores que había cometido esa noche. Y todo había sido su culpa. Sofía miró con aprobación su atuendo, una blusa gris sin escote y un pantalón negro de corte clásico. Había aprendido la lección. Era una lástima que Melissa no aprendiera la suya.

Pero los gritos de Melissa ¿habían sido pedidos de ayuda? ¿Acaso ella había dicho que no? Sofía sacudió la cabeza. No podía recordar.

Sofía cogió el teléfono y, poco después, Patricia llegaba a su oficina.

—¿Recordó algo? —preguntó Patricia casi sin aliento.

—¿Sabes quién es tu padre? —preguntó Sofía a su vez.

Patricia no sabía. Al parecer, la mosquita muerta entraba en llanto cada vez que Patricia preguntaba por su padre. Sofía le contó del affaire de su madre con tío Darío.

—¿Usted cree que sea él? —preguntó Patricia abriendo sus grandes ojos café.

—Tal vez. Él falleció hace unos años, pero puedo ayudarte a conseguir lo que te toca si es que los exámenes son positivos.

Cuando Patricia se fue, Sofía tomó dos aspirinas más y cerró los ojos. Nada. Aún sentía que le taladraban el cerebro. ¿Por qué? Melissa estaba muerta y Sofía había prometido ayudar a su hija. ¿Qué más podía hacer? Sofía se sirvió un vodka con hielo del mini bar.

Esa noche Sofia se quedó dormida una vez más sobre su escritorio, pero esta vez no soñó ni con Melissa ni con el senador. Soñó con la última vez que vio a su madre. Al despertar, Sofia se paró de golpe y salió de la oficina. Media hora después, estaba sentada en la banca del parque a donde solía ir con su madre de niña, cerca del malecón de la reserva en Miraflores.

Como en un sueño, se vio a sí misma a los cuatro años, persiguiendo mariposas amarillas. A su lado, veía la imagen de su madre, sentada en la banca con un vestido blanco estampado con girasoles. Ella sonreía con tristeza, los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

La niña se acercó a su madre riendo.

—¡Atrapé una! —le dijo emocionada, mostrando sus manos juntas, cubriendo el tesoro.

—No hijita, suéltala. Las mariposas deben volar.

—Pero yo quiero que sea mi mascota —repuso la niña.

—Las mariposas no son mascotas. Ellas deben volar y ser mariposas, así como tú siempre debes ser tú —le dijo tocándole la punta de la nariz con el dedo índice.

La niña abrió su mano y la mariposa echó a volar por los aires. Madre e hija la miraban dar volteretas alrededor de ellas.

—Cuando sea grande quiero ser como tú, mamá —dijo la niña.

La madre sonrió y suspiró.

—No, hija. Un día volarás como la mariposa y serás tú misma.

La mariposa de alas amarillas se perdió en el horizonte y la visión de Sofia se desvaneció.

Sofía cogió el teléfono para llamar a su padre. En ese momento la pantalla de su iPhone se iluminó y la palabra “Papá” apareció junto con el sonido insistente que anunciaba la llamada. Sofia apresuró su dedo índice hacia el botón verde pero una vez ahí, lo dejó paralizado sobre el botón por unos segundos, sin presionar. El tiempo pareció detenerse a su alrededor cuando Sofía movió su dedo y apretó el botón rojo para enviar la llamada al buzón de voz. Luego, guardó el teléfono en el bolsillo de su saco y desabotonó el botón superior de su blusa. Por primera vez en años, el botón ya no la ahorcaba.

The Cassandra Complex

Some days I want to hit my head against walls, so I stop the living fires in my mind. Other days I want to slap all the doctors that said it was just a dream, that I was just a troubled little girl. Just like the priestess that ran towards the wooden horse with an axe in one hand and a burning torch in the other, they didn't believe me. Nobody believed me.

But on other days I just wish I didn't know. What was the point of knowing about the accident if I couldn't change anything? I was forced to watch my family destroyed and my soul buried alive. Now, I have only one satisfaction: the end will come soon. I know it.

Home, bittersweet home. Vanessa smiled slightly. The sight of her white, tiny house, barely illuminated by the moonlight gave her some relief, but it also meant the ending would come soon. She sighed and opened the door.

As Vanessa stepped into the hallway, dust particles floated around her, rising from the hardwood floors. She left her black suitcase next to the door. Then, she sat down on the living room couch before taking a long, deep breath and closing her eyes. Any day now. She wished she could have stayed in the Amazon jungle a little longer but it was a week after Thanksgiving already. She had to die in her own house, in her own bed if possible.

The next day, Vanessa woke up at sunrise to clean the house. Someone would find her dead body soon and, dead or not, she wasn't going to let anyone judge her for having a dirty house. The piles of dirty clothes and cardboard boxes in her room formed some sort of childish fort, similar to the ones she used to build with her foster brothers. What a mess. Vanessa had to organize all that shit or the headlines in the newspapers about her death would link her to the TV show "Hoarders."

Two weeks, maybe three until someone found her. To avoid her body rotting too much and the maggots coming out of her mouth, Vanessa carried her phone with her even when going to the bathroom. She needed to call 911 as soon as she felt like dying or an accident happened. No hopes

of being saved, she was just too scared of what would happen to her body if it was left alone in the house for too long. In part, that was one of the reasons why she got rid of the cat, afraid Mr. Ash would be too hungry after weeks of being left alone and ended up eating her face.

Vanessa was going to die before Christmas or very close to it. She would never open presents again on a Christmas morning or have the chance to make a snowman for her two kids, a blue-eyed boy and a girl with curly, black hair; kids she would never have with the tall, imaginary man she would never marry.

Even though no doctor ever told Vanessa she was going to die (in fact, they all said she was perfectly healthy and recommended therapy), she had no doubt in her mind. Doctors made mistakes all the time. They probably didn't find the tumor yet, or they didn't have the methods to foresee a sudden heart attack, or a ruptured aneurysm. Maybe she would die of spontaneous human combustion, who knew? Vanessa shook the thought away and chuckled at her own stupidity. She couldn't die like that. She had seen her dead body after all.

It had been a year since Vanessa had that vision. She quit her job as a home-based customer service agent the next day. Soon after, she made her will, leaving everything to charity, and found a new home for the cat. She spent a few months traveling through Latin America with the reduced savings she had left.

The last place in her itinerary had been the Amazon jungle. There, the evergreen rainforest welcomed her with giant flowers blooming in red and yellow tones, although it was most likely nature's way of saying farewell to her. Forever.

Vanessa glanced at the cat figurines that she had around the house and thought of the newspaper headlines again: "Middle aged hoarder found dead at her house, no face." At least, by getting rid of Mr. Ash, the black cat that shared his life with her for fourteen years, she changed the no face part of her future. Now, she had to get rid of the hoarder part of the headline.

Vanessa spent that day and the next dusting, organizing, sweeping, and mopping. She hated cleaning, but time was running out so she had to be a mix of cleaning lady and The Flash. When she finished, the dark floors of the two bedroom house shone like new, while the antique furniture

looked spotless. Her collections of coins, stamps, dead butterflies, and other dead animals (she was a great taxidermist) were organized in white boxes, ready to be moved out to... Who knew where her crap would end up, but for now it was all stored neatly in the garage. Nobody would criticize her house now.

Being almost 4pm, a growl in her stomach reminded her that all she had that day was a cup of dark coffee, no sugar. She didn't want to go out but her pantry had only canned corn and some dubious marinara sauce.

Dragging her feet, Vanessa gathered her purse, car keys, and phone. On a second thought, she placed her car keys back on the wooden table next to the front door. She was not going to die in a car crash like her mother did, not if she could avoid it. Any death would be better than having her limbs torn apart by a drunk driver.

Vanessa had to walk for thirty minutes to get to the grocery store. At least the weather wasn't too cold and the trees were pretty with their brown, orange, and yellow leaves. She passed by a local gym and wondered why the windows weren't tinted. Who wanted to see a fat, bald man in his fifties running on a treadmill? His face was so red and sweaty that he could drop dead at any minute. In a different window of the second floor, a young couple engaged in some pointless exercise that required them to sit facing each other, extend their arms, hold hands and move front and back repeatedly. It was a ridiculous exercise, but staring at the smiling couple for a few seconds, Vanessa wished for the same. She wiped an imaginary tear from her cheek and moved on.

Vanessa walked back home from Albertsons, having to take a break every once in a while to rest. Damn, the bags were more heavy than usual. Since she was about to die, she couldn't stop picking stuff from the aisles, candies, ice cream, and cakes that her diabetes prohibited for years.

When she was about to get home, she found a dead salamander, ran over by a car, on the road in front of her house, in the Northeast of El Paso. It had to be a sign. Death was coming closer, the unstoppable clock of time was going to stop soon for her, as it did for her mom. The ruthless

Moirai was probably already waiting for her inside the house, all dressed in black and smirking, the golden scissors ready between her bony fingers.

Vanessa had a big portion of lasagna and ice cream for dinner. It didn't matter anymore if her corpse was a bit chubbier or if her blood sugar went over 300. Her Ben & Jerry's Chunky Monkey ice cream normally lasted a week or two in the freezer but this time she ate it all that same day. Tomorrow could be too late.

Watching TV and drowning herself in the sweet ice cream nectar, Vanessa sprawled on the red couch of the living room. When her soap opera finished, she went to the kitchen to get more ice cream from the fridge but stopped in front of the closed door. She stared at the magnets she collected over the years. The leprechaun from Ireland, the parrot from Brazil, the coliseum of Rome, the Eiffel Tower... She had fun in each of those places and yet it never seemed enough. At her 45 years old, she had travelled the world more than once looking for something, an answer to all the big questions.

In her trip to the Amazonian jungle, Vanessa met a shaman dressed in a brown tunic. They were sitting around a fire, surrounded by tall trees, when Vanessa asked about the meaning of her life. The short, bony man gave her a green, gross looking concoction inside a wooden mug. It almost made her throw up.

A couple minutes later, Vanessa started seeing things in the fire. In a blur, she saw the few friends she had before she realized she was going to die, all of them talking to her, accusing her of being a terrible friend. She saw Marissa in her white dress and the wedding Vanessa didn't attend. Mona's new baby boy, whom Vanessa never met. And Sam. Oh Sam. Vanessa's last date that ended with a kiss, under a porch lamplight surrounded by fireflies. Sam made her believe that a normal life was possible.

In the hallucination, Sam asked why she didn't answer his calls anymore or didn't open the door the last time he went to her house to try to talk to her. Because she was going to die, she wanted to scream to the vision.

There was no major supernatural experience in those visions, nothing real at all. Vanessa was certain of it. Nothing like the premonition she had just before her mother's accident. That night, even though she was a little girl, she knew it was all true. She could feel the cold whisper of death into her ear.

Her mother said it had only been a bad dream and, no matter how much Vanessa cried and begged, hugging her mother's knees, her mom refused to stay at home. Vanessa only convinced her of taking a different route to school.

"See? Nothing happened," said her mother, turning to face her from the front seat, when they stopped in a red light close to Vanessa's school. The little girl started trembling, she remembered her mother saying those exact words in the dream. At that moment, a drunken driver hit them from the left side of the road. Vanessa spent over a month in coma and always regretted coming out of it. Her mom was dead because of her.

Now, at 45, Vanessa was no longer a little girl and she couldn't care less about dying. But dying without knowing why she had to live in the first place was what bothered her. All those years of foster homes, with perverted foster fathers that invaded her room at night, and foster mothers that wanted maids instead of daughters, always made her wonder why, what was the point of being alive in such a crappy life. As a grown-up, her life didn't improve much... she had nothing to show for it. No career, no family, no love life, no friends, a big zero in everything. The cat was the only one that ever cared for her.

Christmas Eve arrived, and to her surprise, she was still alive. She didn't even try to clean anymore or put up the Christmas decorations that year, not even the Christmas tree. Day after day, she had gone to sleep being certain that she would not wake up again. Day after day, she did. But this time it was the deadline. She had to die by Christmas.

The vision of herself, hands crossed over the chest, in a black coffin with Christmas decorations in the back couldn't be lying. Her premonition of her mother had been right after all. Tears fell down her cheeks as Vanessa pictured one more time her body resting peacefully, a serene look that she never found in the mirror. She wasn't able to picture how she was going to die though.

No matter how hard she tried, she couldn't get a *sneak peek* of what was going to happen. With her mother, the vision was the accident but fate denied her the right of knowing how she was supposed to close the door of life for good.

The next morning, Christmas day, the phone rang and woke her up. The caller ID of her cheap cellphone told her it was Sam. Vanessa smiled and put her index finger on the answer button of the screen. But then she remembered she was about to die and sent the call to voicemail. Why was he calling anyway? He made everything more difficult. It was way easier to think of death when she had absolutely no hope in life. The night she had the premonition, she woke up feeling happier than ever since her mother died. At least, she knew there was a limited time of emptiness in her future. No need to worry about growing old and alone. Sam had become a "what if" in her life, a possibility of happiness, but possibilities are just that, a feather rocking in the windy air that could end up anywhere.

Vanessa sat down on her bed, unsure of what to do next. Breakfast for the dead woman? Why was she still alive? She glared at her phone and shoved it into her nightstand's drawer.

She changed clothes and went for a walk in the neighborhood. Maybe her death was waiting outside. The windows showed happy families gathered together around Christmas trees. Some were still exchanging gifts, and kids were already playing with new cars or dolls.

Vanessa remembered her last Christmas with her mother. It wasn't as happy as those she saw around her. Her father had just abandoned them and her mother was a crying mess. She never cried in front of Vanessa but her daughter could hear her through the thin walls of the house. That Christmas, Vanessa ran to the Christmas tree and found it empty for the first time in her six years of life.

Vanessa closed her teary eyes and looked away from the windows. There was no point torturing herself even more. It was time to go home. It was time.

She walked all the way back staring at the concrete floor. Once she got home, she walked pass the kitchen and glanced at the fridge for a brief second. No, Chunky Monkey time was over.

Vanessa went to her room and lay down on the bed. She stared at the ceiling, holding a picture of her mother on the chest. She hugged it tightly. Vanessa remembered she had wanted to call 911 but dismissed the thought. It didn't matter anymore. Vanessa closed her eyes. It was her time to go. Her mind started to drift off when she heard the phone ringing again from the drawer.

Café con leche

Yo tenía doce años cuando Mamay me ordenó que le llevara un café con leche a la señora Graciela.

—Ya no eres una niña —me dijo con voz temblorosa—. Párate derechita nomás y no derrames nada.

Era la primera vez que me dejaba salir del cuartito en la azotea y entrar a la casa, más allá de la cocina. A la señora no le gustaban los niños así que yo tenía que quedarme siempre en el mugre cuartito de 2x2. Cuando regresaba del colegio, entraba por la puerta del garaje que daba al patio, allí una escalera me llevaba a la azotea para no pisar la casa de la anciana.

Los días domingo eran los días de salida de Mamay y nos íbamos al cuarto de Huachipa, a dos horas en combi de ese barrio pituco de Chacarilla, donde vivía la señora. Bueno, eso fue desde la invasión, que fue cuando yo tenía siete años, creo. Aún recuerdo ese día. Llegamos con las esteras y los palos y los adultos se dividieron el terreno, propiedad de la municipalidad o algo así. Fue un día tranquilo. Lo malo fue cuando llegó la policía dos años después. ¡La bronca que se armó! Dos de los vecinos terminaron en la posta médica y otros dos en la comisaría. Hasta vino la tele a filmar a los policías pegándoles a los "invasores", así decía el noticiero. Pero no lograron nada. Ahí nos quedamos todos con nuestros pisos de tierra y nuestras paredes de esteras. Poco a poco, entre todos los vecinos, pusimos pisos y paredes de verdad y armamos nuestras casitas de un solo cuarto. Nosotros queríamos ayudar, pero a los niños siempre nos mandaban a jugar con los animales para no estorbar. A mí me gustaba perseguir a las gallinas y jugar con los perros flacos que andaban por ahí. Poco después nuestro barrio empezó a llamarse Asentamiento Humano Virgen de la Esperanza y Mamay dijo que el cuarto ya era todo nuestro pero que algún día tendríamos algo mucho mejor.

Mamay aseguraba que viviríamos en una casa muy grande, como la de la señora Graciela. Aún recuerdo a Mamay en la cocina de la señora, con su largo cabello negro trenzado, picando verduras para el almuerzo y limpiándose el sudor de la frente con su delantal blanco. Cuando me

enseñaba a cocinar, Mamay decía que su comida era mágica y que nos daría lo que necesitáramos. Después de todo, la abuela de su abuela había sido una *layqa* muy poderosa y siempre tuvo todo lo que quiso gracias a la brujería de su comida. Yo siempre hacía una mueca de asco y retorció la nariz cuando Mamay contaba que la abuela de su abuela muchas veces escupía tres veces las comidas para lograr lo que quería.

—Yo no necesito hacer eso —decía Mamay cuando yo le preguntaba si ella también escupía la comida—. Mi comida tiene su propia brujería, mamashita. ¿Qué acaso mi cau cau no es mágico de lo rico que es? Hasta mi café con leche es mágico. Deja que la señora siga comiendo lo que preparo y tomando mi café con leche y todo saldrá bien.

Los ojos de Mamay brillaban cada vez que hablaba de magia y yo no sabía si creerle o no.

La casa de doña Graciela era enorme así que Mamay me acompañó a llevarle el café con leche para que no me perdiera entre tanto corredor y tanta puerta. En ese caserón cabía todo nuestro barrio de la Esperanza. En la puerta del cuarto de la señora, Mamay me dijo:

—Dile que estoy enferma y que por eso le traes tú el café con leche. Dile que eres mi hija, sonríe y dile sí a todo lo que te diga. Recuerda que está algo mal de la cabeza así que no le hagas mucho caso.

Yo no entendía por qué tenía que llevarle yo el café con leche, pero no reclamé. Tenía mucha curiosidad por ver cómo vivían los ricos.

El cuarto de doña Graciela estaba lleno de adornos de porcelana y fotos antiguas, algunas en blanco y negro. La señora estaba echada en una cama con un cubrecama verde que más parecía la canchita de fútbol del barrio de lo grande que era. Había un tanque de oxígeno al lado de la cama, pero ella no traía la mascarilla puesta.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la anciana, sentándose en la cama y alisando su cabello blanco y ondulado. Tenía la boca pintada muy muy roja.

—Soy la hija de la Juana, señora —respondí. Le conté la mentirota que Mamay me había enseñado y ella se la creyó todita.

La señora asintió y se volvió a echar en la cama. Dejé la bandeja sobre su mesa de noche y me fui confundida. Llevé todas las comidas de la señora esa semana. A los tres días me saludó muy contenta y me llamó Marianita. Abrí la boca para decirle quién era, pero recordé las palabras de Mamay. Doña Graciela me pidió que me sentara a ver televisión con ella y así pasamos toda la tarde juntas. Mamay vino a vernos como dos horas después y nos agüeitó desde la puerta entreabierta. Vi que sonreía.

—¿Eres tú, Juana?

—Sí, señora —respondió Mamay dando un salto. Luego, estiró el delantal blanco sobre su uniforme negro y entró al cuarto.

—Tráele a Marianita algo de comer.

—Sí, doña Graciela.

Mamay me contó que la señora había tenido una hija muchos años atrás, pero murió siendo aún una niña. Yo me sentía mal haciéndome pasar por la hija muerta de la anciana, pero Mamay me obligó y me amenazó con darme de correazos si no obedecía. Yo no sabía por qué, pero me pasé todo el verano acompañando a la anciana. A veces la ayudaba a peinarse o a ponerse el lápiz de labios.

Un día me volvió a preguntar quién era y yo no pude mentirle más. Ya estaba podrida de fingir que era su hija. Le dije la verdad, que era la hija de la Juana. Ella me miró y no dijo nada, pero unos días después, me llamó por mi nombre y me pidió que me quedara.

—¿Estás segura de que no se te escapó tu nombre?

—No, Mamay. La señora lo recordó solita.

Mamay sonrió. Los días siguientes acompañé a la señora como yo, no como la tal Mariana. Un mes después, Mamay me dijo que teníamos que apurarnos. Acababa de pedirle a doña Graciela que fuera mi madrina de bautizo y había que hacerlo rápido o la señora se olvidaría. Mamay me hizo lavar un vestido blanco que había pedido prestado a su comadre y llamó por teléfono al cura de la parroquia para que viniera al toque. No fue fácil convencerlo, me dijo después, pero Mamay

ofreció prepararle un rico Arroz con Pollo con su Huancaína más y una mazamorra morada de postre.

El bautizo fue algo rápido en el cuarto de la señora porque ella andaba con los achaques y no podía salir. A partir de ahí, Mamay me dijo que debía llamarla madrina. Nunca me acostumbré mucho, pero empecé a llamar madrina a la señora Graciela y a pasar más tiempo con ella. Pero a veces la señora no me reconocía y tenía que irme de su cuarto. Esos días, que cada vez eran más y más, Mamay se ponía triste o se molestaba conmigo. Una vez me agarró a correazos en el cuarto porque estaba convencida de que era mi culpa, que seguro había hecho algo mal o no la había llamado madrina.

Un día llegaron dos hombres vestidos de saco y corbata y pidieron ver a la señora. Mamay les sirvió café con leche a los tres en el cuarto de doña Graciela y luego vino a la cocina.

—¡Dicen que son abogados, mamita! —me dijo. Luego, se puso a lavar los platos mientras cantaba una canción de esas del año de la pera que tanto le gustaban y se movía al ritmo de la canción. Los ojos le brillaban.

La señora Graciela murió pocos días después. Yo la acompañaba cuando empezó a tener problemas para respirar. Le puse el oxígeno, pero no se calmaba. Mamay llamó a la ambulancia, pero llegó muerta a la clínica.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, Mamay? —le pregunté esa noche.

—No te preocupes. Todo va a salir bien —me dijo muy tranquila.

Yo no podía entender cómo Mamay no se preocupaba por buscar otro trabajo o un marido al menos. Pasaba los días limpiando la casa como si nada hubiera pasado. Y así fue hasta que un día regresaron los abogados a hablar con ella. Al rato, Mamay vino al cuarto echando chispas y me dijo que empacara, que nos íbamos de allí.

—¡Esa vieja de mierda! —exclamó, temblando de la cólera.

Le pregunté qué pasaba y no me respondió hasta que tuvimos todos nuestros cachivaches juntos en mochilas, bolsas y cajas.

—No te dejó nada. ¡Nada! ¡La vieja tacaña dejó todo a la caridad! Todo a la caridad y nada a su ahijada. Todo se fue a la mierda.

Mamay seguía refunfuñando mientras bajábamos de la azotea con todas nuestras cosas. Cuando íbamos por la mitad de la escalera, una mariposa blanca voló alrededor de Mamay y se posó sobre el pasamanos de madera junto a ella.

—A la caridad... —gruñó Mamay al aplastar a la mariposa con la mano.

Sin decir una palabra más, seguimos bajando la escalera, llegamos al patio y entramos a la casa, rumbo a la puerta principal donde esperaban los abogados.

—Coge ese florero y un par de las figuritas de porcelana y pon todo en tu mochila. De acá no nos vamos con las manos vacías —me dijo mientras cogía unos cubiertos de plata y los guardaba en una de sus bolsas.

Pero nosotras no queremos robarle a nadie, mamashita. Mi café con leche es más rico que el de Mamay. Así que ya deja de quejarte y llévale ese café con leche a la señora Marta. Sonríe y a ver si a nosotras nos va mejor.

Executive Circes

The witches were meeting later that day. Someday, if I survived, I would be one of them. I just needed more coffee.

The old, night guard briefly glanced at me while covering a big yawn with his hand.

“Good night,” he mumbled.

“Night,” I mumbled back, yawning and stepping on the gas to disappear into the darkness of 4am Lima.

As soon as my car left the gate of Slavery Corporation, I engaged in my normal after work routine: cry. I took the Av. Arequipa towards Miraflores district just to see the trees in the middle of the street, my only contact with the outdoors besides the white roses and ferns in my mother’s garden. My hands, clenched on the steering wheel, engaged in the usual fight with the small part of my brain that was in charge of keeping me alive. The other parts of me fantasized about how just one small move of my steering wheel could release me from my misery, crashing my car into one of the tall trees I could barely see behind the tears. Maybe one day.

As soon as I got home, I lay on top of my bed, bothering only to take my stilettos off but not my black pantsuit. I was too freaking tired to even brush my teeth. But I couldn’t sleep, the ceiling of my room filled with shadows and images that didn’t disappear when I closed my eyes, images of Celia and Grace.

I had gone to Celia's office first thing in the morning to show her the sales report of the previous day.

She glared at me. “You should be worried, not smiling.”

I froze in my place. Was she kidding me? After what she said last time?

“Here is the report, Celia,” I said the day before when handing over the same daily report.

“Why are you so serious? Smile a little. You can't be so serious all the time even if the sales are not going well.”

And her words the day before that one: “Why are you smiling? Nothing funny about the report. Sales are still declining.”

I didn't say anything those times but I had to say something this time.

“Yesterday you said that I shouldn't be so serious. I can't smile, I can't be serious. What do you want me to do?” I never bothered confronting her before but I was sick of her criticizing everything I did or said.

Celia's eyes widened.

“So the sales declined 7%...” Celia said, now looking at the report.

Later, I had a super fast lunch with Grace, a former coworker, at the cafeteria. One more time I told her about my bitch boss Celia, whom she knew very well since she worked with her before.

I told her about the smile/don't smile episode.

“She's awful,” Grace said, rolling her eyes.

“One day I'll be out of here,” I vowed.

Grace laughed. “Sure.” She took a sip of her iced tea before continuing. “Keep repeating that to yourself.”

“What do you mean?” I asked. Was she mocking me?

“You have been saying that every time we met for the past five years.” Grace cut a piece of her roasted chicken and pointed the fork at me. “I warned you about her, remember?”

It was different this time. Although, lying on my bed still fully clothed at 5am, I realized that I used to get home at the same time when I was working with Grace, five years ago. Maybe I was just too tired of it and sick of Celia's abuse. She treated us like a nazi would treat his prisoners in a concentration camp. Who knows? Celia might have some Hitler's blood in her slim waistless body. I imagined her with a Hitler's mustache and I smiled; the first smile I had all day besides my meeting with Grace.

Sometimes, Celia made me want to jump from the window of my office in the eighth floor of the building (or push her so I could see her dyed blonde hair messed up for the first time and her hands extended towards me while falling, as if anyone that met her would ever save her.)

What was I waiting for? To murder her for the well-being of the human race? But what about my career? I worked so hard to get to my finance manager job... a job I hated though. I could no longer convince myself that I loved or even liked my job.

I closed my eyes and shook my head. My hand found my pillow and hugged it, almost in a fetal position. I finally fell asleep but half an hour later my alarm went off. I sat on the bed and touched the cotton pillowcase, now totally wet.

In the office, Celia waited for me with a not so happy morning look.

“Where’s the presentation?” She barked when I stepped into her corner office.

Celia had her back turned to me but I could see in the screen of her Mac the birthday party invitations that she had been working on most of the previous day. “Thomas the train for my little boy,” she had said, proudly showing the invitations to everyone working with her.

“You said it was for tomorrow...” I answered nervously, playing with my butterfly silver bracelet.

Celia turned to glare at me, making her nose look even bigger under the portions of dyed blonde hair falling at the sides of her face like a broom.

“Obviously, you need to show it to me today so I can show it to Tina in today's meeting and to Esteban tomorrow,” Celia yelled at me.

I stared at her, trying to remember the moment when she asked for the presentation. Why would I assume that she needed it before she said so? I studied business not fortune telling...

She didn’t even say it was for Esteban, the boss of Celia’s boss, Tina. I took the yelling in silence and left, feeling a tear threatening to come out of the corner of my eye.

Outside, I asked Norma, my analyst, if Celia had said anything about the presentation being that day. Norma was as puzzled as I was. She came to my office and together we worked in the presentation as fast as we could. When we finished, I went to the bathroom.

Someone was crying in one of the stalls. It was a muffled sound, like crying against a pillow. I tried to figure out who it was by trying to recognize the shoes and to my surprise I saw Celia's red stilettos. Apparently, the bitch had feelings.

“Good afternoon, Andrea,” Tina greeted me later, passing by my office. Through the glass walls, I saw her stopping at Celia’s office to say something to her from the door and then going to her own office at the corner of the opposite side of the floor.

Celia left her office and went immediately to Tina’s. Soon after, Vivian, my former boss back when I worked with Grace, stopped by my office. “Today we have a coven meeting,” she told me with a smirk in her wrinkled face. Vivian joined Tina and Celia in Tina’s office. Five minutes later, Celia called me to show them the presentation.

“Oh good, the last witch,” said Vivian when I entered the office. I forced a smile and sat at the table with Tina, Vivian and Celia.

“Oh no, you don’t get to be a witch until you’re an area manager like me,” said Celia, now smiling.

I was surprised at first but then I remembered the bitch only smiled in front of the bosses. Some sort of Dr. Jekyll / Mr. Hyde thing.

“Witch in training then,” corrected Vivian laughing and patting my back.

“So Andrea, tell us what we’re telling Esteban tomorrow.” Tina put on her glasses and opened her notebook. “How many people do we have to fire to turn the project profitable?”

It had been my dream for years to be one of them but I wasn't sure anymore if they were good witches. I wasn't sure anymore if I was good. Since Celia became my boss, I felt less and less myself. We kept planning strategies to increase profits at any cost. Now, I considered every little trick within the law to fire good people without paying them severance, I found ways to get more money from the customers even if that meant not telling the whole truth. I was becoming less and less human. Like Circe, Celia was transforming me into a pig. But the worse part came a week before when I found myself yelling at one of my analysts. I was becoming her.

After the meeting, I begged Grace to meet me at Starbucks. I needed to talk. When I arrived, she was already there, playing with her phone. I took a seat in front of her and immediately told her all the presentation drama.

“I’ll quit. I can’t take it anymore,” I said. Not even my caramel macchiato tasted sweet at that moment.

Grace fixed her ponytail and looked at me with her piercing ebony eyes. “Before you make a decision, you need to talk to Tania.”

“Who’s that?”

“My friend from college. She was, as Vivian would say, a witch in training at the Red Bank.” Grace took a sip of her Frappuccino. “The funny thing is that the Red Bank also call the women in top positions witches,” she giggled.

“That’s impossible,” I said.

“Nope. Vivian is Tania’s boss’ sister so I guess that’s how it got there. Anyway, Tania told me her story last week after years of not seeing her. You want to listen to this.”

I met Tania the next day. We met for coffee at San Antonio, the one in Chacarilla. I didn't know much about her yet though. “No spoilers,” Grace had said.

Tania looked about my age, maybe a bit older. Her red hair and freckles made me notice her as soon as she stepped in the restaurant. She was wearing a pair of jeans and a dark blouse, nothing fancy.

Grace introduced us. As soon as we sat down, Tania gave me a tired look. “I heard you want to quit,” she said. The bags under her eyes were even worse than mine.

I told her about my job and my horrible boss. She nodded. “I know what you mean. My situation was a bit different though, because of my kids,” Tania said taking a sip of her tea. “I’ll tell you.”

It was the day before the Red Bank’s Annual Executive Conference, the most important event of the year. At eleven in the morning, Tania started working on the last changes to Jonah’s

presentation. The energetic and half-bald boss of Tania's boss decided to change completely his presentation. Again. He had reviewed like twenty drafts in the past three weeks and asked for major changes that same day at 1am. Tania's team had stayed until 4am making those useless changes. Now, Jonah wanted radical changes again and Tania had to do them by herself. Other bosses would make their teams make the changes but her analysts already made major changes until 4am and now were busy coordinating with the vendors.

Tania got a cup of coffee from the kitchen, the fourth or fifth cup of the day, before starting with the changes. Her almond eyes fixed in a colorful pie chart on the screen of her laptop, her hands moved frantically from the mouse to the keyboard. Suddenly, Tania's iPhone rang and made her jump. She let the thing ring next to her, not bothering to look at it. When it chimed, Tania glanced at the screen: "Matty's sad. He wants to see you."

Fuck. When was the last time that Tania had time to feed her babies or read a bedtime story to them? She always left for work before they woke up and got home after they went to bed. And lately she had to work on weekends too. When she wasn't working she slept all day to recover some sleep. There were also the weekends when her ex-husband, Dan, had the kids. Spending time with Matty and Jessie became an impossible mission. Maybe Tania should've called Tom Cruise and asked for help.

Work had been crazy, or maybe just crazier than usual. That morning it had been especially difficult for Tania to get out of bed. The alarm clock went off at 5am and she cursed everybody who had the brilliant idea of creating that annoying noise. Maybe she put the wrong time or someone was playing a bad joke on her. Hugging the pillow as if it was a lifesaver, she opened one eye to look at the clock. Fuck fuck fuck fuck.

Yawning, Tania dragged herself to the shower and got ready for work. Thank god for automatic mode. Suddenly, she was in the car and had no idea of how she got there, besides some vague recollection of having coffee while brushing her hair and watching her two angels sleeping. Or maybe that happened the day before or the week before. It was all a blur in her head.

Oh fuck. Tania forgot to leave a note for her kids on their nightstand. Since she didn't have time for actual conversations, Tania had started communicating with them through notes. However, that morning she was too exhausted to even check what they left for her the previous night. Tania's eyes got watery as she started typing back a message to her mother: "Tell him I-"

Angela entered Tania's office in a rush.

"Is the presentation ready? We need it now," Angela said with a straight face, her oriental features stiffened. As far as Tania recalled, Angela only smiled around the CEO of the company or around red wine.

"Almost," Tania answered, hiding her phone in the pocket of her gray pants and forgetting the message immediately. Back to work mode.

"I need it now," replied Angela, moving a chair to sit next to Tania. Angela stared at Tania's screen while tapping her fingers on the desk.

Tania sighed and finished the changes just in time for Angela to run to her boss' office with the new (and hopefully last) presentation.

Next, Tania checked the presentation of the CFO. Mistakes in presentations were not allowed, but mistakes in presentations related to financials... that could get you fired. Okay, maybe not fired but those mistakes had serious consequences. Tania was in charge of the event so it had to be perfect. She had to finish fast with those changes so she could be on time for the rehearsals at the auditorium.

Tania's phone rang again. "Mom," the screen read. She sent the call to voicemail. No time to listen to her mother talking about how cute Matty looked in his sailor outfit or how they needed stuff for school. Tania's kids were four and five years old for God's sake. Needing things for school wasn't an emergency. Besides, their school always assumed that mothers did nothing but stay at home and watch tv, with all the time in the world (and money) to go to the store and buy all sorts of ridiculous colorful things. Her mother would figure it out, whatever it was. It was a blessing that she moved in with Tania after the divorce. It was a win-win situation since her mother's retirement check was a joke.

Tania heard people talking loudly outside her office. She went out and saw Miranda being congratulated by everyone in the department. Proudly, she showed her finger with a shiny rock on it.

“Congratulations,” said a confused Tania, hugging Miranda. “I didn't know you were dating.”

“It was mostly long distance. Who has time to date here?” Miranda chuckled, going into Tania’s office with her.

“And you don't know the best part,” she said after closing the door.

“Better than getting married to someone I assume you love?”

“Oh yes.” Miranda flashed a big smile. “I'm leaving this place. We'll live in UK. He doesn't even want me to work anymore. He said it's not necessary.”

Miranda was almost dancing while Tania wondered what was wrong with her. Sure, the job was hard, but living of someone else’s money wasn’t any better. Tania was completely capable of providing for herself and for her kids. Anyway, she would get bored staying at home all day to clean, go to the gym, go shopping, drink martinis or whatever stay at home moms used to do. At her job, Tania felt useful and important, she was part of something bigger than herself. Soon she would get a promotion and would finally be part of the top executives of the company. Tania and Miranda used to dream of becoming a part of the coven, the small group of top women executives in the company. Apparently, that was no longer Miranda’s dream.

Tania got to the auditorium a bit late and watched the rehearsal all the afternoon. When it finished, many top executives demanded important changes to their presentations. Tania and her team worked in the changes. She wondered if finding the exact picture of a Mexican hat, which the Vice President of Marketing saw in another presentation made two years ago by someone that didn't work there anymore, was worth her time. Tania spent one hour and a half on it, until she finally convinced that VP and Angela of using a different picture. The stupid things one had to do for work. The worst part of it was the waste of time. Instead of searching for useless stuff she could have gone home to have dinner with the kids.

Dan used to complain a lot about Tania missing dinner at home and about everything she didn't do. Tania wasn't a bad mom just because she couldn't go to school meetings or pick up the kids from school. Dan said the children deserved a real mom, instead of someone that was never there for them. That's how most of their fights used to start. After the kids were born, Dan had wanted Tania to stay at home with them. That was the start of the end for them. Tania didn't get an MBA in Michigan to be a housewife. Dan never understood. How could he? He inherited a successful restaurant that practically ran by itself. He set his own schedule and had a lot of free time. Tania loved her kids but they were better off with a mother that set an example of hard work, instead of a lazy mother that watched cartoons with them all day. Someday, it would all pay off.

Tania's phone rang again. This time it was her sister Amelia. Tania didn't answer, even though her sister called three times. The last presentation had taken more time than expected, and now she had to deal with a crisis. The sound system crashed near the last part of the rehearsal so one guy from her team coordinated with the technician to solve the problem. But now, three hours later, the problem wasn't solved. The phone rang again, this time it was her mom. Tania turned the cellphone off. No event was possible without a sound system and now, less than twelve hours before the event, they didn't have one, and it was too late to change providers. Tania yelled at her subordinates. They should have solved this issue before or asked for help. They said she was busy with the VP of Marketing, which was true, but still. Tania tried talking to the technician by phone and asked to talk to his supervisor or anyone in charge. The technician kept saying that it wasn't his fault and that he didn't have a backup equipment so there was nothing he could do. He also said that he was not authorized to give away his bosses' contact information. Tania threatened him and told him that it was a breach of the contract. He repeated that there was nothing he could do and hung up. He didn't answer the phone after that.

Tania was in the verge of a nervous breakdown but got herself together and went to her boss' office. Angela didn't yell at her, but when she spoke, her tone was cold, almost glacial and scarier than any yelling.

Angela made some calls and managed to get the personal phone of the owner of the sound system company. She called him, woke him up and basically threatened to destroy his company unless he solved the problem. Two hours later, the new equipment arrived, with the same technician and his boss. They were going to stay until the end of the event.

The problem was solved but she still had the feeling that everything was going to fall apart. Maybe it was her ulcer, menacing to show up again. Considering the industrial amounts of coffee she had over the past three weeks, it wasn't surprising that even crackers made her stomach upset. Tania needed to see her gastroenterologist again. Or maybe she would try Michael's or Miranda's doctor this time. Michael was another of her coworkers, the youngest manager of the area. Miranda, Michael and Tania had ulcers, so they called themselves "team ulcer." They were almost sure Angela had an ulcer too, but she wouldn't confess. Anyway, if it wasn't an ulcer, Angela probably had lung cancer after so much smoking, or some kind of liver disease with all the bile she spread everywhere.

Tania spent the rest of the night going over another presentation that was just sent to her and wasn't rehearsed. She also reviewed some changes in the program with her team, before she let them go home at 4:30am. She stayed until 6am and went home only to shower and change clothes for the big event.

When Tania came out of her room, showered and dressed up in a black pantsuit with white stripes and a white silk blouse, she rushed to the front door but noticed something odd in her way to the door. She opened the door, and glanced back at the living room. Balloons. Red and blue balloons hanged from the walls of the living room. Double fuck. She missed Matty's birthday.

Tania stared blankly at the balloons and noticed the huge sign on the wall in front of the door that said "Happy Birthday Matty" in thick blue letters and a white background with small, green dinosaurs. Dinosaurs! Matty loved dinosaurs. He always slept with a furry T-Rex toy.

Oh! Maybe the party was that same day? Hanging decorations the day before sounded like something Tania's mother would do. Tania looked at her phone to check the date. She fixed her eyes on the small screen that read Friday, June 8th, and shook her head confused. How did she

forget Matty's birthday was the day before the Annual Executive Conference? Tania closed the door in a slow motion and sat down on the brown suede couch, tears running down her face, her purse and cellphone dropped carelessly next to her. Tania closed her eyes, hoping that when she opened them she would still have time to wish Matty happy birthday.

Dan was right. She was a terrible mother. Tania wasn't sure what hurt more, missing her son's birthday or realizing that her ex-husband had been always right. "Priorities," he always said, "you need to get your priorities straight." Of course, missing Matty's birthday was worse, but for the first time in her life, Tania questioned her priorities. All her late nights at work, the 16 cups of coffee per day, the lack of sleep, the exhaustion showed by her lifeless eyes and constant yawns, the putting up with her dumb subordinates and her soulless bosses who didn't know slavery was abolished long ago (or didn't want to know). All of that had been for her kids... wasn't it?

But what about Erik? Tania didn't think of him in six years, since he changed jobs. He was a manager like Tania and used to work the same idiotic schedules until one day he quit. Everybody thought he was crazy when he started working at a small NGO dedicated to improve the lives of orphan kids through education. He was making less than half than before but he said it was worth it. Why? Tania never had a clue, except that he didn't have kids or a wife. Who would pay the mortgage or the kid's private school if she quit her job?

Tania opened her eyes. The red and blue balloons all over the white walls were definitely her mother's idea. Tania wished she could have seen Matty's smile when he noticed the dinosaurs. Her cellphone chimed. It was a text from Angela: "Where the hell are you?" Tania quickly stood up and gathered her cellphone and purse. She went again to the door and opened it but, before leaving, she turned around and stared at the sign again. Her eyes filled with tears.

The sound of the waves crashing against the shore was so loud that when Tania closed her eyes she thought for a second that she was at the beach. She enjoyed the view of the calm sea from the seaside promenade in which the park stood, but she hadn't think it was close enough to hear it or smell it, and yet, the humid smell penetrated her lungs with every breath she took.

Jessie and Matty ran carefree on the green grass surrounded with yellow flowered bushes, giggling and pretending to be the heroes of some silly tv show Tania never heard about, Pup Patrol, Paw Patrol, or something like that. Tania watched them from a wooden bench, amazed at her own kids. When did they get so big?

It was a nice Thursday morning and, looking at the blue sky, Tania realized how many beautiful days she had spent surrounded by walls in her office, sometimes not even knowing if the sun came up at all. And the laughter... that magical sound that was impossible to fit in the nightstand letters that her mother helped the kids write and were their most important way of communication for so long. All that life that she didn't live, all that life wasted making useless presentations for people that didn't give a fuck about her. That was obvious the day she quit her job.

Tania would have been fired anyway for not going to work the day of the Annual Executive Conference. The event was a total failure and she had a good part of the blame, but she didn't care. She told Matty that his birthday wasn't over and that it was a two day birthday that year. They spent all day at the zoo, where Matty rode a horse for the first time, yelling at her to look at him and take a picture. He said he looked like a cowboy. Jessie clung to Tania all day like one of the monkeys in display. Thank God her children were forgiving.

Matty and Jessie came running towards Tania and asked for ice cream with big smiles in their faces. "Sure," Tania said, and held their hands toward the ice cream shop in the middle of the park. She ordered chocolate for everyone only to find out that Matty didn't like chocolate. Who didn't like chocolate? He refused to eat it, pouting until Tania got him a strawberry one. In the past two weeks, she had discovered all sort of things about her own children. Jessie hated the color orange and raisins, but she loved Peppa Pig and mushrooms. Matty hated mushrooms and beans but loved broccoli and superheroes. When did that happen? When Matty was only one or two, he closed tightly his lips and turned red every time she tried to feed him broccoli.

Tania smiled at Matty's mouth all covered in strawberry ice cream and at Jessie taking a bite of chocolate ice cream. Her little girl's eyes sparkled so much you would think she just saw a unicorn.

At that moment, Tania touched her neck and realized something. The muscles of her always stiff neck were relaxed as never before, and in the two weeks since she quit her job, her stomach didn't bother her either, her ulcer nowhere to be found anymore.

Sometime later, Tania entered her house and heard her mother busy in the kitchen. Immediately, a buttery smell filled her nose. Oh please, not macaroni and cheese again.

"Are they awake?" Tania asked, entering the kitchen and giving her mother a quick kiss on the cheek.

"They're waiting for you."

Tania sat on the chair and let out a long, almost painful sigh.

"It couldn't be that bad," her mother said.

"It was brutal," Tania answered.

It was always the same. Tania was either overqualified or lacked experience for the jobs that would let her be home more often. Months and months of trying for nothing. No luck even when applying to jobs that paid less than what she made at the Red Bank.

Tania's stomach revolted at the smell of the macaroni and cheese. They ate pasta four times that week, no money for good food anymore.

Dan, who applauded and supported Tania's decision of quitting at first, now threatened to look into the custody agreement unless she started paying again her share of the children's school. Her mother had to pay the electricity the previous week after it was cut too. And to make things worse, she didn't know if she could pay the mortgage the next month. Tania loved her kids but she didn't quit her job to end up homeless.

Eventually, Tania gave up trying to find a flexible job and tried to find a similar job to the one she had before. However, after what happened in the Annual Executive Conference, Angela

destroyed Tania's reputation in the events' industry so the few interviews she got always ended when they asked for an explanation about what happened. No matter what explanation she gave, the interviewers always narrowed their eyes and gave her the 'you can't be trusted' look. Oh she knew that look very well. After all, she interviewed people in the past and never hired anyone that wouldn't prioritize work.

That afternoon was different though. The tall African American woman interviewing her listened to her attempt of justification with her head slightly tilted to the right. She held Tania's resume in her hands.

"Priorities," she said when Tania finished talking.

However, unlike other interviewers, she didn't immediately shake her hand and wave her goodbye with the implicit (and two times explicit) judgement to her work ethics and lack of commitment.

"Your kids should have always been your priority," finished the lady.

"You're right. That's why I quit." Tania was hopeful. Finally someone who understood how difficult it was for an executive woman to have a family.

"We can't hire you." The interviewer shook her head and placed Tania's resume on the table. "I'm afraid our corporate culture is too different from the only one you know. I'm sorry but I don't think you're a good fit."

"But I'm looking for a change. I changed."

"And I encourage you to keep changing, but not here."

That night, while her mother was serving the mac and cheese, Tania told her about the last failed interview.

"I don't get it. You're smart, you have an MBA..." said Tania's mother, placing the dishes on the kitchen table.

"I know," Tania whispered.

Jessie came into the kitchen, running to her mom with open arms. "Mommy!" she said, hugging Tania. Jessie's red, soft curls covered her mom's face.

“What took you so long?” Matty asked from the door.

“Don’t be like that. Give your mom a big hug, Matty,” said Tania’s mother. Matty ran to join the hug.

Tania closed her eyes. Surrounded by the candy smell of her kids and their soft curls, she felt she could keep going. She would do anything for them. Then she noticed the envelope on the table.

“What’s that?” Tania asked.

“A gentleman left it for you and made me sign for it,” answered her mother.

Tania told the kids to sit down and start eating dinner with grandma. Then she opened the envelope and everything stopped, she forgot how to breathe.

“Are you okay, mom?” Asked Matty with his mouth full of pasta.

Tania said she needed to wash her hands and left with the letter still in her hand. She locked herself in the bathroom and sat on the floor, reading the letter again. And again. And again. Dan was suing for full custody.

Two years after quitting her job, all of Tania's savings were gone. She lost her two story house, unable to keep paying the mortgage. She also lost what mattered the most, the reason for all the mess. Dan won easily the custody battle since she had no money to support the kids. Jeez, she didn’t even have money to pay for an attorney.

Two years and all she could get was a job at Starbucks as a barista. And that was after begging the store manager for it, and reminding her of the old friendship of their parents. At least it was a fresh start, but she barely had enough money to pay for her expenses and pass some money to Dan for the kids.

Tania shared a one bedroom apartment with her mother. She usually slept on the couch so her mother could sleep comfortably in the bed. Tania was tired of the nasty looks her mother gave her lately. She was no longer the lovely and supportive mother of two years ago, when Tania was

the one helping her and paying all the bills. At least, when Tania slept on the couch, she was free to cry.

Jessie and Matty were growing up very fast. They missed Tania a lot, but they enjoyed her weekend visits to Dan's big house. Dan married again to a blonde bimbo who stayed at home with the kids, Tania's kids. One day, on one of Tania's visits, her heart almost broke when she heard her little princess Jessie calling the bimbo "Mama."

Tania blinked. She stared at the balloons on the wall and the dinosaurs in her son's birthday sign, images of a future blurring her vision. She blinked again and glanced at the time in her phone, then back at the front door. She crossed the door and left to work. She would definitely call Matty during lunch time, and send someone to buy him a giant stuffed animal or a very expensive toy car.

Tania didn't do any of those things. As always, she couldn't stop for a minute. The event turned out to be a huge success and from that day, she got a promotion and was welcomed into the Red Bank coven. She was finally an executive witch. The next year she got a job as a VP in a different bank.

Two years later, Tania's kids asked to spend more time with their father, new wife and half-brother. Tania, still working sixty hours a week, couldn't say no.

When Tania finished her story, she wished me good luck and left immediately. She said she had to work but I suspected she was about to cry and didn't want to do it in front of us. Grace told me Tania was famous in her job for being super tough.

To quit or not to quit. I didn't know what to do. Tania's story was scary, but the scariest thing was that my decision didn't seem to matter. I would be miserable anyway. All the women in top jobs that I knew had a mess of a family life and Tania was no exception.

On Monday, Celia called me from her car at 5.30pm.

"I need you to have the new budget ready for tomorrow morning," she said.

“But we haven't started it yet and it's late.”

“Esteban asked for it. I'll be there at 8am to see it,” she said, hanging up before I could say anything else.

Grace called me a couple hours later.

“Celia offered the report to my boss,” Grace said. “She said in front of Tina that it was ready.”

I couldn't believe it. Celia called me on her way home to her kids and husband, and I had to stay working late with my team to cover for her lies.

“Why Grace? Why is she like that?”

“Well... remember when we couldn't figure out why she was so nasty?”

“Yes.”

“Maybe it has to do with her cheating husband. Everybody is talking about it. Someone saw him.”

“Oh really? Wow. Well, I don't know. Mariah said she was always nasty. When she was an intern, she plotted to fire another intern.”

“What can you expect of someone so set on becoming a witch? You can't be a witch and be nice at the same time. She's the most authentic witch of the coven,” Grace said.

Celia was a witch indeed, a modern day Circe that would make everybody around her worse human beings. Being a witch meant that I had to renounce on being a nice, good person. Celia was the example. I wanted to be successful but the price seemed too damn high.

I drove home that night at 3am, passing by the trees again, but that night I didn't cry. I didn't think of crashing into a tree either. Tania's story kept playing in my mind. I wanted to quit but could I? Would I ruin my life for good?

I fell asleep wearing my contacts and woke up with a horrible headache and fully dressed. I closed my eyes and tried to imagine my future if I quit my job but, no matter what I did, my story always ended too similar to Tania's quitting part of the story. I gathered strength to shower (cry in the shower to be more specific) and go to my office.

I was working a budget in my MacBook when I heard noises. Celia was outside her office holding her one year old baby in her arms, her son Mario. A little blonde girl was holding her hand.

“Kids are very expensive, you know?” Celia said to Norma, who had announced her pregnancy that day.

For months, Norma had been planning on quitting her job to work in her family’s restaurant. “I’ll stay,” she told me later that day. “I can’t quit now.”

I nodded. Norma asked if she could leave early that day and I said no. There was a lot of work to do. But then I remembered that Norma was pregnant and I let her go home. I wasn't going to become a Circe.

The next morning I gave Tina my two weeks’ notice. A dark, uncertain path was better than one with certain death or darkness as final destination. Maybe I wouldn’t end up like Tania. I didn’t have kids after all.

La sirena en el desierto

Sabrina lavaba los platos frente a la ventana de la cocina. Como siempre, disfrutaba de cada contacto ligero con el agua y del sonido del chorro de agua al chocar contra el fregadero.

Del mismo modo, cuando estaba en la piscina o se daba un baño de tina, cada vez que la punta de sus dedos tocaba la superficie aterciopelada del agua y rompía el balance de moléculas para adquirir un poco de humedad, ella estaba en casa.

Sabrina era una sirena. Su madre también había sido una sirena como ella. El agua era parte de ella y ella era parte del agua. Lo sentía cuando el agua tocaba su piel en la ducha o en la tina, cuando sus manos se mojaban al lavar los platos, cuando el líquido mágico tocaba su garganta y calmaba su sed. Magia mojada, decía tía Belinda, quien no era una sirena. Ella era una amazona.

Desde niña, a Sabrina le encantaba sumergirse bajo el agua y experimentar el mundo borroso y sereno de las profundidades. Aún recordaba la playa de Santa María, al sur de Lima, adonde Tía Belinda la llevaba todos los domingos del verano desde que Sabrina llegó a vivir con ella a los tres años. Ahora que vivía en el desierto de El Paso, Sabrina no tenía muchas oportunidades de estar cerca del mar y lo extrañaba más que nunca.

La luna llena brillaba en lo alto del cielo cuando Sabrina terminó de lavar los platos y dejó correr el agua por unos minutos sobre la palma de su mano. Podría haberse quedado bajo el agua por horas, pero tenía que alistarse para salir. Esa noche tenía función.

Luego de un largo baño de burbujas, Sabrina peinó su largo cabello castaño y se vistió con un vestido plateado con rayas negras muy corto. La abuela Meche nunca aprobaría un vestido así, pero ella no estaba allí para censurarla ni volvería a criticarla jamás. Desde hacía seis meses, la abuela Meche estaba en el cielo con la mamá de Sabrina.

Cuando diga tu nombre, vendrás a mí.

Baila conmigo en el desierto sin fin.

Cuando diga tu nombre, será tu destino.

Baila conmigo hasta que llegue el invierno.

Sígueme al fondo del lago turquesa.

Escucha mi canción y ven a bailar.

Sabrina terminó de cantar y agradeció a las tres personas sentadas en el bar que aplaudieron sin mirarla. A veces se preguntaba por qué sonreía si obviamente a nadie le importaban sus presentaciones. ¿Qué clase de sirena era si su voz no lograba cautivar a nadie? Tía Belinda siempre hablaba de cómo la voz de su madre, dulce y casi hipnótica, siempre arrancaba lágrimas en los feligreses cuando cantaba en el coro de la Iglesia.

—¿Cómo se llama esa canción? —preguntó Marcus, quien la esperaba en el pequeñísimo camerino con un ramo de rosas rojas.

Sabrina no esperaba verlo ese día, pero no era la primera vez que él la sorprendía en sus presentaciones de los miércoles.

—Canción de la sirena —respondió Sabrina, cerrando los ojos y acercando la nariz a las flores que Marcus acababa de entregarle. El aroma de las rosas la hizo olvidar por un momento su fallida presentación.

—¿Sirena? Pero si hablas del desierto —objetó Marcus frunciendo el entrecejo, lo cual lo hacía parecer aún mayor de lo que era.

—Hay sirenas de todo tipo —dijo Sabrina antes de darle un beso en los labios, más para callarlo que porque deseara besar sus labios delgados y resecos.

La canción no se refería a ninguno de los mitos de sirenas que Sabrina había aprendido de tía Belinda, quien conocía mitos de todo el mundo y solía contarle un mito distinto cada noche antes de dormir.

Marcus nunca entendería su canción. Nadie la entendería. A veces, Sabrina pensaba en regresar a Perú para estar cerca del mar y de tía Belinda, pero tendría que dejar de cantar. Al menos en El Paso ganaba un modesto sueldo haciendo lo que le gustaba, aunque no tuviera demasiado éxito.

Sabrina recibió la llamada de Lima esa noche, poco después de tener sexo con Marcus y estando aún desnuda en la cama. Tía Belinda estaba muy enferma y quería verla. Su enfisema había empeorado y el pronóstico no era bueno. Sabrina se quedó en silencio por varios minutos después de colgar el teléfono, con los ojos y los puños muy cerrados. Marcus le preguntaba una y otra vez qué pasaba. Sabrina abrió los ojos y lo abrazó con tanta fuerza que casi lo deja sin aliento. Si tía Belinda fallecía, Marcus sería lo único que le quedaría en el mundo.

Sabrina viajó al día siguiente, rezándole todo el camino a un dios en quien nunca había creído. Cuando llegó a casa de tía Belinda, la anciana yacía en cama con los ojos cerrados. Los rulos negros de su tía sobre la almohada le provocaron una sonrisa. Tía Belinda no había dejado de pintarse el pelo ni estando cerca de la muerte. El mundo nunca vería sus cabellos grises escondidos debajo del tinte. Sabrina se arrodilló junto a ella y tomó su mano. Tía Belinda abrió los ojos, que ahora tenían nubes sobre los intensos ojos negros que Sabrina recordaba.

—Qué bueno que estés acá, hijita. Te estaba esperando. No puedo irme a la tumba con este secreto.

El corazón de Sabrina dio un salto. Tenía que ser algo acerca de su mamá, Ariana, de quién Sabrina sabía tan poco y su familia siempre evitaba hablar.

Tía Belinda le contó cómo Ariana se había enamorado a los dieciséis años de un hombre casado veinte años mayor que ella. Él había prometido que dejaría a su mujer, pero cuando Ariana confesó su embarazo, él le ordenó que abortara y confesó que no pensaba dejar a su esposa. La mamá de Sabrina se negó a abortar a pesar de las amenazas. Sus principios religiosos se lo

impedían. El desgraciado le dio una paliza para que ella perdiera a la bebé, pero tanto Ariana como la bebé Sabrina resistieron la golpiza.

La mamá de Sabrina no quiso denunciar al padre de su hija. Poco después, Ariana aceptó reunirse con él para tener una conversación sincera sobre la bebé por nacer. El hombre la recogió de casa de tía Belinda y se la llevó a un lago desierto, diciéndole que tendrían un picnic a la luz de la luna. Cuando el sol se puso, en la oscuridad, él golpeó a Ariana en la cabeza y la sumergió en el lago hasta que ella dejó de respirar. Al día siguiente, unos niños la encontraron casi enterrada entre las piedras de la orilla. Para su sorpresa, la mamá de Sabrina estaba viva.

—Ese hombre no sabía que tu madre era una sirena, hijita —dijo tía Belinda sonriendo—. El agua la hizo más fuerte.

Ariana se refugió en casa de sus abuelos paternos, lejos de Lima, y dio a luz en las montañas. Luego, la mamá de Sabrina trató de terminar sus estudios y le dijo a Belinda que lucharía por su hija. Que no sólo se vengaría del infeliz de su padre y sería una sirena, también sería una guerrera feroz como las Amazonas.

—Desde pequeñas, ella siempre jugaba a ser la sirena y yo era la Amazona. El día en que naciste, mi hermana me pidió que le diera mi fuerza de Amazonas y se la di. Pero no fue suficiente —continuó tía Belinda ahogando un sollozo—. Mi hermana terminó el colegio con mi ayuda y la de nuestros padres. Pronto consiguió un trabajo de recepcionista e intentó hablar con tu padre. Ella quería que tuvieras un padre. Mi pobre hermana creía que él se arrepentiría y te reconocería.

La barbilla de Sabrina empezó a temblar, sus dedos aferrados al cubrecama dorado. Su otra mano seguía sosteniendo la de tía Belinda.

—Mi mamá no murió de un ataque al corazón, ¿verdad?

Tía Belinda negó con la cabeza.

—Tu mamá no consiguió ablandar a tu padre y, antes de salir de su vida, ella creyó importante pedirle perdón a su esposa. Pocos días después encontré a mi hermana en la tina del baño, ahogada. No sé qué pasó, pero sé que fue él. Tú llorabas en tu cuna. Felizmente, el

desgraciado ése no te tocó —Tía Belinda estiró su mano huesuda para tocar el rostro de Sabrina, quien cubrió la mano de tía Belinda con la suya.

Vaya forma de morir, ahogada. De todas las formas horribles y crueles de morir, su madre había muerto de la forma más indigna para una sirena: por un exceso de magia mojada dentro de ella. Su mamá ya había sobrevivido una vez el ahogamiento, pero dos veces fue demasiado.

—Mamá no era una sirena.

—Tu madre era una sirena, una sirena eslava, una Rusalka, ahogada por el amante. También era una Amazonas, una valquiria, una Ninfa, una diosa, una princesa traicionada por su príncipe, una verdadera heroína.

—Tú eres la heroína, tía. Ayudaste a muchas mujeres maltratadas y me criaste como si fuera tu hija.

—Se lo debía a mi hermana y tú... tú te convertiste en mi sirenita que cantaba y bailaba. Alegraste la vida de esta mujer que nunca pensó que los niños formarían parte de su vida.

Sabrina abrazó a la anciana con lágrimas en los ojos. No se atrevió a preguntar qué había pasado con su padre por miedo a lo que haría si lo encontraba.

Sabrina se quedó en Lima hasta que tía Belinda falleció una semana después y la enterraron. Sabrina había querido cremarla y llevar sus cenizas al mar al igual que se había hecho con su madre, pero tía Belinda había pedido ser enterrada junto a sus padres en un cementerio de Lurín. Al menos allí estaría cerca del mar y de su hermana.

Sabrina pensó en ir al lago Mirasol, a unos 200 km al norte de Lima, cerca del mar. Allí fue donde su madre había sobrevivido el ataque de su padre y había recibido la fuerza del agua. Pero ella había ido a Lima por tía Belinda, no por su mamá. Cuando el velorio y el entierro terminaron, Sabrina decidió regresar rápidamente a Texas. Ya no tenía ningún lazo fuerte que la atara al Perú y cada segundo que pasaba en Lima recordaba más detalles de tía Belinda que la ponían triste.

El día antes de viajar, Sabrina se despidió del jardín de su tía. Un primo se encargaría de la venta de la casa en Miraflores donde Sabrina había crecido. En el jardín, los rosales de tía Belinda

le recordaron cómo su tía siempre ponía una rosa amarilla en la cómoda del cuarto de Sabrina. También vio la higuera donde solía jugar a las escondidas con el abuelo y a una mariposa de alas rojas posarse sobre una rosa amarilla, antes de emprender el vuelo por los aires. Cuando Sabrina era niña, solía perseguir grupos de diez o más mariposas rojas y blancas por el jardín. Tía Belinda solía decir que las mariposas sentían los cambios a su alrededor.

Marcus se levantó de la cama y se empezó a vestir. Sabrina se quedó en la cama, cubriendo su cuerpo desnudo con la sábana roja. Fumaba un cigarro a pesar de las quejas continuas de Marcus y su cantaleta sobre los peligros del tabaco y bla bla bla. Iluso, como si el cigarro pudiera afectar a las sirenas.

Sabrina asintió algunas veces y dijo ajá quien sabe cuántas veces o a qué. Aún no dejaba de pensar en tía Belinda. Marcus contaba una aburrida historia sobre cómo había evitado una huelga en el restaurante que administraba. Sabrina hizo lo posible por no bostezar. Tal vez su relación estaba entrando en una etapa más seria.

Sabrina levantó el saco gris que Marcus había dejado sobre los pies de la cama para dárselo. Un anillo cayó sobre la cama.

Sabrina frunció el ceño, exhaló el humo del cigarro que llevaba en una mano y con la otra levantó el anillo. No era un anillo de compromiso, era una alianza matrimonial.

—Yo... me estoy divorciando.

—¿Estás casado? —Sabrina había sospechado antes que Marcus traía algún secreto, pero nunca se le ocurrió que estuviera casado.

—No tiene importancia, mi amor. Me estoy divorciando, te lo juro.

—¿Tienes hijos?

—Sí, dos. Pero ellos se quedarán con su madre. Les pasaré su pensión y ya.

—¿Qué edades tienen?

—Eso no importa —respondió Marcus desviando la mirada.

—¿Qué edades tienen?

—El niño tiene tres años, la niña tiene seis meses. Ella... fue un error, mi amor.

Sabrina no respondió, sólo prendió otro cigarro y empezó a fumar compulsivamente. Ellos llevaban casi dos años saliendo. El muy infeliz la había agarrado de cojuda. Y los niños...

Sabrina quería gritar y decir muchas cosas atravesadas en su garganta, pero no encontraba las palabras. A su alrededor, Marcus daba vueltas dando mil excusas y haciendo planes para ellos. Finalmente, Marcus le dio un beso en los labios que ella no evitó ni respondió. Marcus prometió que hablarían con más calma en la noche y se fue.

Marcus la quería y se estaba divorciando así que tal vez Sabrina no debía exagerar. Esa noche Marcus le envió un ramo de rosas rojas y unos aretes con diamantes. Sabrina lo llamó para saber a qué hora iría a verla, pero él dijo que tenía que trabajar. Sabrina no pudo dormir esa noche pensando en el mar, en los lagos, en el agua mágica, en su relación con Marcus, en su vida.

Tres meses después, Sabrina estaba en el lago Mirasol donde su mamá y ella casi se ahogan años atrás. En el silencio de la noche, le parecía increíble que en ese lugar tan remoto su madre y ella casi perdieran la vida. Sin embargo, en lugar de morir, habían recibido la fuerza del agua o la magia mojada de tía Belinda. Y ahora, Sabrina estaba de regreso.

Marcus ya no estaba en su vida. Sabrina había llamado a su esposa y le había contado todo. Lo del divorcio era mentira, por supuesto. La esposa creía vivir en un matrimonio feliz. Marcus visitó a Sabrina poco después y ya no era el cariñoso novio de antes. Sabrina tuvo que abrir la puerta que a golpes Marcus amenazaba con tirar abajo. A gritos, él le dijo que había arruinado su vida y que había perdido su trabajo pues los padres de su esposa eran los dueños del restaurante. Sabrina no dijo nada, pero cogió su celular. Llamó al 911 y dijo que había un intruso en su apartamento.

—Me las pagarás —dijo Marcus antes de irse.

—Nunca amenaces a una sirena —dijo ella.

El agua ocultaba los tobillos de Sabrina y subía por su cuerpo mientras ella se sumergía más y más en las aguas turquesas del lago. La luna llena iluminaba la superficie del lago y una mariposa tocada por la luz de luna resplandecía al dar volteretas cerca de Sabrina, como acompañándola en su lento regreso al lago. La mariposa se posó en su mano y ella sintió la presencia de tía Belinda, su fuerza, su coraje. Sabrina tocó su vientre, llevaba una sirenita dentro de ella. Siguió caminando hacia el centro del lago. El agua les daría la fuerza que le dio a su madre, la sirena.

De madres y esposas

El café espresso de la máquina estaba demasiado dulce, pero eran las ocho y media de la mañana y mi versión mañanera descafeinada sólo hablaba en monosílabos y gruñidos. Al costado de la máquina de café había una ventana por donde veía la ciudad cubierta de nubes grises. Lima siempre gris parecía no entender que aún era verano. Para colmo, la humedad de Miraflores daba la sensación de estar en la Antártida. Temblé un poco y abotoné mi saco negro.

El doctor Molina, el ginecólogo que me había recomendado mi cuñada, debía ser muy bueno ya que su consultorio estaba lleno. Me senté en la sala de espera y me puse a ojear una de las revistas sobre la mesa de centro. Cada vez que veía imágenes de familias felices en la revista, mis dedos aceleraban la marcha y pasaban la página. Mi cerebro se negaba a procesar esas fotos de niños en el parque y de madres cargando bebés regordetes de mejillas sonrosadas. Cerré la revista y traté de pensar en el libro que estaba leyendo y había olvidado en casa, un libro acerca de mujeres en mitología que planeaba usar de inspiración para escribir un cuento.

Miré al reloj de mi iPhone: 10:00am. Llevaba esperando una hora y media para ver al doctor y ya me estaba aburriendo de la novela mexicana en la televisión. Normalmente, hubiera dedicado algo de tiempo a mirar a la gente en la sala de espera e imaginar sus vidas. Sin embargo, todos se encontraban en pareja y yo era la única que esperaba sola en el inmenso sillón semicircular de color verde que rodeaba la mesa con las revistas. El doctor no sólo era ginecólogo, también era especialista en fertilidad, lo cual explicaba que la mayoría fueran parejas y no mujeres solteras como yo sin ninguna fiebre de bebés.

Me concentré en la pantalla de mi teléfono. Hacía mucho tiempo que había dejado de usar Facebook. En mi otra vida de ejecutiva atormentada, no tenía tiempo de socializar ni por internet. Con las justas tenía tiempo de peinarme y lavarme los dientes (considerando que llegaba del trabajo a las cuatro de la mañana, era un milagro que nunca me hubiera quedado dormida con el cepillo de dientes en la boca.)

Mis dedos se paseaban por mis otras apps sin quedarse mucho tiempo en ninguno, desde revisar el clima compulsivamente (actividad inútil ya que en Lima el pronóstico del tiempo es súper estable a corto plazo. El clima iba a ser nublado, 17-18 C° con más de 80% de humedad por los próximos treinta días,) hasta chequear mi correo electrónico por mensajes de esperanza que nadie tenía porqué enviarme.

Vi mi calendario. Esa tarde tenía que ir a la Maison de Santé de Chorrillos a ver a mi abuela, quien estaba internada otra vez por problemas en el corazón. A veces hubiera querido que mi abuela fuese una de esas abuelas que horneaban galletas y se deshacían en besos y cariños a los nietos. La última vez que fui a verla en su cama de hospital, su expresión máxima de cariño fue preguntar cómo me iba a regresar a mi casa. El Alzheimer no le permitía recordar que yo podía regresarme solita y sin problemas en mi Yaris. Pero no era el Alzheimer ni la edad lo que limitaba sus expresiones de cariño. Ella nunca fue especialmente cálida ni con sus cinco hijos ni con sus diez nietos.

Mi abuelo solía decir que era increíble que una mujer a la que no le gustaban los niños hubiera tenido cinco hijos. La razón era clara: a mi abuelo le encantaban los niños. Para mi abuela, el mundo giraba alrededor de él. Él era el sol de su vida. Aún en ese ambiente antiséptico y descolorido del hospital, mi abuela lo tomaba de la mano y le preguntaba si aún la quería. O, mejor dicho:

—Tú ya no me quieres —se quejaba mi abuela.

—Yo te adoro —respondía él.

Después de casi setenta años de casados, seguían siendo la pareja de adolescentes que se conoció en una fiesta de Halloween en Barranco, ella vestida de princesa antigua, él vestido de arlequín.

Mi abuela me recordaba a la diosa Hera, siempre concentrada en el esposo, pero no muy maternal que digamos. Se dice que Hera concibió sola a su hijo Hefestos en venganza por el nacimiento de Atenea, nacida de la cabeza de Zeus. El pobre Hefestos nació feo, cojo y deforme,

siendo repudiado por su propia madre, Hera, y lanzado fuera del Olimpo hacia la tierra. Hera nunca ganaría ningún premio a la madre del año... ni siquiera del día...

Pero Zeus... a Zeus, Hera le perdonó todo. Sus iracundas venganzas siempre eran contra las mujeres con las que Zeus se involucró (a pesar de que muchas de estas mujeres fueron poseídas a la fuerza) o contra las pobres criaturas fruto de las relaciones extramaritales, como fue el caso de la serpiente que Hera envió al recién nacido Heracles, quien sin hacerse problemas usó la serpiente como juguete de trapo y la estranguló en su cuna. El cachondo Zeus siempre salió ileso de sus aventuras extramatrimoniales, gracias a una esposa dispuesta a perdonarle todo y, probablemente, por ser el dios más poderoso del Olimpo.

Mi abuelo nunca le fue infiel a mi abuela, pero quién sabe si hubiera podido. Trabajaban juntos y vivían juntos. Ella lo acompañaba a todos lados y nunca lo dejaba solo. No me hubiera sorprendido que mi abuelo pidiera permiso para ir al baño como niño de kindergarten. Cuando yo nací, mi mamá le pidió a mi abuela que se quedara esa noche en la clínica con ella ya que mi papá se iba a quedar con mi hermano en nuestra casa. Mi abuela se negó. No podía dejar solo a mi abuelo ni por una noche.

La asistente del doctor llamó mi nombre y me sacó a la fuerza de mis pensamientos. Me levanté apresurada, aún con el celular en la mano y la seguí al consultorio del doctor.

—No vas a necesitar una operación para esos quistes —dijo el doctor Molina minutos después, ajustando sus anteojos mientras leía el informe de mi última histerosonografía.

Suspiré aliviada y maldije mentalmente al imbécil del doctor de la clínica Santa Marta, quien luego de hacerme llorar y gritar de dolor al intentar hacer el mismo procedimiento que el especialista de la clínica Molina, dijo que era imposible hacer el examen. Mi doctora de entonces dijo que sólo quedaba hacer una cirugía exploratoria. Ineptos.

—Tus quistes no están en un lugar problemático y son muy pequeños. Sólo hay que monitorearlos —continuó el doctor—. Pero hay algo en tus exámenes que me preocupa.

En medio del lenguaje semi incomprensible, mezcla de sánscrito y erudito que usan los doctores, el doctor Molina me explicó que las imágenes de mis ovarios no coincidían con las de una persona de mi edad. El doctor ordenó hacerme más exámenes para confirmar que no hubiera nada raro. Yo no entendía qué temía el doctor, pero tenía que ser un error ya que yo sólo tenía 33 años.

Los días siguientes pasaron muy rápido y, a la vez, increíblemente lentos. Acababa de librarme de una operación y ahora tenía que esperar otro veredicto ginecológico. En esos días, yo ya había renunciado a mi trabajo de esclava corporativa, así que no tenía nada más que hacer que ir a mis clases matutinas de yoga, leer, ver televisión en las noches y esperar, esperar, esperar.

Unos diez días después, sentada sobre mi cama con la laptop en las piernas, vi que los resultados ya estaban listos en la página web del laboratorio. Mi mamá siempre decía que al mal paso darle prisa así que di *clic*.

Ese día se convirtió en noche y la noche en día otra vez, pero la laptop siguió en mis piernas, mis dedos en el teclado y mis ojos hinchados y enrojecidos no se despegaron de la pantalla por más de los cinco minutos necesarios para ir al baño. Yo tenía 33 años, pero mis niveles hormonales eran los de una mujer de más de cuarenta. ¿Cómo diablos se le había pasado esto a mi ginecóloga de años? Internet me ayudó a encontrar posibles razones para que los exámenes estuvieran equivocados, desde las pastillas que tomaba hasta el nivel de error de los exámenes. También encontré que algunas enfermedades autoinmunes podían ser la raíz de mis problemas hormonales, si es que en verdad los tenía. Armada con estos descubrimientos me eché a dormir. Cual genio salido de la lámpara, Xanax me concedió el sueño sin preocupaciones que necesitaba por el resto de ese día y esa noche.

—Tienes problemas de fertilidad —dijo el doctor Molina, con su forma de hablar pausada y sin rodeos.

Pasé a explicarle toda mi investigación, pero no logré convencerlo ni de que había un error ni de que habría algún remedio.

—No se sabe la causa de estos problemas. Sólo se sabe que no tienen cura, no son reversibles.

—Pero debe haber algo que pueda tomar o hacer —insistí, limpiando con el dorso de mi mano las lágrimas que caían por mis mejillas quemándome, culpándome por no haber hecho algo cuando estaba a tiempo. Cuando cumplí treinta mi mamá sugirió que me hiciera exámenes, congelara óvulos o que tuviera un hijo yo sola. Yo dejé de hablarle por tres meses.

—No hay nada que puedas tomar. Esta situación sólo va a empeorar, pero no es una caída libre. Los niveles suben y bajan mes a mes. Te haremos otros exámenes el próximo mes para confirmar los resultados.

Salí de la clínica sin responder a la despedida del vigilante y mirando el suelo todo el camino hasta el estacionamiento. ¿Cómo había dejado que esto pasara?

Tres semanas después mis exámenes resultaron un poquito mejores, pero aún devastadores. No pude evitar soltar el llanto en la oficina del doctor, quien me miraba con lástima. No había nada que hacer más que aceptar la realidad.

Decenas de bebés regordetes me miraban desde las fotos desperdigadas por las paredes, el escritorio y los estantes, en algunos casos había dos o tres bebés, los casos exitosos del doctor. Imaginé la foto de mi bebé entre ellas y vi esa ilusión desvanecerse rápidamente ante mis ojos. Esa foto nunca existiría.

—No eres estéril —dijo el doctor—. Esto sólo significa que no tienes mucho tiempo. Yo recomiendo que las mujeres con estos resultados empiecen los tratamientos inmediatamente.

—Pero... yo sigo siendo regular. ¿No debería preocuparme cuando deje de serlo?

—No es matemática, Andrea. A veces, de un día para otro...

¿Por qué nadie me había dicho que eso era posible? Y esa palabra... esas palabras... Menopausia, infertilidad, esterilidad...

Corrí al baño hasta quedar casi abrazada al inodoro. Mi cuerpo, al igual que mi mente, rechazaba esas palabras como si fueran los mariscos a los que era tan alérgica.

Esa noche tomé otro Xanax, pero al día siguiente visité a mi tía Maggie. Mi relación con mi propia madre era muy complicada y nunca se me ocurría pedirle un consejo. Mi papá había fallecido unos diez años antes y mi madre nunca superó la depresión. Pasaba los días en cama, viendo televisión y comiendo torres de panqueques con manjar blanco, con muy poco interés en el mundo fuera de la pantalla. Mi hermano siempre decía que mi mamá se comportaba como si fuera nuestra hija.

Mi tía Maggie, prima de mi mamá, siempre fue una persona dulce y cariñosa, que evitaba juzgarme y, como sólo tenía hijos hombres, me quería como a una hija. Necesitaba hablar con alguien que me viera así. Necesitaba una madre, aunque no fuera la mía.

Entrar a la casa de tía Maggie requería el esfuerzo de un trapecista para evitar derrumbar alguno de los cientos y cientos de adornos y chucherías que decoraban su casa. Gatos, duendes, ángeles y payasos, entre muchos otros muñecos de diversos tamaños, unos de arcilla, otros de cerámica al frío o metal, todos me miraban desde la mesa de centro, las paredes, el aparador y hasta desde debajo de la mesa de centro. Sus ojos inanimados me ponían nerviosa, me miraban acusadores.

Tía Maggie me sirvió un café y le conté todo acerca del doctor y los exámenes. Ella me escuchó en silencio, sin moverse del sillón. Tan pronto terminé mi historia, se sentó junto a mí en el sofá y me abrazó. Cafú, su perrito salchicha, saltaba junto a nosotras.

—Todo va a salir bien —me dijo tía Maggie sin romper el abrazo—. Vas a ver que todo va a salir bien. Ten fe.

¿Cómo iba a salir todo bien? El doctor había sugerido que lo mejor era tener un hijo lo más pronto posible o congelar mis óvulos. Yo no tenía ni trabajo con qué pagar los tratamientos ni novio proveedor de la otra materia prima necesaria para concebir un hijo ni dinero para conseguir un donante de esa materia prima.

Una opción era regresar a la vida de ejecutiva encadenada al escritorio para conseguir el dinero que necesitaba para los tratamientos y materia prima. Pero el sólo pensarlo me ponía la carne de gallina. Cada vez que miraba los avisos de empleos en Bumerán o LinkedIn sentía un

nudo en la garganta y gotas de sudor en mis manos temblorosas. Además, no quería convertirme en una de esas mujeres que conocí en el trabajo que se comunicaban con sus hijos por teléfono y nunca llegaban a casa antes de que se fueran a dormir. ¿Podría hacer feliz a mi hijo siendo una madre de fin de semana?

Sin decirlo directamente, entre sorbos de café, mi tía sugirió tener un hijo en ese momento, sea como sea. Gastar un montón de dinero en congelar óvulos para un futuro incierto no garantizaba nada. Apostarle al presente era la mejor opción.

Tía Maggie era Deméter, la diosa que no dudó en dejar al mundo en perpetuo invierno hasta que le devolvieran a su hija Perséfone, raptada por Hades, el dios del inframundo. Las estaciones son la consecuencia de este amor de madre ya que Deméter sólo logró que le devolvieran a su hija una parte del año. Cuando Perséfone regresa al Inframundo con Hades, lejos de su madre, tenemos el invierno frío y estéril. Cuando Perséfone regresa a los brazos de su madre, tenemos la primavera, con sus flores y cosechas.

Definitivamente, tía Maggie no era Hera. Si bien se preocupaba por su esposo calvo y bigotón, sus hijos eran el eje de su vida, la razón de todo lo que hacía. Mi tía me quería mucho, como a una hija decía ella, pero sin duda me empujaría delante de un bus en marcha para asegurar que Alfonsito y Alonsito comieran carne cinco veces por semana. Más de una vez la vi cenar yogurt con un puñado de cereal, mientras sus hijos disfrutaban de un jugoso bistec. Las peleas con su esposo eran continuas y muchas veces corrieron los rumores de una separación o divorcio. Yo sabía que ella aguantaba el mal humor de su esposo por sus hijos, a pesar de que ellos ya eran adultos de 18 y 22 años.

Al menos, si yo tenía un hijo en ese momento, no tendría que preocuparme de la casi imposible tarea de encontrar el balance entre madre y esposa, tarea en la que la mayoría de mi familia había fracasado estrepitosamente. Tía Maggie no concebía una vida sin hijos y tenía razón al decir que yo nunca tendría mejores oportunidades de tener hijos. Pero yo no estaba segura de poder hacer feliz a un bebé. No sin un padre, no sin trabajo, no sin algo de la estabilidad emocional que hubiera querido ver en mi propia madre. Si regresaba a la vida de oficina para tener un hijo yo

sola, terminaría deprimida en la cama como mi madre. ¿Era esa la vida que yo quería para mis hijos?

Tía Maggie no trató de imponerme su opinión, no insistió en lo más mínimo, pero en sus ojos lacrimosos podía ver la pena y la urgencia. Una parte de mí pedía a gritos que la escuchara. En las noches, esos gritos desesperados me despertaban en medio de las lágrimas que había llorado en sueños que no recordaba.

La semana siguiente visité a tía Zelena, la última persona en el planeta a la que normalmente hubiera pedido consejo. Recuerdo cuando venía de visita a mi casa después de que mi papá murió. Primero que nada, abría todas las puertas y ventanas de la casa, aunque fuera invierno. Para que entrara el aire, decía ella mientras mi hermano tosía.

—Ya levántate de la cama. No seas floja —le decía tía Zelena a mi mamá.

—Me duele la cabeza —respondía mi mamá.

—Qué dolor de cabeza ni qué ocho cuartos. Necesitas ejercicio. Ya déjate de cojudeces. Levántate y vamos a hacer tai chi al parque de la vuelta.

—No me jodas.

Y así empezaban a gritarse e insultarse tanto que los vecinos vinieron a preguntar qué pasaba más de una vez.

Cuando tía Zelena se acordaba de que yo estaba presente me decía:

—Estás muy gorda. Deja de comer tanto.

Yo tenía problemas hormonales y aun así tía Zelena no perdía la oportunidad de recordarme lo gorda que estaba desde que subí de peso a los cinco años. Me decía que hiciera dieta, como si yo controlara lo que se cocinaba en mi casa.

Por otro lado, tía Zelena nos ayudó mucho cuando mi papá murió. Mi hermano y yo no teníamos ni quince años y los problemas económicos empezaron a crecer hasta llegar al punto de tener que comer sopa ramen a diario y a la luz de las velas porque nos cortaban la electricidad constantemente. Tía Zelena nos traía comida y llevaba a mi mamá a negociar las deudas con los

bancos, Luz del sur o Sedapal. Uno podía contar con su ayuda y preocupación, pero en sus propios términos.

Yo necesitaba hablar con alguien, así que fui en contra de mis instintos de supervivencia mental y decidí buscarla.

Tía Zelena me escuchó con el ceño algo fruncido. Sus ojos entrecerrados se veían diminutos detrás de sus lentes de marco negro. Estábamos sentadas en la sala de su casa, un lugar de techos altos y muebles antiguos de color crema. La alfombra persa era lo único que daba algo de color a ese ambiente tan deprimente. Cuando terminé mi historia me di cuenta de que mis ojos estaban húmedos. Una vez más, no había sido capaz de hablar del tema sin llenarme de lágrimas. Tía Zelena no dijo nada por unos segundos y el silencio en ese caserón antiguo se me hizo insoportable. Cogí uno de los pocos adornos en la mesita de vidrio a mi costado, una mariposa de cristal, y empecé a jugar con él.

Tía Zelena se cruzó de brazos.

—Ni se te ocurra tener un hijo ahora. Y congelar óvulos sería peor. Gastarías mucho dinero y cuando los descongeles estarías muy vieja. Y tal vez tu marido ni quiera hijos —dijo, encogiéndose de hombros—. Hazte a la idea de que nunca tendrás hijos y ya.

Tía Zelena dijo que uno necesitaba energía para cuando llegara la época de las drogas y yo no la iba a tener. Ya estaba muy vieja. Me pregunté si tía Zelena había pertenecido a alguna pandilla o un circo. Ella sabía muy bien cómo lanzar cuchillos.

Y sus argumentos... Ella tuvo a sus hijos en sus 20s y tuvo que lidiar con varios problemas de drogas. Sin embargo, mi mamá y tía Maggie tuvieron a sus hijos en los 30s y ninguno tuvo problemas con las drogas... Y a todo esto, ¿por qué habría yo de preocuparme por lo que mi inexistente y teórico futuro marido quisiera y no por lo que yo deseara? Y luego vino el golpe de gracia.

—Yo te entiendo —aseguró, alisando su cabello corto y rizado—. Cuando me dijeron que no tendría más hijos me dio una gran depresión.

—No es lo mismo. No puedes enten—

—Claro que entiendo —dijo cortante—. Yo sentí el mismo vacío que tú sientes ahora. El mismo.

Mi tía tuvo al primero de sus cuatro hijos a los veinte años, sin buscarlo. Pero ella creía que el que le dijeran que no podía tener el quinto hijo era lo mismo que nunca poder tener hijos. Debía haberme esperado una reacción así. Después de todo, era imposible hablar cinco minutos con ella sin que dejara en claro que ella trabajaba más que nadie (aunque siempre estaba en casa a las 6pm mientras yo solía llegar a las 4am) y que era una heroína por cuidar a mis abuelos ella sola (tenían empleada, cocinera y una enfermera dedicada a mis abuelos, pagada por los otros hermanos).

La visita a tía Zelena fue un grave error. Sus palabras, las brasas incandescentes que quemaron una parte de mí hasta dejarla en carne viva. Mi orgullo trató de mantener la cabeza en alto hasta que logré escapar de la tortura gratis. Quién sabe si logré mantener la dignidad o no. Sólo recuerdo que llamé a mi mejor amiga, Caroline, desde el carro. Le conté todo, las visitas al doctor, las conversaciones con mis tías, todo. Ella estaba casada y acababa de tener un hijo menos de un año atrás. Casi nunca la veía y no podría entenderme, pero tal vez podría apoyarme.

—Tu tía es una insensible ridícula. No vuelvas a hablar con ella. Llámame cuando necesites hablar.

—Pero tú estás siempre ocupada —respondí entre sollozos, recostada en el asiento de mi carro, con el celular en la mano.

—Yo haré tiempo para ti. Y sobre la edad... recuerda a tu papá.

Mi padre tenía más de cuarenta años cuando yo nací, casi cincuenta. Y fue el mejor padre del mundo. De todos modos, yo no tenía ninguna intención de criar a mis hijos al modo militar de tía Zelena. Ser mayor debía tener sus ventajas.

Caroline me dio el encuentro esa noche en un Starbucks de Miraflores. Aún algo llenita después del embarazo, se veía bastante bien en sus jeans negros y blusa gris. Era la misma Caroline de cabellos negros y sonrisa traviesa que conocí en primero de secundaria, sólo que ahora tenía más ojeras que ojos.

—¿Qué es lo que tú quieres hacer? —preguntó Caroline sentada frente a mí en la terraza que miraba a la Av. Benavides.

Levanté las cejas. Nunca me había hecho esa pregunta. Ni antes, ni ahora. Con todas las deudas y problemas que tuvimos después de que mi papá falleció, mis decisiones se habían limitado a preguntarme qué debía hacer. Así fue cómo elegí mi carrera en negocios o mis trabajos. Quizás ésa era la razón por la cual tuve que abandonar la vida de esclava corporativa, en un esfuerzo por recuperar mi alma casi perdida, ahogada por el peso de decisiones que no buscaban mi felicidad.

Pero, ¿acaso sabía qué quería hacer? Después de años y años de tomar decisiones basadas en lo que debía hacer, no tenía idea de cómo entrar en contacto con lo que realmente quería.

—No sé —respondí.

—¿Quieres tener un hijo ahora?

—Una parte de mí sí quiere... —confesé —. Pero juré hace muchos años no traer un hijo al mundo a menos que pudiera hacerlo feliz.

—¿Y por qué no podrías?

—Mira mi vida. Es un desastre.

—Estás en medio de un cambio, eso es todo —me dijo sonriendo —. Necesitamos un plan.

—No me digas que un plan para conseguirme marido porque el doctor ya me sugirió conseguirme un novio cualquiera y tener un hijo con él dos meses después...

Caroline tomaba de su café y casi se atraganta al estallar en carcajadas.

—¡Lo peor es que hablaba en serio!

—Claro que no vas a hacer eso —dijo, aun tosiendo un poco y tomando otro sorbo de su Caramel Frappuccino —. Pero tienes que rehacer tu vida.

Caroline sugirió no congelar mis óvulos porque endeudarme dificultaría rehacer mi vida. Además, me contó la historia de su hermana Anabel, una ejecutiva muy exitosa que también tenía problemas de fertilidad.

Anabel era completamente distinta de Caroline, aunque físicamente eran casi iguales. Mientras Caroline se había casado a los veinticinco y dejado de trabajar como enfermera a los veintinueve para dedicarse a su casa y a sus hijos, Anabel se había dedicado a su carrera de ejecutiva y era vicepresidente del BFI (Banco Financiero Internacional). Nunca le había conocido enamorado y las veces que la vi en casa de Caroline, no se despegaba de su teléfono celular y criticaba a Caroline por casarse y dejar de trabajar. Anabel no creía en el matrimonio y su carrera era su hijo.

Según Caroline, todo cambió el día en que Anabel descubrió que tenía pocas opciones de tener hijos, unos dos años antes.

Anabel tenía 37 años en ese momento y decidió que sí quería tener un hijo después de todo. Como no necesitaba de un hombre, Anabel buscó un donador de esperma, ejecutivo como ella, para ser el padre de su hijo. Luego de algunos exámenes médicos y de esperar a que pasara la época de auditoría en el banco, su doctor le dio la luz verde para iniciar el tratamiento de fecundación in vitro.

En las mañanas, antes de irse a la oficina, Anabel sacaba tres tubos de hormonas del refrigerador, preparaba una sola jeringa con el contenido de los tres tubos (una hazaña de malabarista, ya que una gota en el suelo significaba menos oportunidades de que el tratamiento funcionara y varios dólares de pérdida) y se inyectaba en la barriga. Al tercer día, la jeringa se cayó al suelo y Anabel estalló en llanto por primera vez desde que se enteró de la infertilidad, por primera vez en años. Caroline había ofrecido ayudarla, pero Anabel había dicho que no necesitaba de la ayuda de nadie. Esa mañana, sentada en el suelo de su cuarto entre los trozos de jeringa rota, Anabel pidió ayuda a su hermana. Desde entonces, cuando Anabel necesitaba inyectarse, Caroline iba muy temprano a la lujosa casa de Anabel en San Isidro, preparaba la jeringa y la inyectaba.

A Anabel ya no le importaba llegar un poco tarde al trabajo o cambiar algunas reuniones para ir al doctor. Doce días después de que Anabel empezara a inyectarse, el doctor extrajo los veinticinco óvulos que convertirían a Anabel en madre. Sin embargo, sólo podrían utilizarse los doce que estaban lo suficientemente maduros.

Los siguientes tres días, Anabel siguió con su vida como si nada pasara, de reunión en reunión. Pero cada vez que el teléfono sonaba, saltaba ligeramente, casi imperceptiblemente y se preguntaba cómo mantendría su trabajo cuando naciera el bebé. Tendría que buscar una buena nana y tal vez trabajar algunas horas más desde casa.

El doctor llamó con los resultados: sólo tres de los doce óvulos se habían fecundado y se podían transferir. Anabel llamó a Caroline otra vez. Nunca había imaginado que de veinticinco óvulos sus posibilidades bajarían a tres. El doctor había creído que tendrían que congelar óvulos o embriones extra. Pero tres embriones era un buen número de todos modos, dijo el doctor.

La transferencia se hizo sin problemas y Anabel se dedicó a contar los minutos hasta que pudiera hacerse la prueba de embarazo. ¿Había cometido un error? ¿Tener un hijo hundiría su carrera para siempre? ¿Pasaría de ejecutiva estrella a ejecutiva estrellada y madre mediocre?

Caroline insistió en estar presente cuando Anabel se hiciera la prueba de embarazo, pero cuando llegó a casa de su hermana, ésta abrió la puerta con la mirada clavada en la prueba, pálida y con los cabellos revueltos. Anabel no estaba embarazada.

Anabel lo intentó tres veces más. En una no hubo embrión que transferir y en las otras, no quedó embarazada. Caroline trató de convencerla de adoptar o de usar una madre sustituta. Anabel se negó, convencida de que era una señal del destino. Se resignó a nunca tener hijos y se alegró de no haber contado nada en la oficina o a su familia. Para el resto del mundo, ella no quería y nunca había querido tener hijos. Sólo Caroline, y ahora yo, sabíamos la verdad.

—Nadie nos dijo que pasaría esto —le dije a Caroline un día.

—Todo el mundo sabe que es más difícil concebir cuando se es mayor.

—Sí, pero ni Anabel ni yo tenemos más de cuarenta y en las noticias siempre se ve mujeres de más de cincuenta que salen embarazadas.

Yo creía firmemente que, si juntaba el dinero para pagar los tratamientos de fertilidad, los hijos vendrían. Anabel demostró que no era así. Algunas mujeres no estaban (o no estábamos, ya era momento de incluirme en el grupo, aunque a veces me pareciera la experiencia de otra persona,

otra Andrea) destinadas a dar vida, nuestras diosas de la creación internas, nuestras diosas madres, destinadas a callar para siempre, amordazadas o muertas en vida en algún lugar remoto dentro de nosotras. En nuestras vidas no habrían Perséfontes ni primaveras.

Rehacer mi vida era una de mis metas desde que dejé de trabajar, pero ahora esta meta tenía un tiempo límite. Algunas noches, el insomnio me hacía ver fantasmas entre las sombras que se acumulaban en el techo de mi habitación, fantasmas de madres cargando a sus hijos, hijos que se desintegraban entre las sombras. Y cuando la casa estaba en silencio, podía escuchar un tic tac tic tac tic tac, la bomba de tiempo que flotaba sobre mi cabeza.

Yo llevaba dos años buscando opciones de trabajo flexibles. Intenté consultoría, trading de derivados financieros y hasta una pequeña empresa propia. Ninguna opción parecía adaptarse a la nueva yo, así que postulé a un par de trabajos similares al que había dejado atrás.

En una entrevista para un trabajo de control de gestión en un ministerio, un señor moreno de mediana edad se mostró muy interesado en que yo fuera soltera sin hijos ya que el puesto requería quedarse hasta tarde sin paga extra muchas veces por semana. El contrato se haría bajo una modalidad que daba sólo la mitad de los beneficios de la empresa privada. ¿Y el sueldo? Bajo. Salí de la entrevista decepcionada. Algo similar pasó en otra entrevista. Mi título en negocios y mi experiencia en transnacionales sólo me calificaban para trabajos deprimentes. Para tener un hijo necesitaba un trabajo, pero esos trabajos no aseguraban ni mi felicidad ni la de nadie. Así nunca iba a rehacer mi vida.

Retomé mi búsqueda en Internet de otras opciones. Estados Unidos nunca me había llamado demasiado la atención, pero la desesperación a veces permite encontrar el orden dentro del caos. Postulé a tres maestrías en literatura allí. No creí que entraría a ninguna, pero algo tenía que hacer y siempre me había gustado leer. En los meses siguientes, me dediqué a olvidar lo que me habían dicho los doctores y a disfrutar de mi nueva sobrina. Por alguna extraña razón, el que mi hermano tuviera una bebé, justo alrededor de la época en que yo lidiaba con las noticias de mi infertilidad, no me causaba ninguna envidia. La sonrisa inocente de mi sobrina era el rayo de luz que evitaba las sombras.

Tres meses después, recibí los emails de aceptación de las maestrías a las que había aplicado, dos de ellas con trabajo. Elegí una maestría en Texas y llamé a Caroline.

—¡Felicidades! Después de todo, tú siempre dijiste que odiabas vivir en Lima —me dijo.

Cuatro meses después, en el Aeropuerto Jorge Chávez, esperé hasta el último minuto para despedirme de mi mamá, mi hermano, mi sobrina pequeña y Caroline. Mi sobrina tenía un añito y se agarraba de mi dedo para caminar. Cuando la cargué, deseé no subirme al avión. Tenía que haber una manera de ser feliz sin dejar a mi familia. Si tantas personas lograban ser felices en Lima, ¿por qué yo no podía lograrlo? ¿Neuronas malogradas? ¿Perseguía sueños imposibles? ¿Estaba simplemente loca?

Sacudí la cabeza y le di otro beso final a la bebé antes de regresarla a los brazos de mi hermano.

Vi a mi madre y recordé que la noche antes de viajar, entre el laberinto de maletas y ropa que era mi cuarto, le confesé todo acerca de mis ovarios en huelga.

—Tonterías —respondió ella—. Las mujeres de la familia somos muy fértiles.

—Pero mamá, los análisis...

Sentada entre los montones de ropa sobre mi cama, mi madre soltó su bastón para hacerme una seña con la mano de que me callara.

—Tonterías. Mírame a mí, el doctor estaba asombrado de que tú y tu hermano hubieran podido crecer con tanto quiste que tenía.

Mi madre vivía en su propio mundo de fantasías y terquedad. Ahora creía saber más que los médicos.

—Ayúdame a cerrar la maleta —pedí, arrepentida de haberle contado mi problema.

Mi madre nunca cambiaría. Los altoparlantes anunciaban mi vuelo. Antes de entrar a inmigración, me despedí de mi hermano y de Caroline. Al final, abracé a mi mamá con fuerza. Aunque sus palabras no me ayudaran, aunque tuviéramos una relación complicada, aunque me sacara de mis casillas todo el tiempo, era mi mamá y la iba a extrañar. No extrañaría Lima y sus cielos grises, pero sí a mi familia.

La virgen

Con la boca abierta, Emilia contemplaba el palito blanco y húmedo que sostenía con la mano izquierda. Tenía que ser un error. La joven leyó otra vez, letra por letra, las instrucciones en la caja rosada, sin soltar el palito de plástico. Algo debía haber hecho mal, pero ¿qué? Si había logrado descifrar el examen de admisión a la UNI, debía ser capaz de orinar en un palito sin errores. Sin embargo, las dos líneas rosadas en el palito estaban bien definidas y las instrucciones eran claras. Emilia estaba embarazada o al menos eso decía el palito miserable.

La joven se miró en el espejo encima del lavatorio y sacudió la cabeza de rizos negros alborotados. Qué tontería. Emilia abrió la puerta del baño y vio a su mamá esperándola en la puerta con una ceja levantada y los brazos cruzados. Nunca debió confesarle que su período estaba retrasado y que tenía un poco de náuseas. Emilia levantó el palito y lo puso frente a la cara de su mamá por unos segundos, sin soltarlo y sin mirarla de frente.

Vergüenza. Irresponsable. Futuro. Emilia escuchaba las palabras salir de la boca de su madre, pero no entendía qué querían decir. Caminaba por el pasadizo hacia su cuarto y su mamá la seguía de cerca, haciendo sonar sus tacones contra el piso. No dejaba de regañarla. Su voz era como la del noticiero que Emilia ponía de fondo en la televisión antes de irse a dormir. La joven seguía mirando hipnotizada el mugroso test de embarazo como si ellos, el palito y Emilia, fueran lo único que existiera en el planeta. ¿Cómo iba a estar embarazada si nunca había tenido sexo?

A sus 21 años, Emilia ni siquiera había besado a nadie. De hecho, a veces se sorprendía mirándole los senos a la pelirroja que atendía en la cafetería de la universidad y dudaba si le gustaban los hombres o no.

—¿Cómo es posible! Yo te crié bien...

—Pero mamá... —dijo Emilia casi en un susurro, al tiempo que se sentaba sobre su cama y abrazaba su peluche de los cariñositos.

Su madre siguió con la cantaleta, caminando en círculos frente a la cama de Emilia. Ahora le decía libertina, tonta y malagradecida.

¡Libertina! Emilia recordó una noche cuando tenía trece años en que fue a casa de su amiga Alicia para pasar la noche allí, pero le dio dolor de estómago y quiso irse a su casa. Como su mamá no contestaba el teléfono, la mamá de Alicia le hizo el favor de llevarla. Emilia aún sentía deseos de clavarse las uñas en los ojos y arrancárselos al recordar la escena que vio al abrir la puerta del cuarto de su mamá: ahí estaba su madre, la cuasi beata que todos los domingos la obligaba a ir a misa de 5pm en la iglesia de Fátima, calata y montada sobre un tipo calvo de bigotes. A la mañana siguiente, su madre le dijo que había estado soñando y se negó a discutir el tema.

—¡Mamá! —Emilia alzó la voz por encima de la perorata—. ¡Escúchame!

La mamá de Emilia era una mujer de cuarenta y cinco años que solía parecer de treinta y cinco por sus vestidos juveniles de colores llamativos y su maquillaje impecable. Sin embargo, en ese momento se veía mucho mayor y Emilia hasta le vio una arruga en la frente.

La madre por fin se calló. Con los brazos cruzados y la barbilla alzada, miró a Emilia fijamente. Sus mejillas estaban tan rojas que Emilia temió fuera a explotar como los muñecos rellenos de fuegos artificiales que solían quemar en año nuevo cuando era niña.

—Debe ser un falso positivo, mamá. Yo sigo siendo virgen. Lo juro.

—Claro. ¡Eso es! —exclamó la mamá, suspirando y persignándose—. Gracias mi Virgencita de Chapi.

Emilia abrazó a su mamá en medio de lágrimas de alivio que borraron instantáneamente la cólera de segundos atrás.

A la semana siguiente, un doctor canoso de la prestigiosa clínica San Bernardino en Miraflores le dio los resultados de su examen de sangre. Positivo.

Emilia entrecerró sus ojos cafés por un segundo, mirando al doctor. ¿Era broma? El semblante serio del doctor, quien aún tenía entre sus manos la hoja de papel con el resultado del test, le indicó que no era una broma. Emilia trató de controlar las lágrimas que amenazaban con salir e insistió en que debía ser otro falso positivo.

—Mamá, te juro que nunca tuve sexo. Que me revisen —dijo entre sollozos.

Mientras Emilia se desvestía y se ponía la bata para el examen en el vestidor adjunto, podía escuchar a su mamá, aún sentada frente al escritorio, preguntándole muy bajito al ginecólogo:

—¿Será posible que la hayan violado y ella lo haya olvidado?

—Señora, todos los días vienen jovencitas que juran hasta el último minuto que no tuvieron sexo frente a sus madres. Sólo lo admiten después de varios exámenes cuando ya casi va a nacer el crío, cuando ya no les queda otra que admitir la verdad. Pero sí, es cierto que algunas veces las víctimas de violación bloquean el incidente. No es lo común, pero es posible.

Emilia estaba segura de no haber tenido sexo, pero... ¿sería posible que hubiera bloqueado alguna memoria desagradable? Emilia terminó de ponerse la bata rosada con las manos temblorosas. Esto tenía que ser un error. Seguro tenía una gripe rara o algo así.

El doctor se puso los guantes azules de látex y realizó el examen físico mientras su mamá esperaba en la otra sala.

—¿Sientes alguna molestia?

—Tiene la mano en mi vagina, doctor. ¿Acaso no debo sentir molestias?

El doctor frunció el ceño.

—Mi himen está ahí ¿cierto? —preguntó Emilia vacilante.

—Sí... allí está —dijo el doctor con el ceño aún más fruncido que antes.

Emilia soltó la respiración que sin darse cuenta había contenido durante casi todo el examen.

—¿Escuchaste mamá? —gritó Emilia—. Te lo dije.

—¿Nunca habías tenido un examen ginecológico de este tipo? —interrumpió el doctor.

—No. Siempre fui muy sana.

El doctor se quitó los guantes y le pidió que se cambiara. Emilia bajó de la camilla sin entender por qué el doctor seguía tan serio.

Desde el vestidor, Emilia no pudo escuchar nada de la conversación en susurros entre su mamá y el doctor. Eso le dio mala espina. Más aún cuando regresó al consultorio y vio que no sólo

el doctor tenía el ceño fruncido, su mamá estaba tan pálida como cuando diez años antes la llamaron para decirle que su esposo había muerto en un accidente de tránsito.

—¿Qué te pasa? No puedo estar embarazada —Emilia se sentó al lado de su madre—. Tranquilízate.

—Emilia, tu himen puede ser flexible. Sí podrías estar embarazada. Haremos más análisis y ordenaré una ecografía —dijo el doctor con un tono muy serio y profesional, aunque Emilia creyó percibir un cierto temblor en su voz.

El doctor y su mamá se miraron de una forma extraña que Emilia no logró comprender.

—¿Pero es que aún no entienden? ¡Nunca tuve sexo!

Emilia se levantó y salió de la oficina del doctor dando un portazo. Esto tenía que ser una pesadilla.

Los dos meses que siguieron Emilia pasó mucho tiempo en la clínica San Bernardino. Le hicieron varios exámenes de sangre, físicos, psiquiátricos y una ecografía, que demostró sin dudas que sí estaba embarazada. Al principio Emilia pensó que la técnica incompetente había confundido la manchita sin forma que veía en el monitor con un bebé. Sin embargo, segundos después Emilia escuchó el latido del corazoncito de su hijo. Ese latido, rápido como caballo de carreras, lo cambió todo. Emilia iba a ser madre.

Tal vez su hijo sería un héroe como Perseo. Si Dánae había sido fecundada por una lluvia de oro, Emilia podía haber quedado embarazada del aire. ¿Por qué no? Eso de que Zeus, el todopoderoso Zeus, se había transformado en lluvia de oro para tener sexo con Dánae le parecía una tontería. ¿Por qué se escondería el dios más poderoso del Olimpo? ¿Por miedo a su esposa? No tenía sentido. Pero ése era sólo un mito, ella no era Dánae y su hijo no sería un Perseo.

En cambio, Emilia se convenció a sí misma de que era la nueva Virgen María y hasta se imaginaba a sí misma vistiendo los mantones largos de la virgen y juntando las manos en oración. Su hijo debía ser un enviado de Dios. Los creyentes (incluida su hipócrita madre) siempre afirmaban que un día Jesús regresaría a la Tierra. ¿Sería su hijo el nuevo Jesús?

En sus citas con la psiquiatra, Emilia descartó de plano todos los intentos de ésta por convencerla de que había sido víctima de una violación. ¿Cómo diablos bloquearía algo así? Además, ¿dónde? Nunca había encajado en el ambiente fiestero universitario y estaba satisfecha con pasar la mayor parte del tiempo en casa o jugando fútbol con sus primos los domingos o de compras con las amigas. Nada de fiestas, citas ni momentos a solas con hombres para ella. De todos modos, Emilia no era lo suficientemente bonita como para atraer a ningún hombre, sus facciones eran demasiado toscas y sus manos parecían de hombre. Tampoco le importaba si atraía a los hombres o no. La psiquiatra solía decir que Emilia tenía serios problemas de autoestima e identidad.

Los meses pasaron y Emilia empezó a hablarle al bebé que crecía dentro de ella.

—Mi cosita, eres un milagro —decía, acariciando su vientre abultado y mirando la noche estrellada de Lima a través de la ventana de su habitación.

Un día su mamá entró al cuartito que habían preparado para el bebé. Lo habían decorado con imágenes de Winnie Pooh y de mariposas multicolores que volaban libremente por las paredes blancas. Emilia estaba sentada en la mecedora blanca con las manos sobre el vientre y una manta azul sobre los hombros. Su mamá se sentó a su lado en un sillón gris.

—Hijita, fue uno de tus primos, ¿verdad? Nunca me gustó que andaras con tanto hombre. ¿Es por eso que no dices nada? —preguntó la mamá mirando a Emilia a los ojos—. Dime quién fue.

—No, mamá. Te digo que soy virgen. 100% virgen.

—Pero hijita...

—Es un milagro. Tú eres católica, ¿no?

La mamá empezó a sollozar.

—Por favor, Emi. Te lo suplico. Dime la verdad.

—Siempre te he dicho la verdad.

—Entonces no tendrás inconveniente en hacerle un examen de ADN al bebé.

—¿Al bebé? ¿Cómo?

—El doctor dice que puede hacerse en el vientre. Luego lo comparamos con la muestra de tus primos y ya.

Emilia levantó los ojos al cielo y sacudió la larga cabellera.

—¿Otra vez con eso?

—Hazlo por mí.

—Esos exámenes son costosos y pueden ser peligrosos para el bebé. Además, ¿cómo vas a pedirle a mis primos que pasen por eso?

—Yo me las arreglo.

Los primos de Emilia eran algo tontos y medio locos, pero no criminales. Le parecía más probable haber sido secuestrada por aliens y que su hijo fuera un híbrido humano extraterrestre. Pero no, su hijo era simplemente un milagro, un verdadero milagro. Emilia no aceptó hacerse el examen, pero aceptó hablar con el doctor sobre los riesgos.

—El examen es 99% seguro para el bebé. También podemos esperar a que el bebé nazca para hacer el examen, pero es mejor que sepas cuanto antes por si quieres denunciar al culpable — dijo el doctor.

—¿Usted también cree que me violaron? —Emilia no entendía por qué les era tan difícil creer que su hijo era simplemente un milagro.

—Mira Emilia, si tú en verdad no recuerdas haber tenido relaciones sexuales... sí. Yo creo que fuiste víctima de una violación.

El consultorio quedó en silencio por unos minutos. La mamá de Emilia, con los ojos enrojecidos, le apretaba la mano con tanta fuerza que estaba a punto de cortarle la circulación. Por la cabeza de Emilia pasaron las imágenes de cada uno de sus primos. ¿Miguel? No, él era muy buenito. No sería capaz de algo así. ¿Dani? No, a ése le sobraban las chicas ¿por qué querría estar con ella? ¿Alonso? No, si él era un niño. Sólo tenía 15 años. ¿Diego? No, él era su mejor amigo.

—¿Y no existe ninguna otra explicación? ¿Ninguna?

—Lamentablemente, ya que dices que no tuviste sexo, una relación no consensual es lo más probable. El trauma debe haber bloqueado la memoria.

—¿Probable? ¿Entonces existe otra explicación?

El doctor se aclaró la garganta.

—No se atreva —amenazó la mamá de Emilia.

Emilia los miró perpleja. Qué diablos les pasaba. Las manos de la joven sudaban y acariciaban su vientre, ya voluminoso a los siete meses de embarazo.

—A ver Emilia, hay algo en tus exámenes que no te hemos dicho pero que no cambia mi opinión en lo más mínimo.

—No por favor —la mamá de Emilia movía la cabeza de lado a lado.

—Es una situación... inusual —empezó el doctor, jugando con una bola anti stress roja que tenía sobre el escritorio.

—¿Inusual?

—Emilia, tú eres lo que llamamos una quimera. Una quimera humana es el producto de dos fetos, fusionados antes de nacer en uno solo. En tu caso esos fetos eran masculino y femenino. Eso significa que tienes dos juegos de cromosomas, uno masculino y otro femenino. Por eso, tienes órganos internos de los dos sexos. Tienes un ovario y un testículo. Hay una posibilidad teórica de uno en cientos de millones de que tengas un hijo sin padre. Pero no, no creo que eso te haya pasado a ti.

—A mí me dijeron que ese testículo no funcionaba —dijo la madre.

—Y no creo que funcione, señora. Emilia, tu madre dice que te hicieron una operación externa cuando eras una bebé. Son muy contados los casos de quimeras con órganos funcionales. Teóricamente es posible que hayas engendrado al niño tú sola pero nunca ha pasado. Es prácticamente imposible. Yo sigo pensando que es mejor hacer las pruebas de ADN a tus primos y seguir con la terapia para que recuerdes lo que pasó.

—¿Tú sabías que yo tenía órganos masculinos? —Emilia miró a su madre. Sentía su corazón latir con fuerza. Esto tenía que ser una pesadilla. ¿No eran las quimeras monstruos mitológicos? ¿Acaso era ella un monstruo?

Ya en casa, pasó toda la tarde en Google y descubrió que las probabilidades de ser una quimera eran ridículamente bajas. ¿Qué diría su psiquiatra la próxima vez que discutieran sus problemas de identidad? Dos personas en una, vaya suerte la suya. Si las probabilidades de ser una quimera eran bajas, las probabilidades de concebir por sí sola, eran prácticamente nulas. En la naturaleza, esto casi nunca pasaba. Sin embargo, Emilia encontró un caso famoso de un conejo quimera que procreó estando solo en cautiverio. También encontró el caso de una quimera humana que había procreado mellizos ella sola, aunque no logró confirmar la historia. También encontró un artículo académico que probaba teóricamente que sí era posible que una quimera como ella procreara varones, aunque nunca había pasado. Por supuesto, Emilia ya sabía que esperaba un varón al que había decidido llamar Neo. En medio de sus búsquedas en Internet vinieron los dolores del parto. Su madre se apresuró a llevarla a la clínica. Inmediatamente, el doctor decidió que era mejor una cesárea.

Al día siguiente, Emilia fue llevada en silla de ruedas a la sala de bebés del San Bernardino. A través del vidrio, vio a su niño en la incubadora. Era el único que estaba despierto. Sus ojazos cafés muy abiertos parecían mirarlo todo y se movía tanto que no parecía un recién nacido.

Una pareja de ancianos llegó y se quedó mirando a otro bebé, que dormía.

—Ése es nuestro nieto —comentaron los orgullosos abuelos.

Emilia asintió sin dejar de ver a su bebé. La pareja se fijó en el inquieto bebé de Emilia.

—¿Cómo se mueve! —exclamaron—. ¿Es suyo?

—Sí, es todo mío —respondió Emilia con una sonrisa—. Lo hice yo solita.

Ese bebé era un milagro, su milagro. Quién sabe, ¿tal vez la virgen María también había sido una quimera?

Las diosas y las matemáticas

Era una mañana fría de invierno en una oficina de doctor aún más fría. Finalmente tenía la oportunidad de ver a un especialista en fertilidad en Estados Unidos. Sabía que tenía problemas antes de venir a estudiar a El Paso, pero ya habían pasado dos años y necesitaba saber qué tanto había empeorado. Yo estaba en una relación estable. Había encontrado el amor en Brian, quien con su barba rubia y sus horribles tatuajes en los brazos y espalda no era precisamente el príncipe azul que había imaginado. Él me había propuesto matrimonio, pero yo no quería aceptar sin saber si podría darle hijos. Brian estaba sentado a mi costado, concentrado en su teléfono, mientras esperábamos al doctor.

En la sala de espera, una niña de unos seis años traía una muñeca en brazos y la mecía como a un bebé. Las parejas junto a nosotros miraban a la niña con pena. Yo pensé en mi niñez y en mi mamá.

Cuando era niña yo detestaba jugar a la mamá. Había algo anormal en jugar a tener un bebé. Yo jugaba a las Barbies y eran esas muñecas adultas las que jugaban a tener hijos, no yo. Mis Barbies siempre terminaban la universidad, trabajaban y se casaban antes de tener hijos. Hasta vestido de novia tenían y yo les planeaba lindas bodas con Ken (o con He-Man cuando mi hermano jugaba conmigo a las Barbies).

Más adelante, mientras mis amigas morían por casarse y tener hijos, yo confiaba en que todo llegaría a su tiempo. Un día mi mamá sugirió que congelara mis óvulos porque tenía más de treinta y yo dejé de hablarle por un tiempo. Ilusa yo. Ella había tenido razón.

Por otro lado, mi relación con mi mamá era demasiado complicada como para que yo deseara ser mamá. Por años, mi mamá se quedó en la cama, deprimida y enferma. Todo empezó cuando mi papá falleció repentinamente de un derrame cerebral. Mi mamá trabajó por un tiempo después de su muerte, pero luego le detectaron una enfermedad al corazón. Sin embargo, su depresión fue lo que nos alejó.

Mi mamá siempre tuvo una fe ciega en mi potencial y tenía la mala costumbre de tener la razón aún en los escenarios más descabellados. Yo quise postular a dos universidades, la Pacífico y la de Lima, por si acaso. Mi mamá se negó a pagar mi examen de admisión a la Universidad de Lima.

—Claro que vas a entrar. No seas ridícula —me dijo.

Yo me moría de miedo de decepcionar a todo el mundo y fueron muchas las noches que me pasé en vela, estudiando. No sólo ingresé si no que lo hice en el puesto cinco. Mi mamá había tenido razón.

Luego de que mi papá falleciera, las cuentas empezaron a acumularse y nuestro menú diario consistía en sopa ramen o tallarines con mantequilla. Mi hermano y yo buscamos trabajo y pagamos nuestras universidades. Mi mamá no pagó ni un centavo de nuestras universidades, pero le encantaba fanfarronear de lo mucho que se había sacrificado para que fuéramos a la universidad.

—¿De qué sacrificios hablas? —le pregunté años después, cansada de que mi madre intentara reescribir nuestra historia —. Si insistías en que necesitabas una empleada cama adentro para atenderte mientras nosotros luchábamos por pagar la universidad y comer.

Mi mamá decía no recordar. Tampoco se arrepentía de no haber vendido la casa para sacarnos de apuros y deshacernos de una hipoteca que no podíamos pagar. Aquí, el tiempo también le dio la razón porque eventualmente pagamos la casa y el mercado inmobiliario duplicó su valor. Pero claro, primero casi morimos de hambre.

—1% —dijo el especialista en fertilidad después de leer los resultados de mis análisis y hacerme una ecografía —. Tienes 1% de probabilidades de tener hijos.

Como el doctor hablaba en inglés, yo deseé haber escuchado mal. Que fuera mi inglés el malo y no mis ovarios perezosos.

1% era casi cero y cero significaba una sola cosa: yo era estéril.

Mi doctor en Perú había dicho que mis probabilidades eran de 30% sólo un par de años antes. Tal vez debí seguir su consejo y buscar un novio cualquiera con quién tener un bebé inmediatamente. Ahora era muy tarde.

Brian y yo llevábamos saliendo más de un año. Yo quería tener una relación estable antes de tener hijos, como mis Barbies. Quién diría que lo que pareció sensato antes ahora parecía una estupidez.

¿Qué diría mi madre ahora? Ella no creía posible que yo tuviera un problema. Aún después de contarle sobre mis análisis y visitas al doctor en Perú, ella seguía repitiendo cual perico que las mujeres de la familia eran muy fértiles.

—¿Y con tratamientos? —preguntó Brian.

El doctor arrugó la nariz antes de contestar.

—Un tratamiento barato como la inseminación artificial subiría tus probabilidades a 2%. Con una *in vitro*, 10%. Pero en tu caso, deberías considerar hacer la *in vitro* con óvulos de una donante. Ésa sería la mejor opción.

—¿Está seguro? —preguntó mi novio tomándome de la mano.

—Estas matemáticas son mi especialidad, lo siento —respondió el doctor.

El especialista me miró fijamente con sus ojos azules y me explicó que en mi caso necesitaría un excelente laboratorio para la *in vitro* y eso costaría unos veinte mil dólares por cada intento. Es decir, gastaría veinte mil dólares por un diez por ciento de probabilidades de tener hijos. Por último, recomendó hacer el tratamiento en Perú porque saldría más barato y podría intentarlo más veces. También recomendó no esperar mucho para intentarlo con una donante de óvulos.

Yo me quedé callada y miré a Brian discutir con el doctor sobre los porcentajes y las estadísticas. Finalmente, Brian entendía que cuando yo hablaba de problemas de fertilidad, hablaba de PROBLEMAS. Él era hijo único y sus padres habían fallecido muchos años atrás. Él quería una familia y merecía tener una. Y yo no se la podía dar.

Ese día Brian me dejó en mi departamento y se fue a trabajar. Quedamos en hablar en la noche. Yo me metí en la cama y empecé a llorar, por mí, por Brian y por los hijos que nunca tendría.

Cuando Brian llegó en la noche, se echó a mi costado y acarició mi pelo.

—No te preocupes. Tendremos hijos de una manera o de otra.

—Pero, ¿cómo? ¿Acaso quieres adoptar? ¿Usar una donante? Ni tú ni yo tenemos dinero para el millón de intentos que necesito.

Las palabras salían de mi boca como balas. No iba a dejarlo confiar en mi 1% miserable. Yo era estéril y teníamos que aceptarlo. Lo peor era que yo no me imaginaba ni adoptando un niño ni usando una donante de óvulos. Yo seguía ovulando y mientras siguiera ovulando esas opciones significaban darles la espalda a mis propios hijos, rendirme.

Brian repitió que no estaba preocupado, que tendríamos una familia.

—Termina conmigo —le dije—. Es lo mejor para ti.

Él me gritó que estaba loca y empezamos a discutir. Al final, se levantó para irse y yo le abrí la puerta.

—Entonces soy yo la que termina contigo —le dije, sintiendo mi voz quebrarse en mi garganta. No había otra opción.

Cerré la puerta y me apoyé en ella. Había hecho lo correcto. Él merecía una familia y yo no se la podía dar. Pero ¿por qué lo correcto tenía que doler tanto?

Llamé a mi mamá al día siguiente.

—¿1%? Ese doctor no sabe nada. En la familia somos muy fértiles, hijita, no hagas caso.

Y dale con la cantaleta de que somos todas muy fértiles. Una vez más mi mamá creía tener la razón, aunque había análisis y exámenes que demostraban que no la tenía. Aun así, ella no quiso escuchar. La ciencia no podía saber más que ella. ¿Quién se creía mi madre? ¿La diosa de la fertilidad? Ojalá y hubiese una diosa de la fertilidad a quién rezarle y que me solucionara el problema. Ya mi tía me había regalado un San Antonio que había puesto de cabeza para encontrar

el amor. No sé si me ayudó con Brian o no, pero el dichoso San Antonio estaba de cabeza cuando lo conocí. ¿Por qué no había una solución así de práctica para mis problemas de fertilidad? Ojalá y yo creyese en esas diosas de la fertilidad o en brujas o en magia. Necesitaba una diosa de la fertilidad en quién creer. Así como los antiguos dedicaban santuarios a diosas como Inanna en Mesopotamia, yo podría armar un santuario y llevar alguna estatuilla de Inanna en mi cartera. Se dice que los sacerdotes de Inanna tenían sexo para asegurar la fertilidad de la cosecha. Yo no tenía intenciones de que nadie tuviera sexo para ayudarme, pero tal vez podría simplemente rezar, rogar y esperar a que cambiara la estación e Inanna estuviera más contenta entonces, cuando su esposo dejara el inframundo y terminara el invierno.

Los días pasaron y mi periodo tenía unos días sin venir, lo cual no era novedad. En el último año, había tenido muchos retrasos, cada vez más largos. Mi cuerpo se preparaba para el inevitable final. Mi doctor en Perú ya me había dicho que la menopausia podía tardar años en venir o venir de un día para otro. Me hice una prueba de embarazo por si acaso, como hacía cada vez que mi periodo se atrasaba más de treinta y cinco días. Me lavé la cara y me peiné mientras esperaba el resultado. Positivo.

Mi corazón se detuvo por un momento, paralizado por la esperanza. Pero la esperanza se fue al diablo cuando recordé que no podía estar embarazada. Me había hecho un test de embarazo el día antes de ir al doctor y no había visto a Brian desde que terminé con él el día de la cita. Leí las instrucciones de la caja otra vez y descubrí que la menopausia podía generar un falso positivo en el test de embarazo.

Mi 1% se había convertido en 0%.

Esa noche no pude dormir, ni las noches siguientes. Me sentía acalorada, aunque no sudorosa. Aún no. Había algo de liberador al saber que no pasaría por años de inyecciones, tratamientos e incertidumbre. Pensé mucho en Brian esas noches en vela y en lo correcto de mi decisión. Sin embargo, una tarde vi su coche estacionado frente a mi edificio.

—Me vas a escuchar —me dijo al entrar a mi apartamento—. Tú no tienes derecho a tomar decisiones por mí. Yo quiero estar contigo así no tengamos hijos. Es mi decisión y tienes que respetarla.

—Las cosas han cambiado —le dije, tratando de contener las lágrimas—. Ahora es seguro que nunca tendré hijos.

—Eso no cambia nada.

Examiné detenidamente su rostro en busca de la reacción a mis palabras. Era verdad. Para él nada había cambiado. ¿Cómo era posible que para mí todo hubiese cambiado y para él no? Dice el mito griego que el hombre fue creado de arcilla por Prometeo, pero fue una diosa, Atenea, la que le dio vida con su aliento. Yo nunca sería una diosa de la creación, una Atenea. Nunca tendría ese poder de crear nueva vida. Mi vientre seco nunca me daría ese súper poder, esa magia que tenían mi madre, su madre y la madre de su madre.

Brian me propuso matrimonio esa misma noche. No en una cena romántica, no era su estilo. Simplemente se arrodilló en el suelo de la sala y me pidió que pasara el resto de mi vida con él. Acepté sin dudar.

Unos días después hice mi cita con la ginecóloga para iniciar mi tratamiento hormonal. Brian me acompañó, necesitaba el apoyo. Mi cuerpo se veía joven por fuera, pero por dentro no lo era, ésa era mi maldición. Tal vez alguno de mis antepasados había hecho un pacto con algún demonio ya que mis primas y yo nos veíamos más jóvenes de lo que éramos.

Tun tun tun tun tun tun

—Ése es el corazón —dijo la técnica de la ecografía—. Y ése es el saco.

Iba a ser madre. La vida crecía dentro de mí y lo más sorprendente era que una vez más mi mamá había tenido razón. Sus poderes de diosa de la fertilidad le habían ganado a la ciencia o quién sabe, tal vez Inanna me había escuchado. Yo me había convertido en una diosa de la creación y, como Atenea, había sido capaz de crear nueva vida donde antes no existía.

Y al escuchar ese corazoncito latir por primera vez como un tren en marcha, ese 1% se convirtió en mi todo, en mi 100%.

Out of the Shadows

Lilian pressed the cellphone to her ear so hard it hurt.

“Elena’s cheating on Adrien,” her friend Amanda said.

Lilian didn’t try to stop her crooked smile. “Oh, really?” She said. “Poor Adrien.”

Lilian looked around, at the dust accumulated in the corners of her living room and the dirty blouses and sweaters thrown in messy piles on the floor and the red couch. She needed some good news and Elena cheating on Adrien was close enough.

Maybe that had something to do with Adrien’s insistence on meeting her. After twenty years of very little contact, Lilian had no idea what her ex-husband wanted from her.

Ok, who was she kidding? It wasn't about Elena, it had to be about her petition. Lilian had read in the newspaper that Adrien’s consulting business had made a deal with a pro-life organization.

It was also possible that Adrien remembered what a horrible husband he was to Lilian. Maybe he’d finally apologize to her. Lilian chuckled at her own stupidity. Adrien worked in consulting but he was also the pastor of a small church in El Paso and, despite all his preaching, Lilian’s ex-husband had never apologized for anything in his life. It was a part of his I’m-always-right personality.

“Got to go,” Lilian said, ready to hang up. “I know, I’m sorry. I’ll try to call you next week, okay?” Five minutes later, Amanda finally let her go.

Lilian picked up a couple of sweaters from the floor on her way to the bedroom. Her white Mac was waiting for her on the bed. She had to finish the petition by the end of the month no matter what.

The next morning, the sun had barely started coming through the blinds when the doorbell rang. Lilian raised her head from under her fluffy pillow. Who would bother her so freaking early in the morning? She probably slept what, two hours? After a long night of work, it felt like the blink of an eye. Yawning, she put on a pink robe and dragged her feet to the door.

“Who is it?” Lilian grumbled. Then she looked through the peephole.

“Morning, sunshine,” Adrien said with his usual adorable smile. Bastard. “I brought you coffee.”

Lilian didn’t answer but opened the door to her ex-husband.

“What the hell do you want?” Twenty years ago, when they divorced, she thought she wasn’t going to suffer again from his idiotic habit of waking up at dawn. Wrong. She yawned again.

“You never were a morning person.”

“At least I was a person,” Lilian mumbled, walking to the couch, arms-crossed over her chest. Her robe wasn't exactly the clothes she normally used to receive visitors, and she felt almost naked. She yawned that thought away. It was just Adrien. Before 10am, the rule of always-looking-good when meeting an ex could be waived. Anyway, after he decided to ambush her, uninvited, Lilian could be wearing hair rollers and a clay facial mask for all she cared.

Adrien’s eyes didn’t match his smile though, a smile that could fool others but not her. The blue bags under his eyes told her a story about countless sleepless nights.

“It's time to go,” I told myself as I saw him sleeping, like we didn't have a huge fight that night for the millionth time. Like we didn't scream at each other so much that the birds flew away and deserted the trees around us. Like the flowers and fruits of our garden didn't wither, again.

All this happened many years ago, so many that new species of trees and flowers crowd the earth now. But, I swear, they're not nearly as marvelous as the ones I remember. The second is never the same as the first, my child.

I still remember his hairy back turned to me, and how I stared at him for hours until I made up my mind. God would never forgive me, but well, God didn't have to live with him.

Lilian's eyes opened wide as she tried to remember where she'd read that. Why would those words come to her mind at such moment anyway? She blinked hard and tried to focus on Adrien's dead eyes.

Was he in such a sad state because of his second wife? Elena was everything Lilian never was during their marriage. All sweet, docile, obedient, and stupid. But a cheater too, and if that wasn't bad enough, she'd cheated with Adrien's best friend and business partner, Serge.

Lilian could be difficult and sometimes a real bitch, but she was never a cheater. She was always faithful to her late second husband Sam, a man so good, so brilliant, that some nights Lilian doubted he'd ever existed. Lilian remembered him drinking beer and yelling at the TV every Cowboys game. One game, the Cowboys won and he celebrated dancing in such a silly way that Lilian laughed so hard she peed herself. Such happiness seemed difficult to believe now, two years after his death.

Adrien wasn't half the man Sam had been, but Lilian was loyal to him too. Even when her first husband threatened her, when the sex was like an unbearable power contest, when he forbade her from working, even after being tempted by less controlling and gentler men, she never cheated. Damn, she really had to put up with a lot, and all that wasn't even the worst thing he did to her. Lilian shook her head to get rid of the demons playing chess with her memories.

Not waiting for an invitation, Adrien took a seat on the couch, next to her. He had to move some of the clothes lying on it first, amused.

"You look terrible," he said, taking a sip of his coffee.

"You don't look much better, darling," Lilian took the other cup of Starbucks from Adrien's hands. "Lose that judgy look if you want to stay."

"Always so feisty," he said, glancing around. "You could hire a maid, you know?"

"I don't need one. Why are you here?"

"You need to stop," he said, staring at her eyes with those steely, bottomless eyes that made her fall in love with him once. "You're killing babies, God's babies. God might forgive you if you stop now."

God. Same old foolish Adrien, believing the most absurd, elaborated lie of humanity. What God? After Emily, who would be so foolish to believe there was a god? Lilian's sweet little sister was only twelve the night she knocked at the door, covered in tears and rain. Crying, Emily told her how for years their stepfather had been sneaking into her room at night. Lilian hugged Emily and promised that she would never let anything happen to her again.

Lilian's coffee tasted like piss. If only she'd kept that promise...

Do you see that baby in the crib? I'm the first woman ever created, yet, he's not my blood. It's time for you to know why. It's time for you to know that you should be there, not him.

I didn't want to leave at first. My garden was full of apples, pears, azaleas, and lilies, with a creek flowing through it. The hummingbirds and nightingales sang from the top of the oaks and cherry trees. I had everything to eat and nothing to worry about. But how wonderful it is to live in a golden cage? Does it matter if you have a beautiful cell and everything to eat when you're in a prison?

That was my garden too, my home. But he couldn't understand that. We were born the same, from clay, at the same moment. Yet, he always thought he was better than me. Superior, he said.

Lilian lowered her head as she tried to remember where she had read those words.

"You should know by now that I don't buy your god crap, Adrien," Lilian heard herself say. "Religion is nothing but a huge mirage, a nice illusion for desperate souls in a desert of beliefs."

Lilian used to see that mirage back when she married Adrien in St. Patrick's cathedral. She was convinced that God was there to bless their union, her foolish eyes set on the oasis of a happy life together. Now, the only thing she remembered fondly of that expensive wedding with 300 guests was her long, organza and lace bridal gown. It was a stunning strapless dress with a ruffled skirt that made her feel like a fairytale princess when she walked down the aisle. Lilian had always

hated how helpless those princesses were depicted. However, deep down, she loved that fairytale princess feeling even though she would die before confessing it to anyone. Feeling like a princess for a bit wasn't the same as living as one, though. What happened to those princesses after marriage? They merged into the shadow of their prince husbands. Not the kind of life Lilian ever wanted.

Usually, Lilian wouldn't discuss religion or women's rights with fanatics. But Adrien's face was priceless, his eyes narrowed, his lips pursed, showing nothing of the full, fleshy lips she had loved so much in spite of everything.

Adrien's face didn't stay contorted for long. As the good pastor he was, Adrien composed himself quickly, and took another sip of his coffee. "God is there for you whether you like it or not, Lil."

"You didn't come here for a discussion about religion, did you?"

"I came to talk some sense into you. Those babies are God's creations. You have no right."

He had a way of saying things that meant that the conversation ended there, that he had the last word. Almost everyone would lower their eyes after Adrien spoke in that tone, but Lilian wasn't one of those people.

Goddamn it, I wasn't born to be anyone's inferior. I was born to rule the world with him, not to be ruled by him. It wasn't just that he gave me orders like I was his servant; it wasn't only how he expected me to walk behind him and not at his side, it wasn't just that he expected me to adore him as if he was a god, too. But he also wanted to subject me in bed. Not make love, he never knew what love was. He wanted to have sex like it was an act of domination, always being on top or taking me as if we were animals. I'm Lilith. I'm not anyone's subordinate. Never was, never will be.

It was Lilith's story what haunted her. Wasn't she a horrible demon? Lilian wished she could remember the full story.

“What about those girls? Isn’t your god their god too?” She had no more blood under her skin, it was pure lava.

“And they can all live,” he said calmly. “No need for murders, honey.”

Lilian’s spine immediately stiffened. Adrien would always treat her like a toddler. No matter how many years passed, he still believed he had the moral high ground, even after what he had done to Emily.

“Sometimes that’s impossible,” Lilian spat out. “And you know it.”

“Look, what happened to Emi—” Adrien stuttered.

“Don’t say her name.” Lilian stood and paced around the coffee table, a caged animal opening and closing her fists. “Get the fuck out of here.”

Adrien walked to the door. “This conversation is not over,” he said before leaving.

I ran away from Eden. I ran as fast as I could, but Adam complained to God and he sent me three of his angel bullies. They tried to convince me to go back, nicely at first. Then they were full of threats and insults. You’re the only woman, they said. You have to go back, they said.

I imagined my future with Adam. I imagined what it would be to have horrible sex with him every night for eternity, to accept his orders, to be a second-class human forever, to bear his children. And I couldn't do it, my child. For you and your brothers and sisters, I couldn't do it. I couldn't let you be a part of humanity.

Lilian’s brain was going to explode, not only from dealing with Adrien, but also from Lilith’s story playing nonstop in her head. What a horrible day to remember that myth.

She picked a cigarette from the pack she’d left in the bottom right drawer of the kitchen, all her efforts to quit smoking wasted. No matter how many times the sun rose and set back into the orange sky of El Paso, Lilian couldn’t stand being around Adrien without a cigarette between her fingers. If she’d never left him, she’d probably be dead already of lung cancer. How ironic

considering the cigarettes were her lifesaver while she was married to him, the only way to keep her sanity and stop thinking of cutting herself.

Lilian went back to her room and tried to go back to sleep. However, after hours of staring at the stains in her white ceiling, she decided to go for a walk in the park to calm her nerves.

At that time of the afternoon, the red and orange lights danced on the surface water of the pond. Lilian sat on a bench in front of it, with a cigarette between her fingers, wishing for more ponds or lakes in El Paso. The desert could certainly use more water, having lots of stuff to cleanse or revive, including her soul.

Soon, Adrien sat next to her.

“I knew you’d be here,” he said.

Lilian didn’t look his way. There was nothing to say.

“The past is in the past. I’m here to beg you, in the name of God, to stop that evil petition. Your little organization can focus on other causes, like beaten women or saving puppies, instead of doing the work of the devil.”

What the fuck. Lilian’s face turned red, her heart ran faster. Lilian almost started a whole scene in the middle of the empty park. He would never take her seriously, even after knowing Women Together, her NGO, helped thousands of women around the country. If some people, men, thought that fighting for the rights of women made her the devil or a demon, then so be it.

“How’s Elena?”

Like a deflated balloon, Adrien’s shoulders slumped forward, all his smug air leaving his lungs. Good. He deserved it, but Lilian couldn’t help feeling sorry for him. She braided her black and gray hair just to avoid his stare. It was just a few strands of gray, she was only forty-five years old, but they were a vivid reminder of how time had passed.

He said that it was none of her business, which was true, but Lilian didn’t care.

“She’s too young,” Lilian said.

Adrien always wanted the perfect, obedient housewife, and he found her in Elena. Lilian knew she didn’t work and stayed at home to take care of little Addie and Sean (Elena and Adrien’s

kids). Adrien's second wife also kept their four-bedroom house clean and was always ready to do everything Adrien commanded. But Elena did have some free will it seemed, deciding to let Adrien's best friend between her legs.

After me, Adam got another wife, you know? Eve. She was perfect for Adam, all docile and stupid. She wasn't made from clay like I was. She was made from Adam's rib, just to make sure she would obey him. And what did the wonderful Eve do? She followed all of Adam's orders, but not God's. Stupid Eve. They lost the paradise because of her. All humanity lost forever just because Adam wanted a servant wife.

Lilian had completely forgotten that part of Lilith's story, but now she thought of Eve and the serpent. She still couldn't remember where she'd read that story or why she was thinking of it now that Adrien reappeared in her life.

"God will deal with her," Adrien said.

"I'm pretty sure your god has more important things to do," Lilian said.

"She regrets it."

"Isn't it too late for that?"

Adrien was going to forgive her, and Elena would cheat again, probably with the same charming Serge.

"She says she wants a divorce, but she doesn't mean it. She'll stay. It's God's will."

Lilian laughed. According to Adrien's god, he was still married to her instead of Elena. Why would God want him to stay married to a second wife?

"And you'll forgive her."

"God forgives us all the time."

"We are no gods," replied Lilian, exhaling some smoke.

Lilian didn't say another word or glanced at the silent figure at her side for a few minutes. The sunset was Lilian's favorite thing in El Paso. Adrien finally broke the silence when the darkness had chased the sun away.

"I didn't come here to talk about me." He shifted on his seat, raising a leg and placing it on the other knee. "For once in your life, listen to me and let me help you find your way back to grace."

Back to grace. The sound of those words reminded Lilian of her Sam. After her sister exhaled her last breath, Emily's doctor, Sam, had comforted Lilian. She rejected him at first, too busy with the divorce and fighting with herself to get out of the bed. Sam visited her every day, sometimes bringing her the only food she'd eat in days, sometimes brushing her long, wavy hair, sometimes encouraging her to take a shower.

Samael, my beloved archangel, saved me from the servant life and, for that, I will be forever grateful. Your father treats me with respect, as an equal, and that's why I never cared when he turned on humans. I'll help you, I said. I'd made a deal with the angels but I was bluffing. I never really thought of taking human babies until Samael pointed out the decadence of humanity and their inevitable doom. He's right. It's better for those babies not to live. We're doing a favor to the race of Adam.

Samael. Now Lilian remembered it was Sam who gave her the book with world myths and told her the story of Lilith. She smiled and briefly stared at her cigarette. She threw it to the floor, crushing it with her boot.

"And how's Emily going to find her way back to grace?"

"That wasn't my fault."

"No. It was mine for listening to you."

Adrien tried to hold her hand but Lilian pushed it away. She met his eyes, those older eyes now surrounded by fine wrinkles, and saw that he really believed it wasn't his fault. He followed his God's commands so he was innocent. It was God's decision, meant to be and all that bullshit.

But why would any good god punish a sweet kid like Emily? She was the cutest little girl, with big brown eyes and lovely curls in her long cherry blonde hair. She was always happy, especially when playing with her Barbies. Lilian should have known something was wrong when her sister's smile started to vanish, and she showed no interest for her dolls. "She's just growing up," her mother had said.

The bile in Lilian's throat made her nauseous. Her mother should have never let Luke, Lilian's stepfather, near their angel, but who would have imagined that Luke, a respected state senator, could be a pedophile. Maybe Mom couldn't imagine it would happen, but she should have trusted Emily when the girl told her about Luke's midnight trips to her room. Mom called her a slut, and slapped her so hard the girl fell to the floor. Lilian gave her back that slap the next time they met, the last time she ever saw her mother, during Luke's trial.

That was Mom's fault but Emily's death was also Adrien's fault. No, it was Lilian's fault for accepting his will and following his idiotic beliefs.

"She trusted us," Lilian said. "And now she's dead."

Adrien passed his arm over Lilian's shoulders. She wanted to cry but only one tear came down from her eyes. She had no more tears in her after burying Emily and Sam but she felt as guilty as the day Emily's tiny hand stopped holding hers and let go with her last breath. Sam had convinced Lilian long ago that Emily's death wasn't her fault, but now he wasn't there to remind her why.

"If you'd let her abort, she'd be here," Lilian pushed Adrien away from her, making the accusation she never dared to make before.

After Emily's funeral, Lilian packed her suitcase and left Adrien, filing for divorce the next day. She had wanted to leave him for months, but he always convinced her with that crap about

being together forever for good or for worse. Well, worse had a limit.

The angels couldn't force me to go back against my will, but they cursed my future children. I told them I would take Adam's children, but promised not to do it if they were protected by those angels. It wasn't a fair deal, I know. My babies, my Lilims, die every day because of it. But, trust me, it's better to die than to live in oppression. It's better not to live than to live forever mistaken. So go, my child. Spread your wings and kiss that baby on the forehead. One kiss, one mortal kiss. That's all it takes.

“I wanted to save the baby. She was innocent, Lil.”

Lilian stared at Adrien's humid eyes. He really thought he did what he had to do. He was wrong. Emily would be alive if Adrien had let her abort and go on with her life.

“And it killed another innocent. It killed them both.”

Lilian shivered remembering that winter night, a windy night, the coldest one of that goddamned winter. The baby's wail had wakened Lilian. She sat on the bed ready to go and calm her, but then she heard Emily's steps going to the baby's room. Poor Emi, she was way too young to raise her daughter. The baby stopped crying and Lilian looked at Adrien, still sleeping. She went to the bathroom before going to check on Emily, who until that day refused to get near her daughter. “Postpartum depression,” the doctor said.

When Lilian entered the room, she smiled seeing Emily sitting on the rocking chair and giving the baby a bottle. The smile vanished when she saw Emily's bloodshot eyes looking up to her, an empty look in her face, a zombie stare with no traces of the girl Lilian loved so much.

Lilian took the baby from Emily's arms and tried to calm her sister down. “Baby steps, Emily. You did great.” Lilian passed her hand through Emily's golden hair. Her sister didn't say anything, she just sat immobile like a lifeless doll.

The baby started crying again. Lilian took the bottle from her sister's hand and tried to feed the baby, but she refused the bottle, her cries getting louder and louder. Emily ran out of the room,

almost hitting Adrien on her way out. He rubbed his eyes from the door and asked why the baby was so upset. Soon the baby started vomiting. They found Emily later in her room, sleepy. Both of them died at the hospital that night from an overdose of pills.

“I’ll never stop fighting, especially for those desperate little girls. I owe that to Emily. You owe that to Emily.”

Adrien said nothing but gave her a hug that almost break the bones in her back. Lilian closed her eyes and suddenly remembered how Adrien held her hand, always at her side, when Emily was dying at the hospital. She remembered how he yelled at the doctors to save Emily and the baby. She remembered how one night, before everything turned into a horror movie, she came home from the supermarket and found Adrien helping Emily with her math homework on the dining table.

Lilian held him tighter. Adrien broke the embrace and fixed his red eyes in hers.

“She didn’t deserve to die. She didn’t have to die,” he said in a whisper.

He turned around and left, disappearing among the trees’ shadows.

That night, Lilian ransacked her apartment until she found Sam’s book of world myths buried under some dresses and shoes in her closet. What a mess. She didn't clean much since Sam died. Maybe it was time to clean.

El despertar de una diosa

Mi hija estiró su pierna y mi cuerpo se estremeció. Nada especial, lo hacía varias veces por día. Como ella, miles y miles de futuros bebés daban patadas en la oscuridad mientras chupaban sus pulgares o el cordón umbilical, como hacía mi bebé la última vez que la magia de la ecografía nos permitió espiarla en su escondite. Pero no era cierto, cada patada era especial. Me recordaba que ella estaba viva, que vivía dentro de mí. Pronto sería hora de su aparición triunfal pero aún no era el momento. Aún no estaba lista.

Esa mañana no pude caminar por un par de horas. Cada vez que pisaba, sentía un dolor espantoso que subía desde el pie por toda mi pierna y me doblaba de dolor. Mi esposo tuvo que ayudarme a subir las escaleras hacia mi habitación. Yo sabía que el embarazo daba náuseas y dolores de espalda, pero no estaba preparada para la ciática, la diabetes gestacional, el insomnio, la acidez, los dolores de cabeza, el síndrome de la pierna inquieta, las ganas continuas de ir al baño, la hinchazón en las piernas (no los pies, la pierna completa), las dificultades para respirar, los cambios en la piel, la vulnerabilidad a otras enfermedades... en fin, el día que amanecí con dolor en las muñecas por síndrome de túnel carpiano o algo así, me quedé acostada en la cama y me puse a llorar. ¿Es que había una célula en mi cuerpo que siguiera siendo la misma? Y ¿por qué tenía que sufrir de todos los síntomas al mismo tiempo? Esto de la maternidad me estaba matando. No era difícil entender que en tantos mitos de la creación un dios tuviera que morir para dar vida al mundo. Así como Marduk destrozó a la pobre Tiamat y de sus pedazos creó el mundo, mi hija partiría mi cuerpo en mil pedazos para nacer. Mi cuerpo ya no me pertenecía.

Un primo sabelotodo me dijo unos días atrás que cada día nacían más de 350 mil niños en todo el mundo. Es decir, 350 mil mujeres daban a luz y añadían un habitante al planeta. Era lo más simple y natural del mundo, dijo él. Natural, sí. Simple, oh no. A los ocho meses de embarazo, con una barriga descomunal en un cuerpo de metro y medio de estatura, casi sin poder respirar, me sentía tan miserable que pensaba en mi mamá. Dicen y repiten las madres que cuando las hijas

tengamos bebés entenderemos muchas cosas. Tenía que admitir que mi mamá tenía razón. El embarazo me causaba tanto sufrimiento que por fin entendía por qué mi mamá me odiaba.

Con excepción de los suaves bailes de mi bebé dentro de mí, que siempre me hacían sonreír, mi embarazo fue espantoso. Y eso que no tuve ningún episodio en que mi vida o la de mi hija peligraran. Simplemente, el dolor y la pérdida de control sobre mi cuerpo fueron demasiado. Mi teoría era que mi cuerpo era muy pequeño y no estaba hecho para el embarazo. No quería ni pensar en el día del parto. La abuela de mi esposo aún recuerda el parto de su hijo cincuenta y cinco años atrás, un dolor tan fuerte nunca se olvida. Una no podía culpar a la Medea de Eurípides por decir que prefería participar en tres batallas que dar a luz. Claro, sí que se le podía culpar por matar a sus hijos. Después de tanto esfuerzo y sufrimiento para tenerlos, matarlos tenía que ser una estupidez.

Me puse a ver televisión en mi cuarto para distraerme un poco y olvidar las traiciones de mi cuerpo. Además, necesitaba mantener las piernas levantadas o seguro reventarían. Una mujer violada por un grupo de ocho desalmados, un niño de cuatro años raptado por un amigo de la familia, una niña de un año obligada a vivir en la maleta del carro de su mamá desde que nació, una mujer asesinada por pelear por los derechos de su pueblo en un lugar remoto de África... Mientras acariciaba mi vientre abultado, me preguntaba a qué mundo horrible iba a traer a mi niña. El presentador de la televisión dio paso a un reportaje acerca de la mujer en el trabajo y de lo difícil que era encontrar un balance entre familia y trabajo. Acaricé mi vientre otra vez y sonreí ante la conclusión del reportaje: la mujer casi siempre se ve forzada a elegir entre su carrera y su familia. Si lo sabré yo, dije en voz alta y mi pequeña bailarina estiró sus piernas otra vez. *Ouch, tranquila pequeña. Pronto saldrás de tu encierro.* Quise decirle algo más en voz alta o cantarle como sugieren en los libros, pero no sabía cómo. No tenía palabras. No las tuve durante todo el embarazo, nunca supe qué decirle. ¿Qué clase de madre iba a ser si no sabía hablarle a mi hija?

La televisión mostraba ahora un reportaje sobre el movimiento #Me Too y mi estómago se contrajo. *¿Por qué quieres venir a este mundo, hija? Estás más segura allí adentro.*

Brian corrió al escuchar mis gritos de dolor. ¿Ya es hora? preguntó. No, le dije, aún no. Fui al baño arrastrando los pies, que eran más tamales que pies. La mitad de ellos sobresalía de las únicas sandalias que aún podía usar. Esta niña me iba a matar. Me eché agua en la cara. *Ya quieres venir, ¿eh? Aguanta un poco más.* El mundo era un lugar escalofriante para las mujeres. ¿Por qué condenar a otra mujer más a vivirlo?

Muchas veces durante el embarazo pensé en lo milagroso de dar vida a un ser humano, como si fuese una diosa de la creación. Como la pintura de Miguel Ángel de la creación de Adán en la Capilla Sixtina, yo estiraría mi mano y mi dedo índice rozaría el de la bebé para pasarle la chispa de la vida. O como Atenea, mi aliento le daría vida a una figura de arcilla. Ojalá mi embarazo hubiera sido así de simple. Estaba secuestrada en mi propio cuerpo y cada parte me lanzaba señales de dolor. Era una diosa gorda que no podía caminar ni respirar.

Pero tal vez éste era mi castigo por querer imitar a los dioses. Los mitos siempre castigaban al mortal que intentara burlarlos o imitarlos. Le pasó a Eva, a Prometeo, a Pandora, a Psyche y a tantos otros mortales. Era cierto que las mujeres estábamos equipadas para tener hijos y que en todo caso fueron los dioses los que nos crearon así, pero eso no le quitaba ni la divinidad ni el egoísmo a la maternidad. Tal vez el mundo era tan horrible para las mujeres por una venganza de los dioses.

Vino otra contracción y me tuve que sujetar del lavamanos con una mano, la otra en mi vientre. *Espera un poco más. ¡No estás lista!* Mi esposo tocó la puerta y la abrí sin mirar. Él entró y lo vi frente a mí, hablando y moviendo las manos desesperado. Ya era hora. Cerré los ojos. *No, aún no.*

Teníamos que irnos así que yo tenía que moverme, pero no podía. Tampoco podía pensar mucho por el dolor que crecía y crecía como hiedra venenosa, expandiéndose por todo mi cuerpo. Si seguía así, pronto me convertiría en dolor. En ese momento todo lo que existía era un dolor que destrozaba mis entrañas, nada más. Felizmente, sólo duró unos segundos. Brian me ayudó a subir al carro y la siguiente contracción me encontró camino al hospital. Mi esposo me decía que respirara profundamente e intentaba que yo siguiera los ejercicios de respiración que aprendimos

en la media clase de Lamaze a la que asistimos el mes anterior. Él era el único que practicaba los ejercicios en el carro, yo no podía concentrarme. Miraba las luces de la ciudad brillar en la negra noche de El Paso. La estrella solitaria de Texas parecía brillar más de lo normal.

Mi esposo preguntó qué pasaba y yo sólo levanté una ceja y pregunté a qué se refería. Estás sacudiendo la cabeza, me dijo. Yo levanté los hombros y volví a mirar hacia la ventana. Las luces que veía a lo lejos, aunque no tan lejos, correspondían a casas en Juárez. Recordé a las mujeres de Juárez, esas mujeres asesinadas brutalmente cuyo único pecado había sido ser mujer. Intentar traer a un hijo al mundo era egoísta, pero traer a una mujer al mundo, a este mundo... era cruel. El mundo era un lugar peligroso, sobre todo para las mujeres, y siempre había sido así. Y, además, ella tendría que elegir. Las mujeres no podían tenerlo todo y nunca pudieron. Lilith tuvo que abandonar el paraíso, una mujer en el trabajo debía ser una bruja para sobresalir, las mujeres que no se dejaban dominar por los hombres eran marginadas y consideradas monstruos o demonios. Y si la mujer luchaba como una Amazonas o una Valquiria, su vida y la de su familia podían correr peligro. Yo había cruzado el mundo para dejar atrás mi vida de esclava corporativa y empezar de nuevo. Nunca había logrado balancear mi vida profesional y personal. En ese entonces, trabajaba ochenta horas a la semana, sólo trabajaba y dormía sin tiempo para una vida personal. Tuve que elegir.

Llegamos al hospital justo cuando empezó otra contracción. Mi hija iba a nacer y yo no sabía cómo la criaría y la protegería en un mundo tan anti mujer ¿Qué se supone que le enseñaría? ¿Que las mujeres no podían tenerlo todo? ¿Que el mundo estaba en su contra? Eso si sobrevivía al dolor, ese maldito dolor. Que alguien me explique porqué Artemis era la diosa griega que presidía los nacimientos. Artemis era virgen, ¿qué diablos sabía ella? Debieron buscar a alguien con más experiencia. Y pensar que fue culpa de Eva que las mujeres tengamos que dar a luz con dolor. La muy idiota... Tal vez el mundo hubiera sido más justo para la mujer si Lilith no hubiera abandonado a Adán.

El dolor del parto no fue tan fuerte como el dolor de saber que la separaban de mí. *¡No! No puedo hacer esto. No puedo.* Brian tomaba mi mano y las enfermeras me daban instrucciones. Yo no escuchaba. Ya nada volvería a ser como antes y yo no estaba lista. No teníamos pañales en casa

y yo no tenía idea de cómo bañar a un bebé. ¿Y cómo protegerla o enseñarle a diferenciar el bien del mal? *Quédate allí, así todo será más fácil.* Pero mi cuerpo ya no era mío y estaba listo para desalojar a mi pequeña para siempre.

Todo fue muy rápido. Un grito de dolor, mis órganos internos desgarrándose con el paso de ella y luego, el sonido más inverosímil, un llanto de seda. Éramos una y luego éramos dos. Ella ya no estaba conectada a mí, no como antes.

Las enfermeras pronto la pusieron sobre mi pecho y ella inmediatamente posó las diminutas palmas de sus manos sobre mi pecho, estiró los brazos y levantó la cabeza para mirarme directamente a los ojos. Y en ese instante infinito, cuando ella miró a mis ojos por primera vez, intenté descifrar en sus ojos quién era ella, quién era esta persona que minutos atrás formaba parte de mi cuerpo. En sus enormes ojos oscuros intenté reconocer mis ojos y no lo logré pues eran de un color que no podía nombrar, ni marrones ni negros ni grises ni verdes. Sus ojos brillaban con una constelación de misterios infinitos dentro de ellos. Allí estaba oculto el secreto de quién era esta personita que ya no era parte de mí. Y oculto también, el secreto de quién era yo, en qué me había convertido. Aún no tenía palabras, pero en ese momento, las palabras sobran.

Una enfermera se llevó a la bebé para hacerle unos exámenes y Brian se fue a comer algo a la cafetería. Me quedé sola sobre la camilla y empecé a darle vueltas al brazaletes de plástico amarillo con mariposas blancas y mi nombre, igual al que tenía la bebé en el tobillo. Mi vientre ya no se movía como antes, pero yo lo acariciaba por costumbre. Mi cuerpo volvía a ser mío, pero ahora se sentía vacío. Ella ya no está allí, me decía a mí misma.

Esa noche no dormí. Aunque Brian dormía en el sofá junto a la cuna, yo tenía que velar por ella, aunque fuera desde la incómoda cama del hospital. Si cerraba los ojos, algo malo pasaría.

Cuando amaneció, los rayos del sol atravesaron la persiana y tocaron el diminuto rostro durmiente de mi pequeña. Era un nuevo día y, a la vez, un mundo completamente nuevo. Por primera vez, el día empezaba con un mundo que incluía a mi hija, un mundo mejor. El mundo entero cambió para siempre con esa primera salida del sol.

Como si adivinara mis pensamientos, ella movió sus labios perfectos hacia un costado y abrió sus enormes ojos oscuros de un color aún indescifrable para mí. Acerqué su cuna a mi cama y pronto sus dedos de terciopelo envolvían mi dedo índice. Era un mundo nuevo y, si ella era parte de él, no podía ser tan malo.

Con mucho cuidado y miedo de lastimarla, la cargué casi temblando. Su piel parecía de papel. Como me sucedió tantas veces durante el embarazo cuando la sentía bailar dentro de mí, me sorprendí a mí misma sonriendo. Ella estaba en mis brazos, mirándome con esos ojazos, porque yo le había dado vida, porque yo era una mujer, una diosa de la creación. Ella también era una mujer, una diosa, y sería quien ella quisiera ser. Recordé un libro que había leído hacía poco sobre las diosas de cada mujer. Las mujeres somos todas las diosas al mismo tiempo y priorizamos a quién escuchar en diferentes momentos. Pero todas están ahí: la diosa madre, la hija, la esposa, etc. Mi hija no tenía que elegir porque ella era todas esas mujeres y aprendería a escuchar a sus diosas interiores.

De bailar bajo mi piel, mi hija había pasado a bailar bajo el sol y las estrellas. Las piezas de mi rompecabezas finalmente habían encajado. Y como Deméter, yo dejaría al mundo en invierno por ella de ser necesario. Mi diosa madre había despertado de un largo sueño y por fin estaba lista.

—Buenos días, Aurora.

Vita

Fiorella D. Manrique Ponce is Peruvian, and lives in El Paso, TX, US. She holds a Bachelor degree in Business Administration from the Universidad del Pacifico – Lima, Peru and an MBA from IE Business School – Madrid, Spain. This is the thesis for her MFA degree in Creative Writing. She has experience teaching creative writing to undergraduate students, and her literary work has been published in *Rio Grande Review*.

Contact information: fiorellamp19@hotmail.com